

## II.

Al salir al corredor se encontró con que acababa de subir las escaleras una real hembra.

En cuanto le vió, se fué para él y le saludó

Era la Tirana.

—¡Válgame Dios, otra!—dijo para sí Pedro Romero.

Era ya tan de día que el sol bañaba los corredores.

La Tirana, apénas habia tomado el chocolate, se habia puesto en la calle.

Estaba inquieta: no se atrevia á ir casa de la Teresa. Temia ser observada.

Era necesario que alguien fuese á sacar de allí á Goya y á ponerlo en lugar más seguro.

Desde el primer momento, como ya se ha dicho, Rosarito habia pensado en Pedro Romero para poner á Goya bajo su amparo.

Estaba impaciente, y á buscar al señor Pedro Romero se fué.

Pero ántes de salir habia mandado á la tia Aniquilla casa de su costurera.

La tia Aniquilla no queria perder de vista á su ama. No podia negarse á ir al reñado que se la mandaba, y se fué.

Pero tomó á la carrera hácia la calle de Toledo.

—Tú quieres ir y volver á escape,—dijo la Tirana;—pero te equivocas, que yo correré más que tú.

La Tirana se echó una basquiña y una mantilla y se fué.

Echó hácia la calle del Aguila.

Dobló la esquina y se esperó junto á ella.

Temia que la Aniquilla se hubiera quedado tras la otra esquina y sacando por ella un ojo atisbase y la siguiese á la larga si la habia visto salir.

La Tirana atisbó tambien.

Vió que la tia Aniquilla no parecia.

Entónces tomó hácia Puerta de Moros.

Alquiló una de las carretelas de colleras que allí habia y dijo:

—Al trote, al Buen Suceso, por la Carrera de San Jerónimo.

En algunos minutos la condujo la carretela.

La despidió, y por el patio y el pasadizo se metió en la iglesia.

Salió por la puerta principal, y escapó hácia la posada del Cármen.

Estaba segura de que no habia sido seguida.

### III.

Al subir las escaleras, se encontró en el corredor al señor Pedro Romero.

—Buenos dias, amigo mio,—le dijo;—aunque á usted le parezca extraño, vengo á buscarle á usted.

—Lo que á mí me pareceria muy extraño, señora,—dijo Pedro Romero,—sería el encontrarme sin voluntad de servir á usted en todo lo que me mande.

—Muchas gracias, señor Pedro Romero,—dijo la Tirana.—¿Y dónde podremos hablar?

—Venga usted conmigo, señora, que en mi cuarto hay gente; pero aquí, el número 6, está vacio.

Entraron en el número 6.

Cerró el señor Pedro Romero.

La Tirana estaba encendida y sobrecitada.

Se comprendia que la costaba un inmenso sacrificio el paso que estaba dando.

Pedro Romero escuchaba.

## IV.

—Pues ha de saber usted, señor Pedro Romero, que anoche se amparó de mi casa un hombre huido. Se me metió por el tejado. Me dijo lo que le acontecía. Que estando él en la calle un hombre había malherido á traición á otro, y que daba muestras de querer acabar con el infeliz. Que él entónces, por defender al herido de una muerte segura, había acometido al otro y le había herido malamente. El que me decía esto era don Francisco Goya.

Pedro Romero, que estaba prevenido, empezó su trasteo.

Se maravilló.

Ni más ni ménos que si no, hubiera sabido una sola palabra.

—¡Don Francisco de Goya!—exclamó.—¡Don Francisco de Goya huyendo de la justicia!

—¡Ya ve usted! ¡un hombre que vale tanto como él!—dijo la Rosarito, que estaba encendida como una amapola.—¿Quién no le amparaba? Pero no podía estar en mi casa. Yo lo saqué por el jardín y me lo llevé casa de una mujer que me echa las cartas, y en la que tengo mucha confianza, porque me debe muchos favores. Allí tampoco está bien. Lo mejor será que salga de Madrid. Yo he pensado en usted. Usted le amparará, ¿no es verdad?

—¡Vaya, hasta con las entrañas!—dijo Pedro Romero, que se mantenía en una gran reserva.—¿Y dónde vive esa mujer?

—En la calle de San Ildefonso, número 7, en una casa pequeña. Se llama Teresa. Yo no me atrevo á ir

no sea que me sigan. Pero no le hace. Tome usted esta sortija, enséñesela usted y dígala usted que va usted de mi parte.

Y la Tirana dió una hermosa sortija con un solitario que valia lo ménos diez mil reales, á Pedro Romero.

—Muy bien, señora,—dijo Pedro Romero tomando la sortija.—¿Y dónde la veo á usted para darle la razon, y devolverla esta sortija?

—Esta noche, al oscurecer, en los ejercicios de San Ginés.

—¡Ah! pues me viene bien,—dijo Pedro Romero,—que yo nunca faltó á la bóveda de San Ginés cuando hay ejercicios.

—Bueno, señor Pedro Romero, en usted confío,—dijo la Tirana levantándose.

—Eso es como si fuera cosa mia, señora, dijo Pedro Romero,—y yo la tomo sobre mí. Don Francisco es un grande amigo mio. Descuide usted, que antes de que le cojan para prenderle le cogeré yo para salvarle.

—Pues adios, señor Pedro Romero, y hasta la noche.

—Hasta la noche, señora mia,—dijo Pedro Romero.

Y acompañó hasta la puerta de la posada á la Tirana.

## V.

Pedro Romero habia sido de todo punto prudente.

Se habia guardado de decir que ya estaba en su poder Goya.

Cuantas menos mujeres supieran su paradero, mejor.

Era necesario que Goya se perdiese tambien para la Miraflores.

Y esto cuanto ántes.

Una imprudencia femenil podía producir el hilo por donde la justicia llegase hasta Goya.

Lo primero era que Goya se disfrazase.

El señor Pedro Romero llamó á su cachetero y le dijo:

—¡Oye, Guirindola!

—¿Qué me manda usted, maestro?

—Ahora mismo te vas á ir á la calle de Alcalá, al Gabinete de Historia natural, y vas á pedir de mi parte una almorzada de estuco fino para un remedio.

—Bueno, maestro: un *estuque*, como si dijésemos, un estoque.

—Hombre, no; estuco, yeso blanco.

—¡Ah, sí! ¡bueno!

—Luego te vas al Barranco y le compras á un esquilador, por lo que pida, un vestido completo de los del trabajo, traído y llevado: todo, todo, todo, hasta la camisa, y las medias y los zapatos.

—Bueno: ¿y qué más?

—Toma estas tres onzas.

—Bueno: ¿y qué más?

—Que todo eso esté aquí por el aire: oye, y que no te se olviden las tijeras ni el *acial*.

—Bueno.

—Pues saliendo de piés.

Guirindola se puso su sombrero y su capotilla y salió escapado.

Pedro Romero volvió á su cuarto, y no le dijo á Goya ni una sola palabra de la Tirana.



---

## CAPITULO XXX.

**De como el arte y el genio de la imitacion pueden hacer que un hombre se trasforme á si mismo.**

### I.

Goya estaba sereno como si nada hubiera pasado por él.

Sólo se notaba en él la contrariedad que le causaba el ocultarse.

Pedro Romero echó la llave al cuarto, encerrándose con Goya.

Le habia metido en la alcoba.

Goya se desnudó *sans façon*, se acostó y á poco dormia profundamente.

Una hora despues llegó Guirindola.

Traia un traje gitano traído y llevado, como se le habia dicho, que no habia más que pedir.

Chaqueta, chupa, calzones, todo de un color ceniciento azulado, ya tomado y raído por el uso, con adornos negros que en más de un lugar estaban deshilachados ó rozados: correon de cuero lustroso con la hevilla renegrida: sombreron ancho a la franciscana, un

tanto sucio y grasiento y otro tanto alicaído, medias azules rezurcidas en más de un lugar, y zapatos de becerro ya muy traídos.

A más de esto un par de magníficas tijeras de esquilador con su vaina y un acial.

Habia entrecogido á un gitano, se lo habia llevado á la taberna, habia hecho el trato, se habia ido á su casa con el gitano, se habia desnudado éste, habia hecho Guirindola un envoltorio con el traje y se habia venido sin entender muy bien para qué queria aquello su matador.

Pero, en fin, el señor Pedro Romero no le daba cuenta de sus cosas a nadie; tenia mal genio, era muy formal y muy puesto en sus puntos, se hacia respetar, y cuando él no queria decir una cosa habia que adivinarla ó quedarse sin saberla.

Traia además Guirindola, que ántes de entrecoger al gitano habia ido al gabinete de Historia natural, un papelon de estuco en polvo.

Lo del traje no le escarabajaba gran cosa á Guirindola.

Pero el *estruque* ó el *estoque*, como él decia, le volvia loco.

¿Para qué queria aquellos polvos el señor Pedro Romero?

En fin, y esto era lo cierto: él no lo decia y cuando él no lo decia, habia que quedarse sin saberlo.

## II.

Guirindola hizo entrega de sus efectos y dió la cuenta de su coste al señor Pedro Romero.

—Has cumplido muy bien, y con prontitud y como

Dios manda,—le dijo Romero:—eres muy listo: oye lo que te voy á decir: tú no tienes que decirle á nadie que has comprado esto y que me lo has traído.

—*Güeno*,—dijo Guirindola:—no se lo diré á nadie: ¿y qué más?

—Ahora mismo te vas á ir al hospital.

—Pero el *espital* es como Dios le ha criado y no me van á dejar ver al señor Juan Lopez.

—No le hace,—contestó Romero:—tú llegas y preguntas de mi parte cómo está el señor Juan Lopez. Te lo dirán, porque al fin el hospital es nuestra casa, y nosotros le mantenemos, que con nuestra briega divertimos al público, y el público paga, y con lo que paga el público se cuida de los pobres enfermos.

—*Güeno*; ya sé yo, señor Pedro, que su mercé tiene vara alta en el *espital*.

—Que le digan al tío Juan Lopez, que ya se lo dirán, que me perdone si no voy á verle en seguida, porque estoy muy ocupado, y mi ocupacion es por él, por ver en lo que se le puede favorecer en lo que sea razon.

—*Güeno*, contestó Guirindola.

—En seguida que salgas del hospital...

—¡Toma! ya se sabe: me vuelvo aquí por el aire.

—No señor, no; tienes el genio muy vivo y recapacitas lo que no es. En saliendo del hospital te vas á la posada de las Gallinas.

—¿Y me traigo dos docenas?

—No señor: otra vez te vas por donde te se figura.

—Su mercé perdone; pero si no voy por gallinas, ¿á qué voy á la posada de las Gallinas?

—Siempre tu cabeza de chorlito: dime, mal cristiano que tú eres...

—Eso no; su mercé perdone: *bebeor*, pronto de genio y de manos y aficionado á las majas, eche usted, que

por muy largo que se vaya se quedará su mercé corto; pero mal cristiano, eso no.

—*Güeno*, como tú dices: ¿pero no te ocurre, cacho de alcornoque, que en la posada de las Gallinas pára un grande amigo mio?

—¡Ah! sí, el señor Pepe-Hillo.

—El señor José Delgado se dice; que los álias no corren decentemente de inferior á superior.

—*Güeno*, su mercé perdone, y su mercé tiene mucha razon. Pero como todo el mundo le llama al señor José Delgado Pepe-Hillo...

—A ti no te importa eso, ni tienes que sacar los piés del plato.

—*Güeno*; ¿y á qué voy yo á buscar al señor José Delgado?

—Tú no vas á buscar al señor José Delgado.

—Pues entónces, ¿á qué voy yo á la posada de las Gallinas?

—Si te callaras y oyeras, sabrias ya á lo que tenias que ir y estarias de viaje.

—*Güeno*; pues su mercé dirá.

—Es necesario que no te vean.

—*Güeno*.

—Que no preguntes.

—*Güeno*.

—Y que te enteres de si está ó no está en la posada el señor José Delgado.

—*Güeno*; ¿y si está?

—Te esperas á que salga.

—¿Y si sale?

—Te vas detrás y te enteras á dónde va. Pero con cautela, que no te vea.

—*Güeno*: ¿y si no está?

—Averiguas donde está.

—*Gueno*: y luego me vengo y le digo á su mercé...

—No señor, tú no te vienes.

—Pues ¿y qué hago?

—Te vas á casa de don Leandro Fernandez de Moratin.

—*Gueno*: ¿ese señor aficionado que escribe cartas de lo que pasa en los toros y nos pone de vuelta y media sin saber lo que se dice? Mire su mercé, yo no puedo ver á ese señor Moratin: ¡pues no tuvo la avilantez de decir en una carta que yo le daba la puntilla á los toros en el rabo! y todo fué porque el quinto toro de hace tres corridas, aunque estaba echado, estaba muy de cuidado y entablerado, y á mí con el miedo se me fué la mano algo larga: cuatro ó seis dedos: pero, en fin, odo era toro y no fué menester otro puntillazo. Yo quisiera ver á esos señores sabios, si tuvieran que darle el cachete á un toro como aquel. ¡Sangre! ¡y qué señores!

—Guirindola, los que salimos al público tenemos que estar á las buenas y á las malas, y agradecer los elogios y tener paciencia con las sinrazones.

—No, pues si á mí me dejaran darle la puntilla á ese señor, me parece á mí que no habia de conocer si se la daba en el cogote ó en la cola.

—No seas rencoroso, muchacho, ya que dices que eres buen cristiano.

—*Gueno*, pero no tan calvos que se nos vean los sesos, ni tan cristianos que nos dejemos hacer la barba.

—No acabaremos nunca, Guirindola, porque no hay palabra á que no contestes, ni cosa á que no sálgas con una retrónica. Vamos á ver si te enteras. Buscas y sigues al señor José Delgado hasta que veas donde se mete: en seguida te vas á buscar á don Leandro Fernandez de Moratin, y le dices de mi parte que me haga

el favor de estar esta tarde, si le es posible, entre cuatro y cinco, en la Fontana de Oro, que yo iré allí, y que perdone, que yo tengo la disculpa en el asunto de que le hablaré. Muy cumplido, Guirindola, que tú sabes serlo, y ese señor es muy cortesano y es necesario estar bien con él.

—*Gueno*, pero no entiende una palabra del toreo. ¡*Puñalí!* decir que yo cacheteo á los toros junto á la cola. ¡Hombre!

—Que te calles ya, y vete, y haz lo que te he mandado.

—*Gueno*, descuide su mercé, que será su mercé servido, maestro.

Y Guirindola se fué más metido en confusion.

Ya tenia para rato con los encargos que le habia dado su matador.

Y esto era lo que queria Romero.

Quitar de en medio á Guirindola, que le servia inmediatamente como criado, mientras se disfrazaba Goya.

### III.

Apenas salió Guirindola, Pedro Romero llamó y dijo al mozo que acudió á su llamamiento:

—Si vinieren á buscarme, sea quien fuere, aunque sea uno de los de mi cuadrilla, que no estoy; me siento un poco malo y me voy á echar.

—¿Quiere su mercé que se llame al médico, señor Pedro Romero?

—No es para tanto.

—Más vale así.

—Gracias.

El mozo se fué.

Pedro Romero cerró la puerta y entró en la alcoba.

## IV.

Goya dormía profundamente con el sueño más tranquilo del mundo.

—Me dá lástima de despertarle,—dijo Pedro Romero.—¿Pero qué se le ha de hacer? No se puede perder tiempo.

Y movió suavemente á Goya.

Despertó éste, se incorporó, bostezó, se restregó los ojos y dijo:

—Pues señor, me ha quitado usted el sueño más hermoso del mundo, señor Pedro Romero: figúrese usted que yo soñaba que le había brindado un toro á una buena hembra: que le había despachado por todo lo alto, que el público había pedido que me dieran el toro, que el corregidor lo había mandado, y que yo, como señal de posesion, le había cortado la oreja al bicho. Pues bien, cuando yo iba á tirar la oreja al balcon de mi maja, me ha despertado usted y la oreja se ha quedado en el aire.

—Pues es menester que usted no se quede en el aire, y que se vea lo que se hace. Ahí tiene usted lo que ha pedido: el vestido de gitano completo, sin faltar las tijeras ni el acial, y el estuco.

—Bueno, muchas gracias, señor Romero: va usted á ver en seguida qué pronto me cambio yo en otro hombre.

## V.

Goya, que estaba en paños menores, saltó de la cama.

Conservaba la coleta rabitiesa, con su lazo negro, y las dos baterías algo lacias y desordenadas sobre las sienes.

Tomó de un bolsillo de su casaca su caja de colores al pastel y se fué á la mesa sobre la cual habia un mediano espejo.

Se puso inmediatamente á pintarse.

—¿Usted vé que yo soy trigueño claro?—dijo á Romero.

—Sí que lo veo.

—¿Y usted sabe de qué color son los gitanos?

—Ya se vé que sí. Del color del tío Juan Lopez.

—¡Por vida del tío Juan Lopez!—dijo Goya:—¡él tiene la culpa! ¡Pero que hay que hacerle! Se me calentó la sangre. En fin, no me pesa. ¡Que si viera usted, señor Pedro Romero, qué cosas tan hermosas me han sucedido de resultas! estoy que no quepo en el pellejo.

—Usted parará los pies, don Francisco, usted parará los piés: mire usted que ponerse así en el viaje de los bichos cuando se van á la querencia, no es para todos ni se puede hacer siempre.

—¡Diablo! ¡y para qué es el estoquel!

—No digo que no, pero cuando se toma mal á una res, las consecuencias pueden ser muy malas.

—Usted no se debia llama Pedro; usted se debia llamar Prudencio.

—Pues qué, ¿San Pedro no fué prudente?

—Ya lo creo que sí, y dicen que no tenia pelo de tonto; pero negó á Cristo tres veces; y luego se arrepintió, y de ahí viene lo de las *lágrimas de San Pedro*, lo que prueba que...

—Que todo el mundo se equivoca y peca. Hasta los santos.

—No, pues por falta de muleta no le han de coger á usted.

—La mejor muleta de los hombres es la razón puesta en la experiencia y usada con buena voluntad.

—En siendo yo lo que quiero, espero ser y seré, empleo todo mi valimiento para que canonicen á usted en vida.

—Yo no seré santo,—dijo Pedro Romero,—pero hago lo posible por ser justo.

—Y tan justo es usted que viene usted apretado á todo el mundo, entrando en cuenta los toros: usted se ciñe, y con su trasteo de castigo y dejándose coger, digo así parece, la da usted. Es usted mucho hombre.

—Muchas gracias, don Francisco: ¿y sabe usted que usted no es rana? Sobre todo para pintar. ¿Quién diablos le conoce á usted ya?

## VI.

Goya mientras hablaba se pintaba.

Aparecía ya con un color bronceado, aceitunado ce-trino.

Con el claro oscuro que de mano maestra se había puesto, aparecía flaco, viejo. Se había soltado los cabellos, se los había teñido de un color canoso, verdoso, como el del lino podrido, y se había hecho una trenza á lo gitano.

Romero le miraba con asombro.

No se conocía la pintura.

El aspecto de su semblante parecía lo más natural del mundo.

La verdad había sido falsificada.

Se comprendía que cierta clase de mujeres, singular-

mente las ya manidas, ó por lo ménos marchitas, se pudiesen por Goya.

A seguida se vistió el traje gitano, sin olvidar ni aún la camisa.

Se metió en el correon las tijeras y el acial.

Se rebajó del hombro izquierdo y se derrumbó de la cadera del mismo lado.

El señor Pedro Romero hizo palmas.

—¿Y usted cómo se llama, *gachó*?—le preguntó riendo Pedro Romero.

—Pues señor, yo me llamo el tío Lamparones, natural de las Cuevas del Ravel de Granada, *esquilaor* de oficio: *afanaor* de *güenas* hembras, y aficionado al toreo, que he venido á los *madriles* por lucir mi gallarda persona y tomármela como venga á pelo con quien sea menester. En fin, á mí no me falta más que un pasaporte.

—Y le tendrá, tío Lamparones, le tendrá; ya he pensado yo en eso. Me parece que se puede ya abrir la puerta. ¡El diablo que conozca á usted!

—Espérese usted, señor Pedro Romero, espérese usted: necesito antes y para acabarme de disfrazar cuatro claras de huevo.

—Pues voy yo mismo por los cuatro huevos,—dijo Romero.

Goya continuó retocándose y obteniendo un efecto más á cada retoque.

Y un efecto maravilloso.

Hasta la voz se la habia trasformado.

Era cascarrona y aguardentosa.

Se habia operado, en fin, en él una trasformacion completa.

## VII.

Para justificar el pedido de los huevos, Pedro Romero dijo que eran para que se aclarase la voz un *cantador* gitano que estaba en su cuarto.

—¿Pues por dónde ha entrado,—dijo el ama de la posada,— que no le hemos visto?

—¿Y qué se yo? por la puerta,—dijo Pedro Romero.

—¡Ya, ya!—dijo el mozo de paja y cebada, lo que es los gitanos se meten por el ojo de una aguja y les viene ancho, sin que los vea nadie.

—No, pues el tío Lamparones,—dijo Pedro Romero,— es un hombre de bien: si no no lo trataría yo: no habría nadie en la puerta cuando él entró.

—Y diga usted,—dijo una de las mozas, que era una morena muy agraciada, y de lo más legítimo del barrio de Toledo:—¡se pueden tener fatigas por oír á ese flamenco! En diciendo que hay que oír seguidillas gitanas, ya se me bailan á mí hasta las entrañas.

—Eso será otro día,—dijo Romero,— que aunque el tío Lamparones canta como un gilguero, está el pobre ronco: por eso llevo los huevos, y he venido yo por ellos porque Guirindola ha ido á unos recados.

—¿Y por qué no ha llamado usted?—dijo la moza:—ya sabe usted que se le aprecia, señor Pedro Romero.

—Pues por lo mismo que me aprecias, muchacha, y que yo te estimo bien, porque eres buena y honrada, no he querido incomodarte. Ea, y hasta luego.

—Vaya usted con Dios, señor Pedro Romero, dijeron en coro todos los que estaban en la cocina.

## VIII.

Goya echó las claras de los huevos en uno de los vasos que con una gran botella de agua habia en el cuarto, vasos enormes, frailunos, porque á nuestros abuelos les gustaba beber de un tiron hasta saciarse.

Despues Goya hizo una pasta con el estuco y las claras de huevo, coloreó aquella pasta, se sobrepuso en la megilla derecha un costuron que le cruzaba desde la sien á la boca, se remelló un ojo y se puso un enorme grano amoratado en la parte izquierda de la nariz.

Cuando todo esto estuvo hecho, Goya se volvió hácia el señor Pedro Romero y le dijo con la voz sórdida, ronca, vinosa, ruda, imposible:

—¡Eh! ¿no es verdad que yo soy muy buen mozo, señor Pedro Romero?

Y estaba todo derrengado, todo torcido, con la boca sesgada, con un ojo *chingo*, con las manos gafas, derribado el sombrero á la espalda, las rodillas torcidas y los pies zambos.

—Lo que á mí me parece,—dijo Pedro Romero, que estaba espantado,—es que si no fuera mirando á Dios le delataba á usted á la inquisicion. Porque si aquí no hay brujería, maleficio ó arte del diablo, yo no sé donde lo pueda haber. A poco que le tenga á usted delante, ni yo mismo puedo creer que esto no ha sido una transformacion infernal.

—No le hace, no le hace, señor Pedro Romero,—dijo Goya;—es menester mirar bien: usted, que tiene tan buena vista, observe con atencion por ver si se nota en alguna parte la cosa más pequeña que descubra lo ficticio que yo he añadido á mi semblante.

—Venga usted aquí á la luz, señor don Francisco,—dijo Pedro Romero llevándose á Goya á la ventana;—pues, señor, nada, nada, absolutamente nada: todo parece natural.

—Pues cuando se seque lo sobrepuesto estará mejor,—dijo Goya.

—Pero va usted á pasar un martirio cuando todo eso le estire á usted la piel, señor don Francisco.

—¿Y qué le hemos de hacer? Ya me iré acostumbrando.

—¿Sabe usted que me parece una cosa?

—¿Y qué?

—Que me parece que no hay necesidad de que esté usted tan derrengado y encogido.

—Lo mismo me parece á mí.

—A ver: póngase usted natural.

Goya se enderezó.

—Dé usted un paseo.

Goya dió una vuelta por el cuarto.

—Pues señor, así está bien,—dijo Pedro Romero.—¿A qué ha de tener usted el martirio del encogimiento?

—Eso no quita que yo ande así, un poco acapachado, á lo hombre viejo; si no alguno me puede conocer por el aire del cuerpo. Veamos.

—¡Así, así!—dijo Pedro Romero.

—Pues ahora,—dijo Goya,—á quitar de en medio todos los indicios. Guarde usted mis ropas y mi espada, que yo voy á limpiar mi paleta.

Y limpió el vaso y la bandeja de metal en que había hecho la pasta y las tintas.

Entre tanto, Pedro Romero guardó en un arca todas las prendas del traje de Goya y detrás de la cama escondió la espada.

—Ea, pues, vámonos, que sólo con estar escondido me parece que estoy preso,—dijo Goya.

—Sí, vámonos, porque si usted no saliera de mi cuarto sospecharían. En fin, á la buena de Dios. Ya veremos de sacar á usted adelante.

—Y así haremos la prueba,—dijo Goya:—á mí me conoce todo el mundo. Pues vamos á ver si me conoce alguien.

—Pues vámonos á la Fuentecilla á la taberna del Curro; entraremos por la puerta excusada del portal: que no quiero que vean que yo entro en una taberna, que aunque los toreros tienen licencia para entrar en esos lugares, hay toreros de toreros.

Salieron: cerró la puerta del cuarto Pedro Romero.

Bajaron y entraron en la cocina.

—¡Calla!—dijo la moza:—¡y este es el *silguero*! ¡mal diablo en las que me gruñen! Pues los milagros que haga este santo no sacarán á ningún condenado del infierno.

—Muchas gracias por la lisonja, criaturita: pero apostemos á que siendo tú tan buena hembra no cantas como yo ni levantas tanto peso.

—¡Pué ser!—dijo ella torciendo el hocico;—pero eso ¿me lo dice usted ó me lo cuenta?

—Eso y todo que haya que ver y oír se verá y se oirá, si hay tiempo y ganas.

—Todo el tiempo está demás y las ganas no hacen falta,—dijo la moza.—¡Vaya un desgano de hombre!

—Vaya, señora Ambrosia,—dijo Romero al ama de la posada:—tome usted la llave de mi cuarto y désela usted á Guirindola cuando venga.

—Muy bien, señor Pedro Romero. Vayan ustedes con Dios.

Salieron.

—¿Has reparado, Juanela?—dijo la Ambrosia á la moza.

—¡Calle usted, señora, y qué gitanazo!

—¿Pero no has visto como le reluce el ojo sano? ¡Y qué hermoso que es, y cómo habla, que dice... vamos... con un solo ojo nos ha requebrado á ti y á mí.

—Verdad que sí.

—¿Y has visto que hermosa dentadura?

—¡Ya lo creo! como perlas. Pero lo otro...

—Si no fuera por el grano...

—¿Y dónde deja usted el costuron y el otro ojo entre dos luces?

—Pues mira, me parece que á ti te pasaba algo.

—¡Eso habrá sido usted, que yo!...

—No, pues yo...

—En fin, que vaya con Dios y que no vuelva: yo creo que me ha hecho mal de ojo.

—Pues al padre vicario, que saca los diablos del cuerpo.

—Que se los saque á su abuela.

Y ama y criada se quedaron murmurando, mientras Goya y Pedro Romero iban hácia la Fuentecilla de la calle de Toledo.

Por el camino encontraron á algunos conocidos de ambos.

Todos saludaron á Pedro Romero.

Ninguno conoció á Goya.

.....

---

## CAPITULO XXXI.

**En que se ve que Goya tuvo la prueba de que estaba disfrazado hasta la perfeccion y de que habia pensado mal de una buena mujer.**

### I.

Entraron en la taberna por el portal de la casa y se metieron en las habitaciones particulares del señor Curro.

Allí era donde alguna que otra vez que iba á la taberna se recibia al gran torero.

El señor Curro se creia muy honrado y perdía el sentido por servir al señor Pedro Romero y hacia por adivinarle los pensamientos.

Se presentó inmediatamente en la habitacion donde se habian instalado Goya y Pedro Romero.

—¡Tanto bueno por mi casa!—exclamó:—vamos, hoy de seguro tenemos un día de buena venta: empezamos con buen pié.

—Vendiendo por lo ménos más de lo que usted espera, señor Curro,—dijo Pedro Romero;—porque mi amigo y yo venimos á almorzar; y si yo soy, como us-

ted lo sabe bien, un poco delicado de paladar, mi amigo no lo es ménos.

—Pues corazoncitos de ángeles á la *papillota* le voy yo á dar á su mercé y á la compañía,—dijo el tabernero, mirando con una especie de asombro á Goya, como no comprendiendo que un gitano de tal facha pudie ra ser amigo del señor Pedro Romero.

Y luego añadió:

—Mariquita de la Cabeza, hija mia, ven acá.

## II.

Se presentó al momento una moza desparpajada morena, de buen trapío, vestida á lo manola, y al ver el señor Pedro Romero se sonrió con toda su alma.

Después miró de una manera maliciosa y burlona á Goya, como queriendo decir:

—«¿Qué casta de bicho es este? ¿Por qué se acompaña del señor Pedro Romero?»

—Parece que me está usted retratando, niña,—dijo Goya con una voz tan disfrazada y tan en gitano como el disfraz de que se amparaba.—¿Será que le gusto yo á usted?

—Pues el mozo es falto de resuello el pobrecito,—dijo María de la Cabeza torciendo el bonito *jocico*;—vea usted que no sabe una la suerte que le espera. ¿Qué era lo que usted queria, padre?

—Poca cosa: que te portes bien con estos caballeros.

—¿Y qué hay que hacer para darles gusto?—dijo mirando con los ojos encandilados á Pedro Romero y haciendo de todo punto caso omiso de Goya.

—Poca cosa; un almuerzo que á usted le parezca bien,—dijo cortesmente Pedro Romero;—á su eleccion de usted.

—Ya lo sabes, Mariquita de la Cabeza, un almuerzo mejor que el que se habrá comido ya el prior de Santo Tomás.

—Enterados, y no habrá queja,—dijo la muchacha soltando una nueva mirada candente á Pedro Romero; —y para que no tarde, con licencia.

Y se fué: desde la puerta volvió á mirar al torero.

—Vaya, pues para que hagan ustedes boca,—dijo el señor Currito,—voy á traer dos cuartillos del rancio de Yepes y unas aceitunitas de la tierra aliñadas por Mariquita, que las puede comer su *Real Magestá*.

—Muchas gracias, señor Curro,—dijo Pedro Romero.

—No las merece,—dijo el tabernero;—con hombres como usted todo es poco, señor Pedro Romero.

Y se fué.

### III.

—Hombre,—dijo Goya,—no hay varas en todos los acebuches del mundo para emparejar á las mujeres. ¡Vaya un ganado!

Y soltó algunas palabras de su uso particular que no podemos repetir.

Goya era muy mal hablado.

Muy mordaz.

Con una mordacidad tal y tan libre que se resiste á la pluma.

Así es que ocupándonos de él, tenemos que expurgarle el lenguaje.

Darle á conocer á medias.

—¿Por qué le echa usted esa respahilada á la pobre María de la Cabeza?—dijo Pedro Romero, que era muy puesto en sus puntos, muy sério y no decía nunca una

palabra mal sonante ni que tuviese una intencion torcida.

—Pues todo eso es poco,—dijo Goya:—¡mal cáncer las coma los ojos y la boca! No es que a mí se me dé nada... ¿y á mí qué, si yo las hago más que lo que ellas me hacen? Se lo está á usted comiendo con los ojos.

—Buena voluntad, don Francisco; es muy aficionada á los toros.

—Por los cuernos.

—¡Si sabe que yo soy casado, don Francisco!

—Y á ellas cuando quieren á un hombre, ¿qué se las da? Así fuera Papa: ¿pues hay algo más desesperado que las mujeres? pero, en fin, bendita sea su alma. Si no fuesen así, ¿qué nos habiamos de hacer? A mí mientras más *confiscadas*, mejor; que no se puedan tener de pié de buenas mozas, ni lamerse de desparpajadas. Así me gustan á mí.

—Calle usted, que siento que viene el Curro.

#### IV.

Entró, en efecto, el tabernero, y les sirvió el vino y las aceitunas.

—Vaya,—dijo;—pues si ocurre algo más, mande que yo tengo gente allá fuera en la taberna.

Y se fué.

#### V.

—Pues ha de saber usted que si yo digo eso acerca de la Morenita (este era el álias de la jóven), es porque sí; porque, vamos, yo creía que mandaba en su persona.

—¿Esas tenemos?

—Hombre, sí, y con fatigas: hace cinco dias venia yo de fuera de la puerta de Segovia de ver una tierrecilla que quiero comprar para hacer una casa para cuando me cãse con la Pepa. Venia cansado y tenia sed: me metí aquí y la Morenita me sirvió vino y unas sardinas escabechadas: se sentó junto á mí y me dijo suspirando:

—¡Válgame Dios, hombre, y qué malos ratos me das! ¡y cuánto tardas en venir! yo me desespero y no me puedo consolar con ninguno, porque ninguno me gusta; yo he nacido para quererte á ti, y no más que á ti: de todos los demás estoy *aborrecida*; me parecen trapos viejos.

—Pues, señor don Francisco,—dijo Pedro Romero desviando la conversacion, es decir, desentablerando á Goya;—de todo eso sacamos una cosa en claro, que es lo importante.

—¿Qué?

—Que conociendo tanto á usted la Morenita, no le ha conocido á usted, lo que quiere decir que está usted muy bien disfrazado.

—Tambien es verdad.

## VI.

En aquel momento entró Mariquita de la Cabeza, y se puso á cubrir la mesa.

Miró de nuevo con interés á Pedro Romero.

En cuanto á Goya, no le miró.

Se la salió un suspiro que parecia arrancado de lo más profundo de sus entrañas.

—Malo está ese pecho,—dijo Goya.

—Yo creo que á usted no le importará mucho eso,—

cdijo la Mariquita, entre desdeñosa y agresiva y como conteniéndose por respeto á Pedro Romero.

—¿Y por qué no nos ha de importar, Mariquita?— dijo éste.

—¡Calle usted, señor Pedro Romero!—dijo la joven;—¡que pasan unas cosas en el mundo que son para cortarse la cabeza y metérsela debajo del brazo! ¡Caramba y qué hombres! ¿Y qué les importa á ellos nada ni que una mujer se atosigne por ellos? ¡Calle usted, señor Pedro Romero; si á la tonta de la mujer que quiere bien á un hombre debian hincharla á azotes, y cortarla el pelo, y ponerla en una jaula á la vergüenza, y darla *pamplina* para que se pusiese gorda! ¡Vaya un mundo, redios! ¿Pues no sabe usted lo que pasa? Vaya, no lo sabe usted. Pero deje usted, que voy á decirle á la criada que traiga el jamon y los huevos, que ya estarán.

Y se fué y volvió inmediatamente seguida de una vieja que traia una media fuente y en ella cantidad de magras y media docena de huevos.

—Oiga usted, tia Tobitos,—dijo á la vieja la Morer nita:—ya sabe usted: tráigase usted de casa de Botin un toston, ¿usted entiende? como para mí, y bartelillos con mucha crema y calentitos, y un plato de manjar blanco, y de camino se trae usted la fruta que encuentre mejor.

—Muy bien, ama.

—Ea, vaya usted con Dios y que no deje osté las chancletas en la calle.

La tia Tobitos se fué refunfuñando.

—¡Vaya una bruja!—dijo la Morenita;—¿pues no me traje el otro dia una carta de un *petimetre espirita*, y se empeñó en que yo le habia de dar la contestacion? Eso sí, se ganó una *puntera* que no se pudo sentar á gusto

en tres dias. Yo no sé por qué la tiene mi padre en casa. Verdad es que guisa muy bien y es muy limpia y muy fiel, y para el trabajo un hierro viejo.

De improviso cortando su palabra, la Morenita se volvió hácia Goya y le dijo:

—Oiga osté, mal *gachó*, como vuelva osté á pisarme á mí el pié, le paso á osté de mi mano á su cara un plato y nos quedamos tan completos. ¡Pues, hombre, aunque viniera usted con más romeros que los que hay en un cerro! Y osté perdone, señor Pedro Romero, que con osté no va nada. ¡Pues, hombre, ni que fuera uno *peal* de órgano!

—Perdone usted, hija, que ha sido sin querer,—dijo Goya.

—Ni queriendo ni sin querer: ya hemos hablado bastante.

—Vamos, que eso no merece la pena,—dijo Pedro Romero.

—Mire osté que no, que por el pié se sube á la mano, y lo mejor es alicortar á estos pajarracos.

Y se sentó con aire de tormenta, poniéndose á distancia de Goya y cerca de Pedro Romero.

## VII.

—Pero usted debe saber lo que pasa,—dijo volviendo á la conversacion anterior;—como que á su picador de usted el tío Juan Lopez le han dado para el pelo y está en el *espital* que no se puede lamer.

—Sí que lo sé, y lo siento de veras,—dijo Pedro Romero—y no he ido á verlo porque está preso é incomunicado.

—Pues no lo sienta usted, porque el tío Juan Lopez

es muy bruto y lo tiene bien merecido. Pero dicen también una cosa que hay que sentirla.

—¿Y qué?

—Que entre el tío Juan Lopez y un hermano del pecado mortal que está también en el *espital* y muriéndose de una mojada en el pecho, han encontrado una guitarra que dicen que es de don Francisco de Goya.

—Vamos, ¿y usted lo siente?—dijo Romero.

—¡Vaya!—contestó Mariquita.

Y se le fué otro suspiro.

—¿Sabe usted, morena,—dijo Goya—que me están dando ganas de creer que está usted *morimunda* por ese señor Gayo?

—Goya, no gallo: y en fin, ese es otro cantar, y si yo quiero ó no quiero á quien me dé la gana, á usted la de vámonos y en paz.

—Pues mire usted, yo habia creido que queria usted unas miajillas á mi amigo.

—Hombre, vamos por partes, aunque osté no es confesor; al señor Pedro Romero le reverencio yo y le miro como si fuese un Dios, y de tanto como le respeto, cuando le veo, me hacen los ojos relampaguzas: en fin, que me parece á mí que yo soy mucho más, cuando el señor Pedro Romero me habla tan campechano, y tan sin soberbia... siendo él tan hombre.

—Vamos, y el señor Goya...—dijo él mismo.

—Esos son otros Lopez,—dijo con impaciencia la Morenilla.

Y volviéndose á Pedro Romero, añadió:

—¡Qué! si ese hombre es un desesperado. No hay culebra en que él no se enrede, y le parece poco todo el mundo. De veras que estoy de mal humor, porque le estimo. Ahí estuvo hace tres dias y tomó unas sardi-

nas escabechadas, y no ha vuelto. ¡Vaya una cabeza! ¡ mire usted que dejarse la guitarra en el sitio!

—Pero una guitarra se la puede haber dejado cualquiera,—dijo Goya.

—Qué, hombre, ¡si en el reverso de la guitarra había el retrato de una de las de ustedes, de la Mariposa, que ha sido cortejo de don Francisco!

—¿Apostamos á que está usted muerta por él?

—Y si lo estuviera, ¿á usted qué?

—Usted perdone.

—¡No hay de qué! ¡pues buena es la niña para ahogarse en dos dedos de agua! ¡y que no pueda una estimar á un hombre y dárselo á entender, sin que crea que está una echando por él las entrañas! ¡Vaya un mareo! ¡qué se le había á osté figurado, que yo estaba muerta por el señor Pedro Romero: como tiene osté ese ojo *chingo* y no ve osté las cosas al derecho!..

—Vamos, haya paz,—dijo Pedro Romero, que no sé por qué se ha puesto usted de punta con mi amigo.

—*Güeno*; en paz y malditas sean las desazones, pero que no se meta este hombre conmigo, que vamos á salir mal.

—¡Salir nosotros mal, señora, y es usted un pedazo del pedazo más rico de la gloria de Dios!

—¡Cállese usted, hombre! ¡que me ha de decir osté *ángeles* y yo he de entender que me dice osté *demonios*!

—¡Todo sea por Dios!—dijo Goya.

—Y por la Virgen,—respondió, siempre de mal aire, la Morenita.

Y luego volviéndose á Pedro Romero y cambiando de tono, añadió:

—Pero ¿ha visto osté? ¿quién le mandaba á él meterse con nadie? y sobre todo, ¿por qué se dejó una guitarra señalada con el retrato de una mujer? que dicen

que se conoce que el retrato lo ha pintado don Francisco, que no lo ha podido pintar otro, porque no, porque como él pinta y con la gracia que él tiene que le hace hablar á las personas, no pinta nadie. Mire osté, yo quise tener un medallon con mi retrato y él lo pintó, y luego lo esmaltaron, y lo guarnecieron de perlas, y estoy que parece que estoy viva, y me tienen envidia por el retrato más de tres: ¡vaya! mientras acaban ostedes de comer eso y viene la tia Tobitos con lo otro, voy por el retrato á que lo vean ostedes.

Y se fué.

### VIII.

—¿Lo ve usted, señor don Francisco, lo ve usted?— dijo Pedro Romero. ¡Pobre muchacha! está loca por usted y asustada. Pero ¿á qué hace usted esto? ¿A cuántas quiere usted, cuántas personas tiene usted y cuántas voluntades?

—¿Y yo qué sé?—dijo Goya:—ellas se vienen y ellas se van: cuando se vienen es menester recibirlas, y cuando se van desearlas buen viaje.

—Pero ¿y doña Josefa, don Francisco?

—¿Quién? ¿la Pepa? eso es otra cosa.

—Vamos, vamos, es menester que siente usted la cabeza; ya ve usted el compromiso en que está usted metido.

—Mire usted, señor Pedro Romero: buenas están las cosas: como vienen y cuando vienen mal no hay más que encogerse de hombros y que sea lo que Dios quiera. ¿Y sabe usted que me ha llegado al corazon la Moronita? No creia yo que me queria tanto.

—Lo mejor de todo esto es que queriéndole á usted

tanto, y no siendo torpe, que corta un pelo en el aire, ni corta de vista ni sorda, no le ha conocido á usted.

—¡Para que no me desfigurase yo bien tratándose de que no me conocieran!

—Pues me parece que puede usted ir á todas partes sin cuidado. ¡Es mucho asombro esto! ¡si yo creo que usted es otro!

—Pues mire usted, me voy á ir á ver á la Pepa á ver si me conoce, y al padre Bayeu lo voy á volver loco.

—Bueno, que ahí, aunque le conozcan á usted, no hay cuidado.

## IX.

—Aquí está esto,—dijo entrando con un mozo de casa de Botin la tia Tobitos: un lechon que viene deseando que se lo coman, y unos bartolillos que hacen la boca agua, y unas fresas que van á estar de rechupete. ¿Con qué las quieren ostedes, con vino blanco, ó con vino tiuto, ó con leche?

—Con eso, y que sea buena; dígale usted al señor Cándido el vaquero que es para mí.

El mozo y la tia Tobitos se fueron.

## X.

—¿Nos atreveremos con el toston?—dijo Pedro Romero.

—Venga un poco, que no hay que despreciarlo, y huele que conforta.

Llegó entonces la Morenita.

Traia un medallon.

—Mire usted, señor Pedro Romero,—dijo.

—¡Ni una imágen!—exclamó con admiracion Pedro

Romero mirando el retrato.—Y que está usted que no le falta más que hablar.

—Vaya,—exclamó la jóven;—y pensar que ha retratado tambien en su guitarra á la Mariposa, una mala *gachí*, una cabra suelta; y que ha matado ó medio matado á un hombre por ese *menumento* de la Miraflores, que se cree que donde está ella ninguna mujer alza la gaita. Pues, amigo, para perder hombres todas sirven, y lo que es á esa la trinco yo por las greñitas y la pongo lo oscuro al sol y la baldo. ¡Vaya una hembra, puñales! ¡Si estoy que me ahogo!

—Pues yo le digo á usted que á ese don Francisco á quien usted quiere tanto,—dijo Goya,—no le pasa nada; que él es muy hombre y sabrá salir de eso y más negro que fuera, y que la quiere á usted mucho, y que usted se lo merece.

—¡Es que me dice osté la buena ventura, ó que me mece osté, *chavosito*! Pero, vaya, hombre, ahora se le puede oír á osté.

Y al decir esto la Morenita, su voz no tenia la acrimonia agresiva de ántes.

Goya, por disimular, estuvo contemplando el retrato.

—Pues mire usted, el que ha pintado esto,—dijo,—la quiere á usted, porque ha puesto en ello los cinco sentidos. Tome usted, niña, y salud para quererle.

—Muchas gracias,—dijo la Morenita, metiéndose el medallon en el pecho.—Ea, y con Dios, que tengo que hacer por allá dentro.

—Vaya usted con Dios, gloria,—dijo Goya.

—Hasta la vista, Mariquita.

La muchacha se fué.

Ellos acabaron de almorzar, pagó el señor Pedro Romero y salieron.

## XI.

—Pues yo le digo á usted, señor don Francisco, que se puede usted atrever á ir á todas partes; cuando no le ha conocido á usted la Morenita, no le conoce nadie.

—Pues yo voy á ver si me conoce la Pepa.

—Sucederá lo mismo.

—¡Quiá, no señor! ¿y el corazon?

—¿Y usted cree en eso?

—¡Vaya! y lo voy á ver.

—¿Y usted cree que la Morenita no tiene corazon?

—Mire usted, lo de ésta y lo de las otras consiste en que las trasteo y las alegro y me voy al toro. Pero la Pepa es otra cosa. En fin, voy á verla.

—Pues vaya usted con Dios, y mire usted, yo voy á andar ya en su negocio de usted; esté usted esta tarde, entre cuatro y cinco, en la Fontana de Oro.

—Pues hasta la tarde, señor Pedro Romero.

—Hasta la tarde, señor don Francisco.

Pedro Romero se fué por la calle de las Maldonadas, y Goya siguió hácia la Plaza Mayor.



---

## CAPITULO XXXII.

### Goya abogado y procurador de si mismo.

#### I.

En la disposicion de ánimo en que iba Goya, todo le parecía mejor que nunca: el sol más resplandeciente, el aire más fácil, la vida más grande, las gentes más simpáticas.

Como que sentia la libertad y la gozaba, tenia miedo por lo mismo que la tenia en gran peligro.

Hasta la calle de Fuencarral, donde vivia el pintor Bayeu, se tropezó con muchos conocidos, con varios rudamente, y á caso hecho sostuvo con algunos agrias ontestaciones, y nadie le reconoció.

Cada una de aquellas personas habia sido una nueva praebea de lo perfecto de su disfraz.

Entró en el zaguan, llamó y acudió uno de los aprendices.

Un muele colores.

Gasparito, el *raton asustado*, como le llamaba Goya, porque era el muchacho malicioso, y cuando queria

hacer pasar una de sus picardías aparecía en sus ojos una especie de temor y de cuidado, como el del que da á sabiendas una moneda falsa y teme que la conozcan.

—¿Y qué es lo que á usted se le ocurre, buen hombre?—dijo Gasparito.—Aquí no hay perros que esquilar.

—Bueno,—dijo Goya;—pero yo no vengo á buscar un esquileo, que vengo á otra cosa. ¿Aquí se pintan santos?

—Y diablos, cuando viene á mano.

—Pues mire usted, á la gitanería se le ha puesto en la cabeza que yo haga milagros.

—Hombre, ¿y qué nos importa aquí de eso?—dijo con una cierta impertinencia el muchacho, que era muy tiradillo para adelante.

—Pues yo vengo á que me pinte el señor Bayeu, que dicen que lo hace muy bien, para que los gitanillos pongan el cuadro en un altar, y me enciendan dos velas.

—Hombre, vaya usted á divertirse con su abuela,—dijo el muchacho ya avinagrado,—que aquí no hay para qué.

—¡Válgame Dios, Gasparito, válgame Dios, y cómo te subes!—dijo Goya—Va á ser menester tirarte de las patitas.

—¿Y quién le ha dicho á usted cómo me llamo yo?

—Yo lo sé todo, y sé que te gusta la Pepa.

Gasparito se puso pálido.

Miró con espanto á Goya.

El creía que nadie había conocido la afición que tenía á la hija de su maestro.

Le pareció que, en efecto, aquel hombre adivinaba.

Todo consistía en que Goya, que era muy suspicaz, le había conocido la intención.

—En fin,—dijo Goya,—dile á tu maestro que aquí hay una persona que viene á retratarse.

Gasparito era supersticioso; Goya le habia dominado y le anunció.

Poco despues entraba Goya en el estudio de Bayeu, que estaba en lo más alto de la casa.

## II.

—¿Conque usted quiere retratarse?—le dijo Bayeu con recelo, porque temia que el gitanazo que se le habia metido en su casa fuese un ladron que quisiese hacer un reconocimiento, ver por donde se entraba ó se salia y ver si habia ó no habia perro.

A más de esto, el bueno de Bayeu estaba de muy mal humor.

Se le conocia en la cara.

La calaverada de Goya de la tarde anterior le habia irritado.

Habia descompuesto sus proyectos.

El no podia dar su hija á un perdido que habia tenido la desvergüenza de irse con dos manolas, abandonando, escandalizando y atormentando á la buena niña con quien estaba tratado de casar.

A más de esto, como las malas noticias corren como el viento, y como él se meten por todas partes, habia sabido Bayeu el mal lance en que se habia metido Goya.

Estaba, pues, de un humor de los diablos.

Pero era avaro, y como un gitano podia querer muy bien retratarse y pagarlo, añadió:

—¿Y cómo quiere usted el retrato?

—De cuerpo entero, como estoy,—dijo Goya:—y si á

usted le parece, en la feria, entre bestias y chalanes, con alguna buena hembra al lado. En fin, cuadro.

—Pero eso será muy caro.

—¿Y á mí qué se me da? Yo le pagaré á usted con otro cuadro.

—¿Qué es lo que usted dice?

—Que yo le pintaré á usted un cuadro que valga mucho más que el de usted.

Abrió tanta boca y tanto ojo el bueno de Bayeu.

No queria dar crédito á sus oidos.

—Hombre, ¿pues usted cree que pintar es esquilar?

—Entre amigos con verlo basta,—dijo Goya;—allí veo un lienzo que me sirve. Voy á pintar un ángel que se va al cielo.

—¡Hombre, usted está loco!—dijo Bayeu.

—En quince minutos voy á pintar la cabeza del ángel, y va usted á creer que yo tengo en el cuerpo el alma de don Diego Velazquez de Silva. Ea, y á verlo.

Y sin decir más cogió la paleta de Bayeu, que estaba sobre una caja de colores junto á un cuadro en caballete, en que aparecia bosquejado un San Francisco en éxtasis, y se fué al lienzo que habia indicado.

### III.

Sin vacilar, sin hacer un solo trazo, empezó á pintar determinando en cada mancha, en cada restregon, un rasgo determinante de la fisonomia de un ángel.

Bayeu no pudo ménos de tomar aquello en serio.

El gitano hacia las tintas con gran facilidad y las emplazaba con una gran precision, con un grande efecto.

A los cinco minutos Bayeu lanzó un grito de sorpresa.

Habia aparecido en un breve bosquejo la hermosa y bella cabeza de su hija Pepa con toda la expresion de su pureza y su candor, y á más de esto, con una triste melancolia, una melancolía casi divina.

Tenia los hermosos ojos alzados al cielo como suplicando al Padre.

A los quince minutos la cabeza estaba perfectamente concluida.

Era una idealizacion de la Pepa.

Habia en ella la espontaneidad, la franqueza, la verdad de color, la fuerza de modelado de Velazquez, y algo divino, y algo de eso que pertenece al genio.

Despues, restregon arriba, restregon abajo, pintando por varas, aparecieron las alas extendidas, el cuerpo suspendido en el espacio, la túnica flotante, el cingulo simbólico, y un partido de nubes que parecian flotar en el ambiente.

—¿Quiere usted más?—dijo Goya soltando la paleta.

—No creia posible tanto,—dijo Bayeu, que miraba con terror á Goya.

¡Aquello le parecia sobrenatural!

—¿Se habia metido, en efecto, Velazquez en el cuerpo de aquel gitano?

—¡Y usted esquila!—exclamó Bayeu, comiéndose con los ojos á Goya y dejando ver una expresion de envidia ó asombro; que no hay hombre, por bueno que sea, que no dé en la envidia.

—Es el oficio que me gusta,—dijo Goya:—pero tengo espíritu familiar, y hago todo lo que quiero, porque lo que yo quiero hacer, lo hace por mí el diablo. Pero yo soy cristiano viejo y neto, y muy devoto de

la Santísima Virgen, especialmente de la *Pilarica*.

—¡Hombre, hombre!—exclamó algo más tranquilo ya el bueno de Bayeu: ¡y siendo usted tan buen cristiano y tan devoto de la Santísima Virgen María, particularmente de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, se trata usted con el diablo!

Es de advertir que el honrado Bayeu creía en todas estas cosas.

Es decir, en los espíritus familiares, en los endemoniados, en los sortilegios, en las hechicerías, en el mal de ojo.

El clero tenía la culpa de esto, que fanatizaba á las gentes para dominarlas y explotarlas mejor y las hacía supersticiosas.

Por su parte el Santo Oficio hacía más de lo que podía por sostener el embrutecimiento de las masas, aceptando como cosa cierta y corriente la posesion de las criaturas por el demonio, la hechicería, la brujería, y todas cuantas malas artes se han atribuido al diablo, el más calumniado de cuantos espíritus han sido calumniados por la humanidad, que pretendiendo siempre esclarecer misterios excita su fantasía hácia lo maravilloso, y llega á sentir como cierto lo que no tiene razon de ser ante la razon.

En fin, el maestro Bayeu era un hombre de su tiempo y como debía ser.

Haber pretendido otra cosa hubiera sido pretender lo imposible.

—Le diré á usted,—dijo Goya:—el diablo me ha cogido aficion y no me deja: siempre se me está metiendo en el cuerpo; pero yo le conozco y le echo. Le trato á puntapiés.

—Y dígame usted—exclamó Bayeu—¿qué hace usted para libertarse del diablo?

—Cuando le siento dentro de mí le meto fraile, y el diablo por no estar entre frailes, se marcha.

—¡Hombre, hombre! ¿y cómo le mete usted fraile?

—Yéndome á un convento. La primera vez entré engañado. Pero no ha vuelto á entrar más. Se quedaba á la puerta, y allí me aguardaba y esperaba. Pero yo salgo armado de exorcismos y deprecaciones y atiborrado de aceite bendito y no se atreve conmigo. Pero como el aceite bendito se digiere, vea usted ahí que á los quince ó veinte dias se me vuelve á envainar ese diablo y tengo que acogerme al convento que mejor me place, que todos son lo mismo, sin quitar ni poner.

—¡Hombre! ¡hombre!—dijo el candoroso Bayeu;—después de haberme usted hecho ver esa maravilla, me está usted diciendo cosas que me maravillan más y más. ¿Conque el diablo ha pintado eso?

—Sí, señor, porque yo le he mandado que lo pinte.

—¡Hombre! ¿conque usted manda en el diablo?

—Sí, señor; á fuerza de castigarle le he domesticado, y para que no le lleve á los conventos, y para que no le zambulla en aceite bendito, hace todo lo que yo le mando.

—¡Hombre! ¡hombre! ¿y á qué efecto ha venido usted aquí?

—Yo tengo revelaciones.

—¡Hombre!

—Sí, señor, revelaciones, y en una revelacion he visto una jóven muy hermosa, muy dulce, muy buena, muy caritativa, que me dijo:—Socórreme, que yo sufro, que yo agonizo, que quiero á un hombre, y mi padre me ha dicho que no vuelva á pensar en él ó me mete en un convento.

## IV.

Llegó al último punto el asombro y el miedo de Bayeu.

Goya le habia adivinado.

Le conocia demasiado.

En efecto, él habia dicho á la Pepa que si volvia á pensar en aquel perverso libertino, la metia en un convento.

—¿Y mi hija ha buscado á usted, con el pensamiento digo, que no puede ser de otra manera,—dijo Bayeu,— porque ella no sale de casa sino con su madre ó conmigo?

—Ella no lo sabe: me ha buscado su espíritu, porque si: y su espíritu me ha dicho que se muere si no se casa con don Francisco de Goya. Me ha encargado además que venga á convencerle á usted, y por eso he venido. Y para que usted me respetase, para que viera lo que era capaz de hacer, he mandado al diablo que pinte á la Pepa en figura de ángel entristecido que se va al cielo, y que la pinte como la hubiera pintado Velazquez.

—¡Hombre, hombre! en eso no hay duda ninguna. ahí está la obra: y tan buena como la mejor de Velazquez.

—¿Pues no sabe usted que cuando Velazquez pintaba tenia el diablo en el cuerpo?

—¡Ave María purísima!

—¡Sin pecado concebida!

—Pero, hombre, si es usted tan piadoso, ¿cómo tiene usted el diablo en el cuerpo?

—Ya le he dicho á usted que el diablo esta en mi

cuerpo, cuando está, como el criado en la casa de su amo.

—¿Y viene usted á interceder por ese foragido de Goya?

—Un loco.

—Un bribon.

—Alegrías de mozo.

—Tiene ya veintisiete años.

—¡Buen puñado! Un hombre de veintisiete años es un mamón.

—Pues yo no quiero mamones que puedan como él morder, y que sean desagradecidos y réprobos é insolentes. ¡Qué avilantez! ¡injuriar á mi Pepa, que es un ángel, por dos escandalosas manolas! ¡irse con ellas y de resultas viene un homicidio!

—Yo sé que lo que él ha hecho ha sido defender á un hombre para que no le matase un asesino.

—Si él no anduviera por donde anda, dejado de todo miramiento, no tendria que defender él á nadie. Nada, nada, que se olvide de nosotros. Yo no le puedo perdonar lo que ha hecho.

—Yo sé que está arrepentido: que esta ha sido para él una gran leccion.

—Pues que la aproveche para otra parte, que aquí ya no sirve.

—Bueno,—dijo Goya:—veo que todavía no está esto maduro. Más adelante, y muy pronto, será otra cosa. Usted se convencerá.

—¡Nunca!

—Ya lo veremos.

—Usted es muy buen cristiano, y quiere mucho á su hija.

—Por lo mismo no quiero entregarla á un loco.

—Veo que por hoy todo será inútil, y por lo tanto

no insisto; pero no lo dejo de la mano. Ahora, ¿quiere usted hacerme un favor?

—Hable usted.

—Quisiera retocar esa cabeza y consultarla en vista del original.

—Si no es más que eso... Espérese usted, voy á llamar.

Y Bayeu salió.

---

## CAPITULO XXXIII.

**En que se dice lo que hubo para que fueran novios  
la Pepa y Goya.**

### I.

—Pues señor,—dijo Goya,—no se puede dudar de esto; estoy desfigurado hasta la perfeccion. Veamos si la Pepa me conoce.

Y en esta expectativa Goya tenia llena el alma de la Pepa, como él la llamaba.

Y la Pepa era una dulce criatura, sencilla, candorosa, criada como se criaba á las niñas en aquel tiempo, bajo el dominio de una madre recoleta, á la que habian criado como ella criaba á su hija, quebrados siempre los gustos,) puestas en el temor de Dios, en la veneracion al sacerdote, en la absoluta obediencia á los padres, acostumbradas á las prácticas religiosas, á la perpetua oracion, cuando daba una hora, cuando llegaban las Ave-Marías; el rosario antes de acostarse; otra vez el rezo antes de dormirse: rezo al empezar la comida, rezo al terminarla; las cuarenta horas, la visita de María, las novenas, los ejercicios, la confesion cada

sábado, la comunión cada domingo; el fraile entre cuero y carne; el pudor más que como sentimiento, como educación, como precepto: siempre los ojos bajos, siempre la palabra dulce, siempre la obediencia pasiva, el respeto á los mayores: ver en cada mendigo una representación de Jesucristo, prototipo de la pobreza y de la caridad; un padre en cada anciano, un hermano en cada prógimo, todo adaptado al Evangelio, exagerado, llevado hasta el fanatismo, hasta la superstición, hecho por el sacerdote, que pretendía entónces, como pretende ahora, como pretenderá siempre, que la humanidad entera sea sacerdotal, para ser ellos la primera casta, los influyentes, el alma de todo, la razón de ser de todo. Restaurar la antigua India, el evangelio de Brahma, la filosofía de Buda, la fatalidad del nacimiento, el *statu quo* inmóvil y consagrado, el mecanismo social, invariable, el encadenamiento inevitable, el castigo inflexible, la esclavitud sin rescate: los brahmanes de todos los tiempos, es decir, el sacerdote de siempre, absorbente, dominador é implacable; los enemigos del progreso, es decir, los que se rebelan contra la naturaleza, ó lo que es lo mismo, los que se rebelan contra Dios, siempre vencidos por Dios y siempre tenaces en su rebeldía.

Ellos han dicho, dicen y dirán: «No pasarás de ahí:» y en tanto la voluntad, la Providencia, la fatalidad de Dios, lo necesario, lo inevitable, lo absoluto, lo infinito impulsan al hombre, que ejercita la revelación del espíritu, que impulsa incesantemente al espíritu, al hombre, á un *más allá* sin fin.

Pero ese *más allá* transforma al hombre, porque si no le trasformara no le movería, y el movimiento es necesario, prepotente, porque el movimiento es la ley suprema de la vida. La inmovilidad es la negación, y

no hay negacion: todo es afirmacion, es decir, todo es un hecho de transicion, una ley de movimiento, y por consecuencia una resultante de la fuerza virtual en que se esconde el misterio de la vida, el misterio de Dios.

## II.

La Pepa estaba criada de esta manera indiana, ó lo que es lo mismo, sacerdotal, levítica. Su padre, el buen Bayeu, primeramente porque era cristiano viejo, católico, apostólico, romano á la española, y luego porque pintaba santos, tenia infestada su casa de frailes y de clérigos, no siendo raro asistiese á ella algun ilustrísimo prelado. Habia, pues, casa de Bayeu tufo eclesiástico, sabor levítico, ambiente de incienso, dejamientos de pábilo de cirio, humor ascético, rumor de oracion, una reunion de cosas que formaban un conjunto denso, pesado, casi asfixiante, que hoy no se encuentra en ninguna parte, como no sea en los conventos de monjas, ó en esta ó la otra rara casa de algun neo-católico, hipócrita y mañero, y que entónces era la atmósfera de todas las familias morigeradas, el estilo, la manera de ser y de sentir de la época, de una época cuyo alejamiento en lo pasado lloran los frailes, y que procuran hacer volver en vano, porque nadie puede hacer que vuelva atrás el torrente, ni áun contenerle, porque no hay dique sobre el cual no salte rebramando.

## III.

Se criaban en aquella época las niñas como flores en estufa, encerradas entre cristales, contenidas en un

tiesto, cultivadas metódicamente, guardadas de todos los vientos, de todos los pájaros, siempre con la luz del mismo lado. Pero con la luz llegaba hasta ellas el calórico: privadas de todas las expansiones, sentian lujuria de expansion: su naturaleza reivindicaba en ellas sus derechos, y las hacia con su pudor, con su candor, con su timidez, con su ignorancia de todo, con su su-mision á todas las formas, á todos los preceptos, más bellas, más delicadas, más perfumadas, más candentes, más inspiradoras de deseos rabiosos, más propensas al amor, y al amor apasionado.

## IV.

Y esto era la Pepa. Una magnífica flor de estufa, de una delicadeza infinita y de un perfume embriagador, que se habia metido hasta el alma de Goya sin que éste se hubiera apercebido bien de ello. Porque ¿qué era la Pepa? Considerada en la forma, una belleza de lineamientos dulces, tranquilos, si se nos permite la frase: una armonía sencilla, un reposo dulce de partes de todo punto delicadas, en un conjunto inefable que revelaba la paz y la limpidez del alma. Una vida poderosa durmiendo dulcemente y como atenuando una belleza suprema, que no necesitaba más que del movimiento de la pasión para resplandecer. Una perla en su concha; hemos dicho mal: el fuego en el fósforo; un choque, una frotacion é instantáneamente se haria sentir la explosion del volcan.

## V.

Goya no se habia explicado nada de esto: pero vi-

viendo en la atmósfera de aquella bella criatura se había saturado de ella. Se había hecho una refundición del alma de la Pepa y del alma de Goya, sin que ninguno de ellos se hubiera apercibido. Sentían el uno la necesidad del otro sin comprenderlo: se amaban de una manera inconsciente. La obra de la revelación se hacía por sus pasos contados, como se diría en estilo vulgar, y la aproximación crecía, la acumulación dominaba, la resurrección se consumaba. Y Bayeu, que tenía esa intuición, ese sentimiento del espíritu de las cosas, sin el cual no hay artista posible, lo veía y se felicitaba de ello; sentía orgullo al ver que su sencilla y dulce Pepa vivía sin saberlo en el sér de Goya, y que Goya se conmovía inconscientemente bajo la influencia de la magia natural de Pepa.

## VI.

Le halagaba que aquel genio fogoso, aquella inspiración maravillosa, aquel genio excepcional, aquel rebelde á toda forma, á todo precepto, aquel espíritu libérrimo que rompía todas las trabas sobreponiéndose á todo, iluminase sus ojos y su semblante con una expresión de paz, de alegría y de contemplación deleitosa á la vista de Pepa: que en Pepa apareciese algo de un reflejo de gloria á la vista de Goya, y que toda esta impatía, esta mutua voluntad, este placer íntimo y no turbado por ningún deseo, se manifestase en el uno por el otro. En fin, que se revelase por sí misma una unión que parecía una predestinación.

## VII.

Llegó un día en que Bayeu consultó á su mujer. Esta

le dijo que habia visto lo mismo que veia él. Que la Pepa tenia ya veinticuatro años, estaba hermosa y robusta y habia que pensar en casarla; en fin, que si Bayeu no le hubiese hablado de esto ella estaba ya resuelta á hablarle de ello.

Se discutió acerca de las cosas malas y de las cosas buenas de Goya. Pero se convino que cuando se casase cambiaria de todo en todo. Se pasaron los dos esposos la noche discurriendo entre sábanas mirando la cuestion por todas sus fases, determinando al fin consultarlo con personas de reconocida ciencia y virtud, y se levantaron desmadejados porque habian dormido muy poco.

La Pepa, por su parte, habia amanecido fatigada, pálida y ojerosa. Habia dormido toda la noche, pero soñando con Goya. Un sueño inocente, pero terrible, abrasador, el imperio de la naturaleza ciega que no necesita de la conciencia para ejercitar su fuerza.

## VIII.

Aquella tarde Bayeu hizo dos visitas. Una en el convento de Santo Tomás de Aquino, otra en el de la Trinidad.

Estos dos conventos fueron fundados, el de Santo Tomás por fray Diego de Chaves, confesor de Felipe II, en la calle de Atocha, núm. 1, manzana 151, en 1583; el de la Trinidad, por el mismo rey D. Felipe II, en la misma calle de Atocha, núm. 4, manzana 168, en 1562.

El confesor de Bayeu era uno de los padres más graves de Santo Tomás, y el de su mujer otro de los no ménos graves y campanilludos de la Trinidad.

## IX.

Consultados el uno despues del otro, los dos padres maestros encontraron que el propósito de los padres de la Pepa debia tomarse en consideracion.

Goya era muy estimado en los conventos: como que enriquecia las bóvedas de sus iglesias con frescos inestimables, y si no pintaba con mucha frecuencia asuntos místicos podia pintarlos como nadie.

Los frailes eran muy artistas.

A ellos se deben en gran parte las obras maestras que tenemos en nuestros museos y que aún quedan en nuestras iglesias, en nuestras catedrales.

Porque quien dice fraile dice clérigo.

El clero, ya regular, ya secular, vivia con lujo.

Influa sobre las conciencias.

Acaparaba cuanto podia.

Acrecia sus rentas.

Tenia una gran influencia.

Gastaba tesoros en la casa del Señor.

Esos tesoros se los ha encontrado despues la nacion.

Los ha malgastado en gran parte, no la nacion, sino los otros frailes de distinto género que se llaman políticos.

Pero ha quedado mucho.

Nos quedan algunas catedrales, algunas abadías, algunos templos de primer orden.

Y en esos templos obras de arte inestimables, ya en lienzos, ya en vasos sagrados, ya en códices.

Si un dia se pensara en restaurar y prolongar la existencia de los monumentos, si se recogieran los tesoros artísticos que en ellos quedan, se veria cuán rica en obras de arte es España.

Y esto se debe al clero.

Y se debe tambien á los reyes.

Y se debe tambien al municipio.

Y se debe tambien á los nobles.

Y se debe tambien á la piedad popular.

Es un tesoro verdaderamente nacional, lentamente hecho, pero hecho con grandeza y con insistencia.

Aquellos tiempos que se llaman de presion, de tiranía, de *oscurantismo*, tenian mucho de bueno.

Aun de inmejorable.

Tenian un espíritu lleno de fe.

Aunque no lo comprendiesen, sentian lo sublime.

En nuestros tiempos de cultura y de libertad, todo está empequeñecido.

Porque todo está materializado.

Porque la razon fria ha matado la fe ardiente.

Porque el hombre no vive más que por sí mismo y para sí mismo.

Sólo en las ciencias físico-naturales, en la invencion progresiva y más grande á medida que una ciencia ilustra, por decirlo así, á otra ciencia, y á causa de las correlaciones, un descubrimiento importante abre toda una serie de no ménos importantes descubrimientos; sólo en la ciencia de lo tangible, de lo demostrable, de lo que viene por sí mismo hijo del progreso, de la inteligencia, de la ciencia, somos superiores á lo pasado.

Pero en cuanto á lo moral, á lo ideal, á lo que pertenece al espíritu, hemos perdido cuanto teniamos que perder: la fe en lo supremo, el sentimiento ideal de lo sublime, el sueño de la eternidad, y hemos exclamado de una manera desconsoladora y terrible:—«¡Los dioses han muerto!»

Con los dioses ha pasado todo lo que, relacionándose con lo infinito de las ciencias, constituia una gran-

deza moral, una grandeza sublime, dentro de la rudeza de tiempos duros, de tiempos bravíos, en que el privilegio y la tiranía y aún el crimen eran la manera de ser de una sociedad demasiado viril, demasiado fuerte, demasiado dependiente del altar y del trono, en la cual no se creía gobierno posible, sino proviniendo de una autoridad absoluta é indiscutible, en que no se pensaba pudiese haber otra organizacion social que la que naciese del privilegio.

## X.

En los tiempos de Goya habian desaparecido ya las grandezas de la Edad Media.

La imprenta, una de las palancas más poderosas del progreso moderno, y una multitud de concausas, habian traído el Renacimiento.

El Renacimiento habia cambiado la faz moral, política y administrativa de Europa.

Habia venido primero la Protesta.

Despues la Enciclopedia.

La una habia quebrantado el poder de Roma.

La otra habia herido el corazon de la Monarquía.

Se oia zumbar el huracan revolucionario.

Pero aún vivian los poderes amenazados de muerte.

Aún duraba la tradicion.

Aún habia vida para el arte.

Aún existian los conventos y los pintores tenian mercados para sus lienzos.

Ancho camino por donde llevar su génio.

Grandes recursos infinitamente superiores á los que les dan nuestras exposiciones artísticas; ellos tenian

una continua exposicion, en las bóvedas, en las capillas, en los retablos y en las vidrieras de los templos.

A Goya se le puede admirar en San Antonia de la Florida.

En San Antonio de los Portugueses.

Hoy, es verdad, se tienen los museos.

Pero los museos son difíciles para el arte de actualidad.

Hay que pasar por el jurado.

Por el premio.

Por la compra del Estado, y no se premia, no se compra todo lo que se debía premiar y comprar para estimular el arte.

## XI.

Hemos dicho lo anterior para que se comprenda por qué los dos padres maestros á quienes habia consultado el padre de la Pepa se habian alegrado y se habian puesto de parte de Goya.

Importaba poco que fuese libertino y de vida airada.

Esto podia corregirse.

Habia que tener en cuenta *la gracia divina* que va infundida en el sacramento del matrimonio.

Además de que es muy comun que los mejores maridos sean aquellos que han hecho cuando solteros una vida tempestuosa.

Han conocido el mundo.

Han corrido.

Comprenden mejor lo inestimable de una mujer pura y amante.

Y después los hijos...

Consultados aparte, estuvieron de acuerdo los dos padres.

Por consecuencia el buen Bayeu los convidó para tomar en su casa chocolate aquella misma tarde.

Esto eran los frailes.

En todo tenían incumbencia.

Para todo se les consultaba.

Desde el rey al verdugo la familia española estaba en sus manos.

## XII.

Se llevó á la Pepa casa de una vieja tía para que no estuviese allí durante el consejo.

A Goya se le echó fuera con un pretexto.

Se avisó á algunos parientes, y el consejo de familia, autorizado y enriquecido por las dos paternidades, se reunió.

El dictámen fué unánime.

La union de la Pepa con Goya era de todo punto conveniente.

## XIII.

Y nada de esto sabian ni supieron las dos partes interesadas.

Se dejaron correr los sucesos.

Al fin Goya se sintió tan apretado que dijo un dia á Bayeu con su ingónita y ruda franqueza aragonesa:

—Pues, señor, ello ha de ser: me caso con la Pepa.

Bayeu esperaba esta explosion.

—¡Que te casas con la Pepa!—respondió.—Eso será lo que Dios quiera y lo que ella quiera.

Y al decir esto el buen Bayeu disimulaba su alegría.

Al fin con largos preámbulos, con una gran delicadeza, se llegó á hablar de esto con la Pepa.

Se determinó la situación.

La Pepa creyó que Frasquito sería su marido.

No se había señalado aún el día en que se verificaría el casamiento.

Un negocio tan lentamente empezado debía ser lentamente concluido.

Esta conclusión se acercaba, cuando se cruzó la Cari-blanca.

Sólo un hombre del carácter de Goya podía haberse atrevido á irse con dos manolas á quienes no conocía delante de la mujer á quien amaba y que debía ser su esposa.

Pero le cogió como quien dice un mal aire.

Se dejó llevar por él.

Ya conocemos las consecuencias.

#### XIV.

Goya esperando á Pepa sentía una gran ansiedad.

Quería ver si Pepa le conocía.

Goya, como todos los hombres de imaginación, tenía ideas muy extrañas.

Creía, sin ser espiritista, porque entonces el espiritismo tenía otro nombre y no se había difundido, guardado aún por los embaucadores del género de Cagliostro; sin ser espiritista, decimos, creía en la influencia del espíritu sobre el espíritu, en las corazonadas, en las sensaciones espirituales.

Tenía al mismo tiempo mucho de escéptico y descreído.

Y sin embargo, como buen aragonés tenia una gran devocion por la *Pilarica* y se encomendaba á ella con toda su alma siempre que se veia en aprieto.

Esperando á la Pepa, decia para sí, no sin ansiedad:

—Veremos si el corazon la dice que soy yo.

En aquel momento, y siguiendo á su padre, apareció la Pepa.


---

## CAPITULO XXXIV.

**De como los ojos de una mujer enamorada ven de una manera maravillosa.**

### I.

Goya se conmovió.

Se le llenó el alma de ternura.

Se le olvidaron la Cari-blanca, la Tirana, la Miraflores.

En cuanto á las grandes señoras que pintaba al pastel no existían para él.

Sentía en lo íntimo de su sér la purísima influencia de la Pepa

Aparecía desmadejada y lacia.

Tenia en el hermoso semblante las señales del dolor y del insomnio.

Y ella no sabia, no se lo habian dicho, que Goya habia malherido á un hombre y que se veia obligado á ocultarse.

Su desolacion provenia del abandono de Goya en la tarde anterior.

De la herida que habia recibido en el alma al ver que

su prometido se habia ido, sin miramiento ni consideracion alguna, con dos majas.

Verdaderamente aquello habia sido monstruoso, incomprendible.

No podia darse una locura mayor.

Goya era merecedor de cualquier castigo por aquella enfermedad.

Bayeu se habia irritado enormemente, como era natural y justo, y habia dicho á su hija:

—¡Olvídate de ese inligno! ¡Que no oiga yo su nombre en tus labios! ¡que no comprenda yo que te afliges por él, ó te encierro en un convento!

Pero la Pepa no pudo dejar de afligirse, de llorar, de pasar una horrible noche en vela.

Una noche de angustia y desesperacion.

## II.

Y todo esto se veia en el dulce semblante de la Pepa, embellecido por el dolor.

No podia darse nada más conmovedor que su triste y lánguida mirada, en que lucia un fuego febril, recóndito, fuego del alma enamorada y triste.

No podia revelarse de una manera más elocuente, más intensa, la pasion que la Pepa sentia por Goya.

## III.

Este la miraba con los ojos dilatados, asombrados, extraviados, ansiosos.

La Pepa vió aquella mirada: se sobrecogió, acreció su palidez, se detuvo, ahogó un grito, y luego, con una extraordinaria fuerza de voluntad, se repuso, ar-

dió su mirada con un fuego divino y sonrió como un arcángel glorioso.

Habia reconocido, á pesar de lo admirable de su disfraz, á Goya.

Habia visto su alma en sus ojos.

Y en su alma habia visto su amor.

Le habia visto de una manera indudable.

Habia vuelto, por decirlo así, á la vida de la esperanza y del amor, y al sentirse amada, habia olvidado, como si no hubiera existido, la injuria de la tarde anterior.

#### IV.

Con una extraordinaria viveza de imaginacion y de sentimiento, la Pepa habia hecho el razonamiento siguiente:

—«Como anoche le echó mi padre con cajas destempladas, él, para verme, se ha disfrazado.»

Y luego añadió:

—«Mi padre acabará por perdonarle.»

Y terminó su razonamiento con esta ardiente esperanza:

—«¡Nos casaremos!»

Y sintió un consuelo infinito, como si una mano fria y cruel hubiera dejado de apretarla el corazon: como si un aura de gloria hubiese desvanecido la nube caliginosa que envolvía su cabeza.

Nunca se habia sentido tan feliz.

Tan inmensamente feliz.

En el alma de la Pepa para Goya, bajo una apariencia tranquila y si se quiere tímida, ardia un volcan.

## V.

Goya vió por la primera vez aquel volcan.  
Se abrasó en él.  
Le pareció suprema la belleza de Pepa.  
Se sintió envuelto por su alma enamorada.  
Vió un amor como no le habia visto hasta entónces.  
Se alzó sobre sus vicios.  
Sobre su libertinaje.  
Se purificó.  
Y sus ojos dieron paz á la Pepa.  
Y los ojos de la Pepa le dieron un paraiso.  
Todo estaba comprendido.  
Todo estaba explicado.  
Pero era necesario ser prudentes.  
Era necesario esperar que pasase el enojo de Bayeu.



---

## CAPITULO XXXV.

**De como la justicia, por no dejarse esquilar, dejó que se escapase Goya.**

### I.

Bayeu no habia reparado en nada de estc.

Le duraba su preocupacion: le parecia portentoso aquel gitano que pintaba como Velazquez, más aún, que debia ser brujo. ¿Cómo habia retratado de improviso, de memoria, á la Pepa?

Bayeu estaba aturdido.

El gitano le causaba espanto.

Así fué que no pudo reparar en la emocion de la Pepa: en la mirada suprema que el uno habia infiltrado en el otro.

Aquella emocion habia pasado.

Los dos amantes se habian dominado.

La Pepa habia alentado: vivia mejor: aparecia más tranquila.

## II.

—Mira, hija mia, mira,—exclamó Bayeu llevando á la Pepa delante del cuadro.—¿No te parece esto maravilloso?

—¡Oh, Dios mio!—contestó tímidamente la Pepa.

—¿No ves ahí la mano de Velazquez?—dijo Bayeu.

—Si, señor padre,—respondió la Pepa, que miraba con ansia el cuadro.

—¿Creías tu posible que hubiera uno que de tal manera se asemejase al rey de la pintura, al gran don Diego Velazquez de Silva?

—¡Sí, él!—contestó sin poderse contener la Pepa:—¡él, sí! ¡él, el monstruo de la pintura!

—¡El, él! ¡Frasquito!—contestó de mal humor Bayeu.—Pero éste no es él.

Y señaló á Goya.

La Pepa no respondió: bajó los ojos y no se atrevió á mirar á su novio.

—Nada tiene de extraño esto,—dijo Goya con la voz aguardentosa.—Yo soy sevillano: me dió por la pintura: ya ve usted, señor Bayeu, que bien se puede esquilar y pintar: lo uno no quita lo otro; y de veras que para mí es más difícil esquilar que pintar como Velazquez.

—¡Portentoso! ¡portentoso!—exclamó Bayeu, que no se hartaba de mirar el cuadro.

—Mi maestro ha sido Velazquez,—dijo Goya;—desde que vi sus cuadros me aficioné á él. ¿Cómo está hecho eso? pregunté. Y busqué un pintor. ¡La pintura! Para el que nace pintor la parte material es lo de ménos. La mano obedece al pensamiento, le fija sobre el lienzo, arranca á la naturaleza el secreto de la vida.

La Pepa se estremeció: Goya se remontaba demasia-

do. A ella le parecia que no desfiguraba su voz tanto como antes. Temia que su padre le reconociera.

## III.

Bayeu, en efecto, miraba con una grande atencion á Goya.

Pero no recelaba.

No creia que el gitano que tenia delante fuese una moneda falsa.

Le examinaba fijamente, porque pretendia encontrar en él algo que le indicase que aquel gitano tenia el diablo en el cuerpo.

Goya iba perdiendo su aplomo.

Veia á la Pepa trasfigurada, ardiente, hermosísima, apasionada, respirando apenas, mirando con ansia á su padre, que á cada momento miraba con más intensidad á Goya.

## IV.

Este cogió de nuevo la paleta.

—Ya que esta señora ha tenido la bondad de consentir en que yo pueda concluir mi obra teniendo á la vista el original...

—¡Concluir!—dijo Bayeu.—¿Pero no está ya concluida? ¿por qué tocar á ese prodigio?

Y dió un gran grito

Con una rapidez increíble Goya habia cogido en dos rasgos determinantes la expresion que en aquel momento aparecia en el semblante de la Pepa.

El arcángel miraba al cielo y parecia arrobado en la contemplacion del Señor.

## V.

Goya parecía dominado por la fiebre del arte.

El cuadro acrecia en detalle: cada toque era un efecto, cada restregon un prodigio: dos monstruos, representando el uno la desesperacion, el otro la condenacion, habian nacido bajo la brocha á los pies del arcángel.

Una luz de gloria parecia descender de lo alto del cuadro.

En la parte inferior se sentia un abismo infinito, horrible: un infierno.

Aquel cuadro existe hoy.

A lo ménos el ángel.

Es uno de los que ornamentan las bóvedas de San Antonio de la Florida.

Goya le reprodujo alli.

## VI.

La estupefaccion de Bayeu crecia.

No habia podido reconocer á Goya.

Goya, que era un pintor de gran potencia, habia encubierto su manera acostumbrada.

En el arcángel en que estaba representada la Pepa habia usado la manera naturalista, enérgica y al par reposada de Velazquez: su exactitud y su bravura en emplazar la tinta, lo sobrio y lo sencillo del toque: la verdad pasmosa embellecida por la fantasía determinando el arte, y el arte clásico.

En los monstruos, con la manera ruda y acentuada del Españoleta, habia sabido hacer campear su prepotente fantasía, habia dado color y formas á lo sobrena-

tural terrible. En el asunto principal y en la parte superior del cuadro, la gloria: en la parte inferior, el infierno; y todo esto, con el bello, caliente y poético colorido de Murillo.

Y todo esto hecho con una facilidad, con una seguridad, con una verdad, con una espontaneidad, con una franqueza, con una rapidez extraordinarias: cuanto habia habido tiempo para poner las tintas sobre el lienzo: dos horas cuando más, pintando, por decirlo así, por varas, dominando todas las dificultades, ó más bien, no encontrándolas.

Y es que á Goya aún no se le ha juzgado bien. Goya era el resúmen de todas las escuelas. Goya era toda la pintura en una sola imaginacion, en una sola mano. Si en la mayor parte de sus obras aparece desdibujado, desaliñado, licencioso, no hay una sola de sus obras en que no aparezca de una manera deslumbrante el genio creador, el *quid divinum*, la vida fantástica del arte, y una vida prepotente; una vida que sólo se encuentra en las obras de Goya.

## VII.

—No más, no más,—dijo Bayeu arrancando á Goya la paleta;—ni un toque más: esto es maravilloso: ha resultado un ángel de la guarda admirable: él está entre el cielo y el infierno, y en él está divinizada mi hija.

La Pepa estaba sentada en un escabel con la hermosa cabeza inclinada sobre el pecho.

El corazon la latia con una tal violencia que casi se oian sus latidos.

Agonizaba de amor.

## VIII.

—Pues, señor mio,—dijo Bayeu;—no conozco más que un hombre que pudiera hacer otro tanto, y ese hombre no imita á nadie: es siempre él con todas sus licencias y su voluntariedad. En vano se le hubiera pedido una tan completa imitacion de Velazquez ó de Rivera; en vano se hubiera pretendido en él esa suavidad, esa pureza de dibujo: ser más que Goya, ya es algo. ¡Y todo esto se encuentra en un gitano! ¡en un esquilador! ¡y este hombre no está rico, este hombre no predomina!...

—Ser es una cosa y predominar es otra,—dijo Goya.—¿Usted cree que un hombre que pinta así puede tener la seguridad de que le perdonarian sus defectos, y si se quiere sus vicios?

—Yo se lo perdonaria á usted todo, todo,—dijo Bayeu, que estaba entusiasmado:—no hay luz sin sombra ni sombra sin luz.

—Pues vea usted ahí: usted no ha perdonado una extravagancia, una falta grave, no lo niego, á un hombre que vale tanto como yo, y que no vale más porque no puede valer más. Anoche llamó á su puerta de usted, y usted le dijo que se habia equivocado, que usted no le conocia.

## IX.

La Pepa alzó la cabeza ansiosa. Se estaba en un momento grave: su padre era muy severo.

En el semblante de Bayeu apareció una expresion singular: miró de hito en hito á Goya.

Pero continuó viendo al maravilloso gitano.

—No comprendo á usted,—dijo.

—Un hombre,—dijo Goya,—puede pecar mucho, sin que por esto se cierre para él la misericordia divina, y si el hombre está hecho á imágen y semejanza de Dios ..

La Pepa temblaba.

Bayeu habia dejado ver una expresion de asombro, de inteligencia, de indignacion.

Habia al fin reconocido á Goya.

Bien es verdad que éste, decidido á afrontar la situacion, habia acabado por hablar con su voz natural.

Tal habia sido la cólera que habia aparecido en el semblante de Bayeu, que cortó la palabra á Goya.

Se arrepintió de haber provocado aquella situacion.

Tal era su carácter.

No podia contenerse por mucho tiempo.

Le habian embriagado además el amor de la Pepa, el acrecimiento de hermosura que aquella manifestacion de amor habia determinado en ella.

Habia perdido la cabeza.

Habia sentido un verdadero arrepentimiento por haber injuriado á aquel ángel.

Toda la ternura de su alma se habia revelado en él para la Pepa.

Necesitaba ser perdonado.

## X.

—Vete,—dijo Bayeu á su hija.

La Pepa miró á Goya de una manera inmensa y se fué llorando.

—Lo que tú acabas de hacer es indigno,—dijo Bayeu;—tú te has introducido traidoramente en mi casa,

de la que te se ha arrojado con cuanta justicia se puede tener para apartar de nosotros, y singularmente de nuestras hijas, á hombres olvidados de todo deber, de toda creencia, de toda vergüenza, de todo respeto. Tú me has abofeteado á mí, has pisado el corazon de mi mujer, has escandalizado á mi hija.

Pero en medio de su furor, Bayeu miraba con un creciente asombro á Goya.

Le habia reconocido, no tenia duda de que era él, y no comprendia que pudiera ser él aquel gitano.

Cuando se causa el asombro de un hombre, por firme, por terrible que sea su carácter, se puede tener la esperanza de dominarle.

## XI.

—Se muere la Pepa y me muero yo si no nos casamos,—dijo Goya.

Bayeu adoraba á su hija.

Sin embargo, dijo:

—Prefiero verla muerta.

—Pero el diablo anda suelto, padre Bayeu.

—¡Te prohibo que me llames padre!

—Pues bien, señor, el diablo anda suelto y no tiene mayor placer que causar escándalos y desdichas, perturbar familias y perder almas.

—El diablo lo tienes tú en el corazon, podrido por la impiedad, por la irreverencia, por la procaicidad por los vicios. El genio que Dios te ha dado, te lo ha dado para que se pierda tu alma.

—Mire usted, señor, que Dios no quiere que sus criaturas pierdan el alma.

—¡Las pone á prueba, las pone á prueba!—exclamó Bayeu.

—Pues eso digo yo: Dios ha permitido mi horrendo crimen de ayer tarde para ponerlo á prueba á usted.

Bayeu se hizo atrás escandalizado.

Le parecia increíble un atrevimiento semejante.

—¡Conque es decir—exclamó—que Dios ha permitido esta indignidad, esta desvergüenza inaudita para probarme á mí la paciencia!

—Indudablemente, señor,—exclamó Goya;—de otra manera no podía ser: yo no comprendo cómo esto ha podido ser: sólo la voluntad de Dios.

—¡Ah, si! ¡porque tú eres impecable!

—Impecable, no; pero á un tal delito contra mi señora doña Josefa, no me hubiera yo atrevido sino estando loco.

—¿Y cuándo has estado tú cuerdo, cuándo?—exclamó Bayeu.

Y aunque su voz tronaba se veia claro que iba cediendo.

—Yo cumpliré toda la penitencia que usted me imponga, padre Bayeu,—dijo Goya.

Por esta vez Bayeu no le prohibió que le llamase padre.

La cuestion iba entrando en términos de arreglo.

Bayeu se desmoronaba.

Iba comprendiendo que á un jóven se le puede perdonar una locura.

Pensaba recargar Goya con alguna otro trapacería, cuando la mujer de Bayeu, que era una señora ya de edad, entró alborotada.

## XII.

—¡Ahí está la justicia!—exclamó;—¡la justicia es—

tá ahí! Pero ¿por qué viene la justicia á mi casa?

—¡La justicia!—exclamó Bayeu.

Y miró de una manera severísima á Goya.

Temia que él fuese la causa de aquella visita de la justicia.

—¡La justicia!—dijo Bayeu, al que instintivamente se le habia helado la sangre. ¡Pues que la justicia entre! Yo no tengo nada que ocultar á la justicia!

### XIII.

—Que no salga ni entre nadie, alguaciles,—dijo en aquel momento, cerca ya de la puerta de estudio, una voz llena de autoridad.

Y casi al mismo tiempo invadió el estudio el señor alcalde de casa y corte don Diego de Navascues y Figueroa, seguido de su secretario y de dos negros ministros de justicia.

Encaróse el alcalde con Bayeu.

Le manifestó que en la prosecucion de un proceso por heridas graves en riña, iba á registrar su casa, para ver si podia ser habido en ella el delincuente don Francisco de Goya.

—¡Don Francisco de Goya delincuente de heridas graves en riña!—exclamó Bayeu.

—Así consta por esta guitarra,—dijo el alcalde.—¿Dónde está la guitarra? ¡Tráigase aquí!

Entró uno de los alguaciles que se habian quedado fuera con la guitarra de Goya.

—Como maestro en el arte de la pintura,—dijo el alcalde,—y conocedor de las maneras de los pintores célebres, y siendo don Francisco de Goya un pintor celeberrimo, yo compelo á usted á que me diga si sabe ó

—conoce quién ha sido el pintor que ha pintado en esta guitarra este retrato.

Goya callaba.

El alcalde habia ido á echarle á perder el negocio.

Temia ademas que en su severa rectitud Bayeu le entregase á la justicia.

—¡Una guitarra!—exclamó escandalizado.

—Yo no pregunté eso, que yo sé y se sabe además que esta gitana que se llama la Mariposa y que es de vida airada ha sido cortejo del Goya.

—¡Cortejo de Goya!—exclamó Bayeu.

Y fulminó una imprudente mirada de indignacion sobre Goya, cuya ansiedad crecia.

Se repuso, sin embargo, y dijo:

—Yo no sé nada de eso.

—Ni sobre ello se le pregunta: sólo quiere saberse de usted como pintor si este retrato puede ser atribuido indudablemente al pincel de don Francisco de Goya.

—No puedo negar—dijo Bayeu—que la manera que en ese retrato aparece es la suya: pero esto nada prueba: puede ser una imitacion: cualquiera un poco cursado en pintura diria que ese ángel que está en el balleto ha sido pintado por Velazquez.

—Ya habia yo reparado en ese cuadro—dijo don Diego de Navascues y Figueroa. ¡Cosa magnífica! Y haciendo una pausa en este negocio de justicia: ese cuadro representa al ángel de la guarda: ¿no es verdad?

—Si señor—dijo Bayeu.

—¿Es para alguna iglesia ó claustro?

—No señor.

—¿Para algun particular?

—Para nadie.

—Perdone usted: si usted no tiene compromiso con ese cuadro, yo le compro.

—Muchas gracias, señor; pero yo no le vendo.

—¿No le vende usted? ¿y por qué?

—Porque ese cuadro no es mio,—dijo Bayeu.

—Pues qué, ¿no ha pintado usted ese cuadro?

—Si yo hubiera pintado ese cuadro, me creeria un Dios.

—Ese cuadro lo he pintado yo,—dijo Goya estremando su audacia.

Los valientes no pueden sufrir la ansiedad.

Necesitan á todo trance salir de ella.

El alcalde, que habia reparado en aquel gitano y que se habia propuesto hacer alguna indagacion acerca de él cuando terminase el asunto principal, exclamó:

—¡Que usted ha pintado ese cuadro! ¡usted, un esquilador!

—Pues qué,—dijo Goya,—¿un esquilador no puede pintar, ó lo que es lo mismo, un pintor no puede esquilador? La cosa en verdad es rara; pero el ser rara una cosa no es ser imposible.

—Habla usted muy gordo, gitano,—dijo don Diego de Navascués, que era mal sufridor de altanerias.

—La razon no es gorda ni flaca,—dijo Goya, que se iba atufando, y como siempre que se atufaba, olvidándose de la prudencia;—la razon es hija de Dios, y tan venerable que obligados están á respetarla los altos y los bajos, y las gentes de justicia como las gentes justiciables. Y yo digo que si esquilo bien, esquilador soy, y si pinto bien, pintor soy; y que si por ser esquilador no dejo de ser pintor, y por ser pintor no dejo de ser esquilador, eso va en que hago lo que me parece den-

tro de mi perfecto derecho; y si soy raro, por ser raro no han ahorcado todavía á nadie.

De la misma manera que si se le hubiera dado tres cominos á Goya del *finchado* alcalde de casa y corte el señor don Diego de Navascues y Figueroa, se barbeaba con él.

## XIV.

Y acontecía, mientras hablaba Goya, que al buen Bayeu no le tocaba la lengua al paladar,\* y la tenía aislada y temblando y seca en medio de la boca entreabierta.

Y esto era de miedo.

Porque conocía el genio irascible de Frasquito, lo poco mirador que era de inconvenientes y lo ocasionado á armar una tormenta.

A Bayeu, que á pesar de todo por ser de Levante tenía la sangre levantisca, le parecía la cosa más natural del mundo, salva la prudencia de su carácter, romperle la crisma á un alcalde cuando se encampanaba y hablaba ni más ni ménos que si hubiera sido la omnipotencia divina; lo cual sucedía siempre, porque un alcalde no creía que representaba bien su cargo de justicia si no era serio hasta la grosería, serio hasta lo insupportable, y bárbaro en las determinaciones hasta lo imposible, y lo mandado mandado, y reviente el que reviente, y vamos andando; que esto era ni más ni ménos un alcalde de casa y corte.

Y como Bayeu los conocía y conocía á Goya, estaba asustado y temeroso.

Y esto no sólo por lo que él estimaba á Goya, á pesar de sus diabluras, sino también por lo que le quería la

Pepa, que Bayeu lo sabia bien: y mucho del amor de la Pepa á Goya se le habia pegado á su padre. Como que la Pepa era las entrañas de Bayeu.

## XV.

El alcalde, todo inmutado, todo colérico, pero silencioso, hirviéndole la soberbia y la saña en el pecho, habia dejado hablar á Goya, esperando y deseando que Goya entrase en los términos del desacato desembozado.

Pero cuando Goya se calló, sin haber dado en otra cosa que una característica secatura, dijo con la voz trémula y sañosa:

—Dar lecciones, ó pretender darlas, á quien no las pide ni las necesita, es ya una impertinencia. Pero endilgarlas con mal talante á un alto ministro de justicia con irreverencia y áun con desprecio, caso es de desacato grave, gravísimo, de los que no pueden quedar sin castigo. Así que, alguaciles, préndase inmediatamente á ese hombre.

—Pues á esquilar,—dijo Goya:—que yo ni á ti ni á todos los alcaldes del mundo les he de sufrir su tiranía.

Y desenvainando las tijeras se fué con ellas abiertas hácia el alcalde.

## XVI.

Al ver aquellas antenas aceradas que parecian hambrientas de encarnizarse en él, el alcalde fué á refugiarse detrás del secretario y de los alguaciles, y éstos, olvidándose de que llevaban espada al cinto, aterrados

---

por los rayos de cólera que partien de los ojos de Goya, hicieron plaza y se apartaron, y Goya ganó la puerta del estudio, y luego las escaleras y el zaguan y el patio y la puerta, y se encontró en la calle sin que nadie se atreviese á detenerlo.

---

## CAPITULO XXXVI.

### De como un hombre de bien puede hacer el oficio de cómplice de una injusticia.

#### I.

Ei alcalde cegó y no vió. Aquello era inaudito. Un hombre de la más baja estofa, un gitano, se habia burlado de él.

No contento con haber dado en desacato, habia áun llegado á las vias de hecho contra su respetabilísima é inviolable persona.

Inviolable legalmente hablando, que en cuanto á la realidad tan violable era su señoría, y de tal manera se habia visto apretado y compelido por Goya, y hasta tal punto llevado al extremo, que bien pudo suceder que si no se aparta él, como á su imitacion se apartaron los alguaciles, y no ciertamente por imitarle, sucede no una esquiladura, sino varias, de las cuales hubiera tenido que tomar acta el hospital.

## II.

¿Y quién podría pintar el furor del ilustrísimo don Diego de Navascues y Figueroa?

El gitano se habia escapado.

Ni aún á seguirle se habian atrevido los corchetes de su señoría.

Se habian apartado de su viaje, ni más ni ménos que si se hubieran apartado del viaje de un toro huido.

Y en verdad que si son respetables los dos cuernos de un toro, no lo eran ménos las dos terribles hojas de las tijeras de Goya.

## III.

—¡Todo el mundo preso, todo el mundo, hasta las moscas que haya en esta casa!—dijo don Diego de Navascues.

—Suplico á usía que se reporte y vea lo que manda,—dijo Bayeu con respeto, pero con firmeza.—Yo y toda mi familia tenemos excepcion: pertenecemos á la Casa real: yo soy pintor de cámara, y como criado del rey no tiene nada que ver conmigo la justicia ordinaria.

Esto era verdad, y don Diego de Navascues y Figueroa no podia ménos de reconocerlo.

No podia ménos de tascar el freno.

No habia delito de desafuero.

Mejor dicho, no habia delito de ninguna especie.

Ni aún falta.

Todo consistia en que un gitano que estaba casa de Bayeu se habia desacatado con la justicia.

¿Ni qué otra cosa se podía esperar de un gitano?  
¿Acaso ellos han guardado ni guardan respeto á nada?

Don Diego de Navascues bufaba.

Pero faltar á las preeminencias y exenciones de la Casa real no era posible.

Que don Diego se quedase con el taco en el cuerpo, no era posible tampoco.

Podían ganarle á buen mozo y á sabio y á otras muchas cosas á don Digo: ¿pero á espetado? No había quien lo bebiera.

Mugia su señoría, ni más ni ménos que un toro con banderillas de fuego.

Y no saltaba y no se comía la tierra y el aire no sabemos por qué.

El furor le rebosaba por todos los poros de su cuerpo.

#### IV.

—No, pues yo no lo dejo esto así, yo no lo puedo dejar así, á pesar de todos los fueros del mundo; yo no sé hasta qué punto es usted cómplice de ese monstruo,—dijo todo fosco y amenazador el alcalde.

El secretario callaba.

Dos alguaciles estaban inmóviles en la puerta del estudio.

—Yo no conozco á ese hombre,—dijo Bayeu, siempre cortés y mesurado, pero siempre firme;—hoy le he visto por la primera vez.

—¿Y qué hacía ese hombre aquí?—exclamó acreciendo en acrimonia el alcalde:—¿cómo creer que usted no conocia á un hombre que pinta de esa admirable manera?

Y señaló el cuadro del Angel de la Guarda.

—Para mí eso,—dijo Bayeu señalando también el cuadro,—ha sido una sorpresa tan grande como para usía.

El alcalde, á pesar de su furor, miraba el cuadro con avaricia.

Se comprendia que por poseer aquel cuadro era capaz de cualquier sacrificio.

## V.

—¿Y usted jura que no conocia á ese hombre, que no le habia visto hasta hoy?

—Lo juro á Dios uno y trino y por la salvacion de mi alma,—dijo Bayeu, pero haciendo una reserva mental.

—¿Y á qué ha venido ese hombre aquí?

—A que yo le retratase.

—¿Y en vez de retratarle usted él ha pintado ese cuadro?

—Sí, señor; cuando yo le dije que el retrato que deseaba seria caro, él me respondió:

—«Yo le pagaré á usted con otro retrato.»

Yo me maravillé.

Entónces él tomó mi paleta y pintó eso. Es cuanto tengo que decir.

—¡Rarísimo gitano!—dijo el alcalde, cuya cólera iba calmándose en algun modo,—¡y sobre todo admirable cuadro!

—Bien merece alguna indulgencia quien de tal manera pinta,—dijo Bayeu:—estos hombres que tanto valen son muy irascibles. Salvator Rosa era un bandido; Alonso Cano, á pesar de su sotana, tenia muy mal genio; del Españolito nada hay que decir: pues lo que es el gran Miguel Angel...

—Bien mirado,—dijo el alcalde,—hay que tener en cuenta aquello de *genus irritabile vatum*, y para mí tan vate, tan poeta es un hombre que pinta de ese modo, como el que en verso y con la pluma hace cuadros.

—Vuestra señoría se pone en lo justo.

—En fin, ¿usted afirma y jura que no conocía á ese gran malvado?

—Lo afirmo y lo juro.

—Y yo lo creo, señor mio,—dijo el alcalde;—y respecto á usted y á su familia, levanto mano, y no se hable más de privilegio: que el privilegio no puede impedirme que yo recurra al rey en justicia. Pero no se hable más.

—Vuestra señoría es un dignísimo magistrado y no esperaba yo menos.

—En mí el sentimiento de justicia es innato.

—Yo no lo he dudado jamás: yo sé cuán dignos son y cuán incorruptibles y severos los altos ministros de justicia del rey nuestro señor.

—Concluyamos, pues, señor mio, concluyamos, pues: pero ¿qué va usted á hacer de ese cuadro?

—Como ve usía, ese cuadro, que es de un valor inestimable, no es mio.

—Bien lo veo; y esto es una gran desgracia, porque yo daría por ese cuadro todo lo que me pidiesen.

—Me alegro de reconocer en usía un tan inteligente y entusiasta apasionado.

—Necesario sería ser insensible para no estimar esa maravillosa obra en lo que vale,—dijo el alcalde.

Y luego, volviéndose al secretario y á los alguaciles, les dijo:

—Idos.

Salieron.

## VI.

Se quedaron solos Bayeu y el alcalde.

—Es una gran contrariedad para mí,—dijo el alcalde,—no poder adquirir ese cuadro.

El alcalde se blandeaba.

Dejaba ver la oreja.

Hay muy pocos hombres que se pueden llamar verdaderamente incorruptibles.

El que es fuerte por el lado del dinero, es blando por la vanidad.

Quien resiste á ésta, tal vez cede al amor.

Hay, en fin, en todos los jueces un sin número de enemigos contra la justicia.

Bayeu conoció que el alcalde estaba maduro.

—Pues ese cuadro,—dijo,—á más de no ser mio es invendible, porque es un retrato de mi hija.

—¡Cómo!—exclamó:—¡ese gitano puede de tal manera divinizar á una mujer!

—Tiene el secreto divino del arte.

—¡Un gitano! ¡un esquilador!

—Ni lo uno ni lo otro.

—¡Cómo! ¿usted le conoce?

—Mucho: estamos solos, esta es una conversacion particular y lo puedo decir á usía: ese gitano es ni más ni ménos que don Francisco de Goya y Lucientes.

—¡Imposible! Yo conozco mucho á don Francisco, y no le he reconocido.

—Goya es tan poderoso para trasformar un semblante por medio del arte, como lo es para hacer de un sér humano un ser divino. De seguro cambiará de disfraz y no volverá por aquí: pero me avisará.

—¡Es lástima, es lástima que yo tenga entre las ma-

nos, agarrado por un proceso, á un hombre como Goya!

—De modo que si Goya ha herido á un hombre habrá tenido para ello necesidad y razon.

—El tio Juan Lopez, el picador de toros, insiste en que él ha sido el que ha malherido al Agonizante.

—Pues si él confiesa...

—No pudo herir, habiendo sido gravemente herido ántes.

—Hay cosas muy raras.

—¿Y esa guitarra que se ha encontrado en el lugar de la riña?...

—Que se la coma el escribano, señor alcalde, que otras cosas más grandes se habrá tragado.

—¡Y que usted, un hombre notoriamente honrado, me dé tales consejos!

—Se trata de Goya: Goya no es un hombre como otro cualquiera. Quien pinta eso, merece que todo el mundo se interese por él, empezando por la justicia.

—Indudablemente, indudablemente; y se hará lo que se pueda,—dijo el alcalde.

—¿Me da usía palabra de que hará la vista gorda?

—Tan gorda que me volveré ciego. Bien mirado, ese Agonizante es un protervo que abandonaba de noche su convento para ir á encenagarse en vicios. Dios le ha castigado.

—La justicia de Dios no se engaña nunca. Pero, en fin, ¿me da usía palabra de que levantará mano respecto á Goya?

—Si, pero que no cometa imprudencias. ¿Tiene usted la seguridad de que tendrá noticias de él?

—Sí, señor.

—Pues cuando parezca, aviseme usted. Quiero comprarle otro Angel de la Guarda, y que como ha divinizado á su señora hija de usted, divinice á otra mujer.

—Así será. ¿Pero qué es comprar, señor alcalde? Goya es muy agradecido.

—Ya veremos si vende ó si no vende, que yo no quiero ayudarle porque me pinte el cuadro. Le ayudo por lo que vale. Cada cosa en su sitio. Ahora, señor Bayeu, beso á usted la mano.

—Beso á usía la suya. Pero ¿necesita usía que vaya acompañándole?

—No; quédese usted. Yo volveré solo esta tarde.

El alcalde salió.

Iba completamente volcado.

El ansia de tener un cuadro como aquel habia podido en él más que la justicia.

—¡He salvado á Goya!—exclamó Bayeu.



---

## CAPITULO XXXVII.

**En que se ve que la Tirana era maestra en dar para el pelo y que tenia vara alta con la justicia municipal.**

### I.

Las cosas, sin embargo, se iban enredando.

La Cari-blanca, cumpliendo su palabra, se habia ido á la casa de Rosarito para darla un escándalo, pelear con ella y azotarla si podia.

Encontró sola á Aniquilla, que estaba enfurecida, porque al volver se habia encontrado con que su ama habia salido.

La habia engañado.

La habia quitado de enmedio.

La habia burlado.

Habia salido sin duda á causa de Goya.

Para cortar la pista.

Se la iba un negocio de entre las manos á la tia Aniquilla.

## II.

Estaba, pues, jurando y blasfemando, cuando llegó la Cari-blanca.

—¿Está doña Rosarito?—dijo ésta con todo el desca-ro y todo el acentillo mordaz é insolente de que era capaz.

—No, señora, hija,—dijo la tia Aniquilla.—¡Y vaya si viene usted con poder y por la mañana temprano!

—Como si fuese al mediodia ó á la noche,—dijo la Ca-ri-blanca. En fin, dígala usted á esa señora que yo es-toy aquí.

—¿Pues no oye usted que no está en casa? ¿Cómo se lo digo á usted, cantado ó rezado?

—Oigasté, tia bruja, hable usted con más modos, ó para hacer boca empiezo por usted.

Y se fué con tal aire hácia la tia Aniquilla, que ésta entró en tierra de miedo.

La Cari-blanca, con ser tan blanca, tan bonita y tan delicada, tenia una fama de azotadora y de atroz que no habia más que pedir.

—Usted perdone, señora María,—dijo la tia Aniqui-lla,—que yo no he querido ofenderla á usted; es que estoy de muy mal humor porque ya no se puede estar aquí con honra.

—¿Qué está usted diciendo, mujer? Pues qué, ¿no hay honra en esta casa?

—La habia.

—¿Es verdad que aquí con doña Rosarito ha pasado la noche un hombre?

—Sí que sí,—dijo la tia Aniquilla;—y yo no sirvo más en esta casa.

—¿Ese hombre es don Francisco de Goya?

—El mismo que viste y calza.

—¡Válgame Dios, y qué caritativa es doña Rosarito! Yo la contaré un cuento. ¿Y no es que se esconde, tía Aniquilla?

—Que no, que no está: que me ha echado fuera esta mañana con un recado, y en cuanto me he ido se ha salido con el otro para tenerlo seguro.

—Mire usted, tía Aniquilla: cuando vuelva su señora de usted, va usted y me avisa, y para que no se queje usted, tome usted ese par de pesos.

—¡Siempre ha de ser usted generosa, señora! Usted perdone si yo sin querer la he ofendido.

—No hay de qué. Y oiga usted: que no se la olvide á usted ir á avisarme. Quede usted con Dios.

Y se fué.

### III.

Apenas habia entrado en su casa la Cari-blanca cuando llegó á la suya Rosarito.

En cuanto entró dijo á la tía Aniquilla:

—No tengo que ajustarle á usted la cuenta porque me debe usted dinero. Así acabamos más pronto. Perdonada la deuda. Ahora, coja usted lo que tenga y márchese usted, y que yo no la vuelva á ver á usted en todos los días de mi vida.

—Bueno, mejor,—dijo la Aniquilla.—Yo se lo iba á decir á usted; porque yo no puedo estar eu una casa donde se ha perdido la vergüenza.

### IV.

La Tirana cegó y no vió.

Arremetió á la vieja, la cogió por el pescuezo, la ti-

tró al suelo y la dió una pateadura. Entretanto la Aniquilla gritaba que ponía el grito en el cielo.

Se juntó gente en la calle.

Acudieron los vecinos.

Las vecinas.

Los chicos y los grandes.

La Tirana no lo dejaba.

Parecía que se había propuesto sacar á puntapiés el alma del cuerpo á aquella Bruja.

—¡Sí, sí, grita, grita!—decía:—¡anda á buscar á la justicia para que vengan á prenderlo!

Y continuaba pateándola.

Dándola con las sillas, tirándose todo, sin mirar en donde la daba.

Estaba ciega de furor.

Y por más que los vecinos que oían chillar, ó más bien, aullar á la vieja, llamaban á la puerta, no acudían.

Continuaba la paliza.

Pero de órdago, y tan de órdago, que aquello no era ya paliza, sino destrucción.

En fin, de un furioso puntapié que recibió la vieja en un ijar, se quedó sin sentido.

Cesaron los gritos.

—Mejor, si has echado el alma por la boca,—dijo la Tirana.

Y todavía le arrimó otra pateadura.

## V.

Estaba hermosísima con su furor.

Parecía una fiera.

Pero una fiera que tiraba de espaldas.

La resplandecian los ojos.

Arrojaba por ellos un fuego sombrío.

Estaba pálida y descompuesta.

Jadeante de furor, entreabierta y contraída la boca, pálida, amenazadora, letal, parecía la diosa del exterminio.

## VI.

Entretanto los vecinos, que despues de los gritos desesperados, verdaderos aullidos de rata cogida por un gato, ó de gorrion atrapado por el gavilan, se apercibieron del profundo silencio que sobrevino, sintieron el pavor de quien ve la muerte de un sér humano.

El alcalde de barrio, que habia acudido, creyendo, y no sin razon, que habia sucedido una desgracia, llamó con gran fuerza á la puerta en nombre del rey.

La cosa habia sucedido en el patio, junto á la puerta.

La Tirana, que al fin habia oido la voz sacramental, por decirlo así, de «Abran á la justicia del rey nuestro señor,» abrió la puerta de par en par.

—Vaya, pues que entre su real majestad,—dijo—y que recoja esa inmundicia.

## VII.

En el cenador, al pié de las escaleras, boca arriba, despatarrada, arrollado el zagalejo, dejando ver unos zancajos que lo parecian todo menos piernas, abiertos los brazos, desconyuntada, desmayada, moribunda estaba la Aniquilla.

El alcalde habia entrado, y tras él se habia colado una turba de vecinas y vecinos.

—Pero ¿qué viene á ser esto, mi señora doña Rosario?—exclamó el alcalde, que tenia una verdadera debilidad por la Tirana, que habia andado y áun corrido tras ella sin conseguir nada, y que no se atrevia á tratarla, ni queria ni podia, sino con un profundo respeto, con una gran parcialidad.

—¿Pues no lo vé usted, don Melchor, ó está usted ciego?—contestó con altivez, con un desparpajo infinito y con el aire de taco más agresivo del mundo y lo más manolo que podia darse.—Esto es que he dado para el pelo á esa lamprea.

—¡Pero mi señora doña Rosarito!...—dijo don Melchor, no sabiendo qué hacer ni qué decir, porque aquello pasaba en público.

—Pero, señor don Melchor—respondió la Tirana—si es que usted viene por la mañana temprano á recoger la basura y con tanta gente, puede usted llevársela, y hasta se le pagará algo por su trabajo.

—¡Vaya una soberbia!—dijo una vendedora de rábanos que se habia colado entre la multitud:—si fuera una *probe*...

—Lo que usted tiene que hacer, don Melchor—dijo la Tirana, que sabia que podia usar y áun abusar—es echar á esa gentuza, que sin licencia de nadie se ha metido en mi casa; y si usted no la echa, la echaré yo.

Se levantó un agresivo murmullo de indignacion entre la multitud.

Todas aquellas señoras, todos aquellos caballeros se sintieron heridos en lo más hondo al oirse llamar gentuza.

—¡Ea, largo!—dijo recargando la Tirana,—que si el alcalde no basta, basto y sobro yo.

—¡Cómo que yo no basto!—exclamó don Melchor levantando su vara de justicia, es decir, su baston de caña de Indias con puño de oro y borlas y apoyando con fuerza su mano izquierda en la brillante empuñadura de oro de su espadin.—¡Salgan todos, ó por Dios vivo que meto en la cárcel al que se haga reacio! á ver, alguaciles!—añadió dirigiéndose á los del ayuntamiento que le habian seguido:—¡á despejar inmediatamente el redondel!

Por estas palabras se vé que don Melchor de Azpeitigaña, vizcaino nativo, era un señor de muchos fueros, y á más de esto, aficionado á toros.

Era regidor de la villa, y como tal tenia el importante cargo de alcalde del barrio, ó más bien, del cuartel de San Francisco.

Tenia una grande y hermosa casa en la Puerta de Moros.

Vivia en grande.

Era millonario y viudo sin hijos.

Pero era raro.

Tenia cincuenta y cinco años.

Las apariencias, el tipo eran completamente vizcainos de pura raza.

Aunque andaba hacía mucho tiempo perdido por la Tirana, nada habia conseguido de ella, sino que le permitiese visitarla, y áun así muy de tiempo en tiempo.

Pero esto no amenguaba su pasion.

En el cuartel le temian más que á la ira de Dios, porque cuando era necesario, y áun sin serlo, se llevaba por delante todo lo que se le cponia.

Si no era título llevaba el hábito ó trapo de comendador de Calatrava, que no se quitaba ni áun para dormir.

Estaba relacionado con todo lo que habia de noble y

poderoso en la córte, y en palacio se le recibia con grandes consideraciones.

No se reia nunca, y de tal manera hacia sentir el temor por su respetabilidad, que cuando un pelon cogia una rabieta y se emperraba, no bastando los azotes para que se callara, le decian:

—Mira que va á venir el señor Azpeitigaña y te va á comer.

Y era probado.

No habia muchacho que al oir el nombre de su seño-  
ría no se callase.

### VIII.

Y este terror pavoroso que causaba el ilustre y se-  
verísimo regidor perpétuo de la villa de Madrid y al-  
calde de su cuartel de San Francisco, protegió á la Ti-  
rana.

En primer lugar, toda aquella gente, aunque ofendi-  
da por despreciada, se calló; y á más de esto, los algua-  
ciles la arrojaron á empellones, sin consideracion al-  
guna.

Pero hubo protestas del género siguiente:

—¡Hombre, no sea usted bruto, y no se aproveche  
usted para poner las manos donde no se puede, ó aun-  
que sea usted más alguacil que Dios se traga usted las  
muelas! ¡Su madre! ¡Vaya un tío!

Y por aquí y por allá se oia decir:

—¡Y esto es justicia!

—¡Esto clama á Dios!

—¡Y luego dirán!

—¡Ya lo creo! ¡si no fuera ella!

Porque, eso sí, querer ponerle la mordaza á los es-

pañoles de los barrios bajos de Madrid, sería una insensatez.

No hay quien pueda.

Ellos obedecen, pero malamente, y soltando quinina.

Y de cuando en cuando, antes y ahora, y lo mismo será probablemente siempre, le dan una paliza á la autoridad callejera, y áun la *mojan*, dejándola seca, porque sí.

Así los ha hecho Dios, y están bien hechos.

En fin, los alguaciles echaron fuera á aquella multitud.

Una manola muy jóven y muy hembra, que no habia entrado, dijo al ver espeler á la gente:

—Ahora no puede ser; pero yo vendré luego y nos veremos las caras.

Aquella manola era la Cari-blanca.

En cuanto á la Miraflores, no se habia movido de su casa.



---

## CAPITULO XXXVIII.

**En que se ve hasta qué punto puede llevar el amor  
à un hombre grave.**

### 1.

Se quedaron solos la Rosarito, el comendador Azpeitigaña y por tierra y sin sentido la vieja.

—Pero, Rosarito...—dijo el alcalde.

—Pero, don Melchor...—dijo la Tirana.

—Esto tiene una cierta gravedad.

—Si ha reventado, mejor: ha tenido la avilantez de creer que yo he escondido un hombre en mi cuarto, como si yo tuviera que esconder á nadie, ni taparme de nadie, ni dejar de hacer lo que me dé la gana.

—¡Cómo! ¡eso ha dicho!

—Sí, señor, y se ha atrevido á decirme que no tenia vergüenza. Y por eso, sí, señor, por eso.

Y la Tirana hizo con su preciosa mano un movimiento enérgico que indicaba paliza.

—Pues bien hecho, muy bien hecho, justísimamente hecho—dijo el alcalde;—y aunque hubiera sido más no le hubiera hecho nada. Pero vamos claros, mi se-

ñora doña Rosarito: ¿habia para esa enormidad visos de razon?

—Mire usted no me vaya sobre usted, don Melchor —dijo la Tirana:—¡pues bueno está el alcarcel para pitos! y sobre todo, ¿que á usted qué le importa que yo quiera á un hombre ó no le quiera? Vamos, yo me voy, que como me he quedado sin criada tengo que hacer mis cosas. Y lo que usted tiene que hacer es llevarse esa carroña que no la vea yo más, y mañana al barranco. Ahora si despues quiere usted tomar chocolate conmigo, eso es distinto.

—¡Cómo! ¡cómo! ¿que usted se va á emplear en aquello para que no ha nacido por falta de servidumbre? ¿Y esto habia de ser en mis dias, y sabiéndolo yo? ¡Ola, Golpetillo!

## II.

Acudió inmediatamente uno de los alguaciles que se habian quedado en el portal.

—Inmediatamente—dijo don Melchor—que se venga el cocinero con dos perdices: tráete dos doncellas.

—Pero, don Melchor...—exclamó la Tirana.

—Inmediatamente—repetió el alcalde encarándose hosco con el alguacil.

Golpetillo salió disparado.

—¡Ola, Paviás!—dijo el alcalde llamando nuevamente.

Se presentó un alguacil de tal manera chato que de las narices no tenia mas que las ventanillas.

—Vayan al instante á buscar un médico.

—Mejor seria la extremauncion,—dijo Paviás, que servia de bufon al ilustre alcalde.

—Eso será si el médico lo manda, imbécil—dijo don

Melchor.—Anda listo, y que entren otros dos para poner en una cama á esa mujer.

Se fué Paviás.

## III.

—Pero yo no quiero que aquí venga nadie—dijo la Tirana.—Yo tengo de sobra quien quiera servirme.

—Pues ya que tan tirana es usted conmigo, permítame usted que la sirva,—dijo el ilustre Azpeitigaña.—Sobre todo es necesario sacarla á usted del compromiso, porque esa mujer está muy grave.

—¡Que revientel en fin, yo me voy arriba: usted está en su casa, don Melchor.

Y Rosarito tomó por las escaleras.

—Pero dígnese usted, señora, por lo ménos decirme dónde está el cuarto de esa mujer.

—Ahí en la sala baja hay una cama—dijo Rosarito.

Y continuó subiendo.

Desapareció.

## IV.

¡Prepotencia del amor!

El tieso, el soberbio Azpeitigaña descendió hasta el punto de echar mano y de ayudar á los alguaciles á poner en una cama que se encontró en la sala baja á la tía Aniquilla.

Sobrevino el médico.

Era cojo.

El señor Pestañita, notabilidad científica del barrio de Toledo.

Examinó á la zurrada.

Declaró que aquello no era otra cosa que una paliza un poco dura, y que la paciente podia con mucho más.

Que aquello tenia más resistencia que el lagarto de Jaen.

Que con sangrarla y aplicarla unos confortativos y unas bizmas bastaba, y que de allí á cuatro dias la paciente no estaria más que un poco quebrantada. En fin, que se llamase á su compadre el barbero de la esquina, el señor Patafónica, que era un gran sangrador, que se daría á la aporreada una bebida que iba á recetar y que se la arroparia para que sudase, tras lo cual la completa reaccion llegaria de una manera rápida.

## V.

Respiró Azpeitigaña.

Aquello era otra cosa.

Se podia echar tierra al negocio.

La Tirana, cuando se la calmase la marejada, debia agradecer aquel servicio.

Se dió al fin á la bruja no sabemos qué bebida.

Se la sangró.

## VI.

Entretanto habian llegado, traídos por el alguacil

que habia ido por ellos, de órden del egregio alcalde, las doncellas, el cocinero y el pinche.

¿Y por qué este señor tan mirado, tan formal, tan puesto en sus puntos, tenia en su servidumbre doncellas, que así llamaban piadosamente nuestros abuelos á las muchachas de servir, y así por tradicion sigue llamándoselas?

Porque el comendador Azpeitigaña tenia necesidades de las que no podia prescindir, como el lavado, el planchado y el cosido de su ropa blanca.

Para esto tenia media docena de buenas mozas, bien puestas, limpias, y bien pagadas para que pudiesen ser limpias, y bien puestas y bien comidas para que se mantuvieran gordas y rozagantes y honraran la casa.

Pero para cuidar estas doncellas y no perderlas de vista de dia, y encerrarlas y aislarlas por la noche, tenia á su servicio el cristianísimo Azpeitigaña una señora viuda de un escribano, que era más clara que los rayos del sol en los puntos de honra.

Todo el mundo lo creía así.

Pero resultaba que doña Zoa tenia obligaciones con el cochero mayor.

Que el cocinero se acomodaba con la primera doncella, y así todos los demás.

De modo que la casa del comendador de dia y á la vista del público, sería y grave, de noche y á puerta cerrada, y entre el silencio, era lo más alegre y enamorado del mundo.

A más de esto, la casa era continuamente frecuentada por frailes, la mayor parte franciscos.

De modo que no habia nada que pedir.

Don Melchor de Azpeitigaña dormia tranquilo á pierna suelta.

¿Y cómo no, si para guardar la virtud de sus doncellas y el decoro de su casa tenia á la severísima doña Zoa, que valia de oro molido tanto como pesaba?

## VII.

Las dos doncellas se presentaron á la Tirana seguidas del cocinero y del pinche.

A estos les dijo la Tirana que podian volverse á casa de su amo, que ella no queria en la suya tales galafates.

Pero en cuanto á las doncellas, era cosa distinta. La entraron por el ojo.

Eran de la crema del barrio.

Manolas hasta los tuétanos.

Jóvenes.

La que más contaba veinte años.

De libras y buen trapío.

La una se llamaba Cármen y la otra Catalina.

—Con vosotras me quedo—dijo la Tirana,—que estoy ya cansada de vejestorios: pero me quedo con la condicion de que os quedeis de asiento.

—¿Pues qué más queremos nosotras, señora?—dijo Catalina:—que en casa del señor hay que estar siempre con el puño cerrado y las uñas listas, y hay que dormir con un ojo abierto: porque el señor es muy bueno, pero doña Zoa es una bruja hipócrita, y está cambalachada con el cochero, y además confiesa con uno de los de su satisfaccion.

—¡Pues no que los otros!—dijo Cármen.—¡Buenos están el cocinero y los pinches!

—Pues á decirle á vuestro amo, que está abajo, que

os quedais en mi casa de asiento porque sí: y que él se vaya: que estoy cansada y no tengo ganas de contestaciones, y que otro día hablaremos.

Las doncellas bajaron.

Refirieron al comendador lo que doña Rosarito las habia dicho.

Don Melchor dió por bien hecho lo que habia hecho la Tirana, encargó á Cármen y á Catalina que la sirviesen como dos ángeles, que él por su parte las regalaría, y se fué con sus alguaciles resuelto á echar tierra á la paliza de la tia Aniquilla.



---

## CAPITULO XXXIX.

**En que se ve que no era fácil que el señor Pedro Romero picase en la carnada.**

### I.

Se había restablecido la paz en la casa.

Catalina recibió la orden de cuidar á la tia Aniquilla.

A Cármen dió posesion de la cocina y la informó de lo que tenia que hacer, la Tirana.

Despues de esto se arregló, se puso la mantilla y se fué á casa de la Teresa, donde la noche anterior habia dejado á Goya.

Si va un momento antes se encuentra allí con el señor Pedro Romero.

Nuestro buen hombre, en cuanto se separó de Goya, comprendiendo que debia cubrir todos los flancos en provecho de su amigo, se fué á buscar á su casa á la Teresona.

## II.

Esta, al ver en su casa á Pedro Romero, estuvo á punto de perder la cabeza.

Era demasiada moza aquella.

Hasta tal punto llegaba la popularidad de Pedro Romero que se tenia por honrado todo aquel á quien saludaba.

Aquel á quien Pedro Romero daba la mano se inflaba de orgullo.

Matar toros como el célebre diestro los mataba era cuanto se podia hacer en España para ser un personaje.

Aún hay algo de esto, y eso que la casta de los Romeros se ha acabado.

## III.

La Teresona se apresuró á hacer entrar á Pedro Romero, y le miró con ansiedad, como si quisiera decirle:

—¿A qué viene usted aquí, señor mio?

La Teresona era muy buena moza.

Muy aficionada á toros.

Se ponía siempre muy emperifollada en un tabloncillo del toril.

Podía suceder muy bien que el señor Pedro Romero hubiese reparado en ella.

Que se hubiese enamorado.

Que hubiese preguntado quien era.

Que se lo hubiesen dicho.

La Teresona era muy conocida.

Como que echaba muy bien las cartas.

¡Y ahí es nada!

¡Ser cortejo del señor Pedro Romero!

En lo que menos pensaba la Teresona era en que el célebre torero iba allí á causa de Goya.

Ignoraba tan bien que Romero no habia tenido nunca cortejos.

Que no habia sido hombre de estos tratos.

Que no podia serlo.

Era muy buen cristiano, muy formal, muy caballero, y no podia, por ningun concepto, faltarle á su mujer.

Pero ¿hay alguna mujer que no crea que puede volverle el juicio al hombre más sesudo?

La Teresona esperaba una buena fortuna.

Las cartas se lo habian anunciado.

Tal vez aquella buena fortuna era el señor Pedro Romero.

Hay que advertir que la Teresona estaba perecida por él.

Como que el señor Pedro Romero, á más de su celebridad, era muy buen mozo.

Más aún, muy hermoso de cara.

Y además de esto, ganaba mucho dinero.

No se podia pedir más.

La Teresona palpitaba.

¿Qué mayor fortuna podia esperar?

#### IV.

Pero el gozo en el pozo.

A la Teresona se la cayeron los palos del sombrero cuando Pedro Romero la dijo:

—Vengo de parte de doña Rosario Fernandez.

—¡Ah! ¡sí! ¡la Tirana!—dijo la Teresona avinagrando el gesto.—Pero yo no conozco á esa señora más que como se conoce á todo el mundo... No tengo confianza con ella.

La Teresona creyó que Pedro Romero queria usar de ella como intermediaria.

—Pero usted conocerá esta sortija que me ha dado para que me sirva de señal y pueda entenderme con usted—dijo Pedro Romero haciendo caso omiso de la intencion de la Teresona, que se dejaba comprender en su semblante, en su mirada, en su acento.

—¡Vaya si la conozco!—dijo la Teresona mirando con envidia la alhaja:—como que no se la quita nunca: ¡un solitario que vale muchos puñados de pesos! ¿Y le ha regalado á usted esta hermosa sortija la Tirana?

—A mí, señora, no me regala nada nadie, como no sea por mi trabajo y sobre el redondel—se apresuró á decir Pedro Romero.—Y yo trasteo toros, que lo que es vacas no lo he hecho nunca, y yo no sé á lo que sabe el pan de hembra, ni lo quiero saber. Y con mi mujer me basta y me sobra, y punto redondo, y á otra cosa, que será mejor.

—Usted perdone, señor Pedro Romero, se apresuró á decir la Teresona,—que yo no le he querido ofender.

—A mí no me puede ofender ninguna mujer más que la mia—dijo Pedro Romero,—y por ese lado estamos bien seguros.

—Como es usted tan buen mozo—dijo la Teresona—nada hubiera tenido de particular que la Tirana se hubiese enamorado de usted.

—Pues se ha equivocado usted,—dijo Pedro Rome-

ro, que sufría visiblemente:—ni ella de mí ni yo de ella.

—¡Vaya! pues hay que estarle pidiendo á usted perdón hasta el día del juicio por la tarde. Amigo, el que vale tiene razón para eso y mucho más.

Y la Teresona miró á Pedro Romero de una manera tal que no parecía sino que le decía:

—«Si no pasa usted adelante es porque no quiere, que la casa no se le puede á usted abrir más.»

—No hay para qué,—dijo Pedro Romero contestando á un tiempo á las palabras y á la mirada que le habían provocado.

La Teresona se mordió los labios.

No había medió de hincar el diente al señor Pedro Romero.

Por todos los lados que se le acometía se le encontraba duro como un pedernal.

Pero atento, eso sí, muy atento.

La Teresona suspiró.

Ella estaba acostumbrada á ser solicitada.

Y cuando claramente solicitaba, y no se la entendía, ó no se quería entenderla, sufría horriblemente en su gusto y en su amor propio.

## V.

—Pues yo vengo de parte de la señora doña Rosarito—dijo Pedro Romero—y la señal es esta sortija que le he enseñado á usted.

—¿Y no ha quedado usted para otra cosa, señor Pedro Romero?—dijo como con disgusto la Teresona.

—Vamos á lo que importa—dijo Pedro Romero, ya con alguna impaciencia—que yo tengo mucho que hacer y usted sin duda no está desocupada.

—Para usted estoy desocupada yo siempre, y más que fuera—dijo la Teresona, que no desistía.

—Muchas gracias y estimando—dijo Pedro Romero:—y vamos al caso. Y el caso es que la señora doña Rosario trajo anoche á su casa de usted un sujeto.

—Sí,—dijo la Teresona:—pero en seguida vino la Miraflores y se llevó á ese sujeto de parte de la Tirana.

—Ya lo sé: como que la Miraflores me lo ha entregado á mí.

—¡Calla! ¿usted conoce tambien á la Miraflores?

—Yo conozco á mucha gente, señora, y mucha gente me conoce á mí. Como que trabajo en un sitio muy público.

—¡Y vaya un par de mozas que usted conoce y trata con confianza! ¡la Tirana y la Miraflores!

—Dos buenas mujeres, quitando lo que tienen de ligeras,—dijo Pedro Romero:—pero al fin así anda el mundo, y no son malas.

—Yo no he dicho eso, sino que son muy buenas, demasiado buenas, vivas de genio, pero no le hace. En fin, vamos á ver la verdad de la venida de usted, señor Pedro Romero.

—Pues yo vengo á decirle á usted que la Miraflores se llevó ese sujeto, sin que de ello haya tenido conocimiento la señora doña Rosario, que fué la que le trajo.

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo dicho: la señora doña Rosario cree que ese sujeto está todavía en su casa de usted, y me ha buscado y me ha enviado para que usted me lo entregue por la señal de esta sortija.

—Pero si la Miraflores se lo ha entregado á usted, ¿cómo se lo he de entregar yo?

—No es eso. Lo que yo quiero es que la doña Rosario no sepa que se lo ha llevado la Miraflores, para evitar disgustos y escándalos. Por lo mismo usted le dirá que me lo ha entregado á mi.

—¡Ay sí, que sí! ¡y vaya si lo diré! Como que no quiero yo cuentas con la Tirana. Pero ¿cómo supo la Miraflores que esa persona estaba aquí y que la habia traído la Tirana? Vamos, la habrá acechado. ¡Qué mujeres! á la greña por los hombres. Es verdad que el mozo lo merece, y me alegro de que se lo haya llevado, porque ya habia empezado á andarme con mareos. ¡Qué hombres, señor! ¡y que haya mujeres que se pierdan por ellos!

—Pues cuanto más *confiscados* más deseados,—dijo Pedro Romero.

—No es eso verdad; que usted no es *confiscado* y es usted más buscado que muchos.

—Agradeciendo y estimando—dijo Pedro Romero, que se fastidiaba visiblemente—¿Conque quedamos en que usted no dirá á la señora doña Rosario ni una palabra de la Miraflores?

—Descuide usted, que no diré nada, porque no me tiene cuenta.

—Pues entonces quede usted con Dios, señora, y muchas gracias.

—No hay de qué: y vaya usted con Dios, que tiene usted tanta prisa que no le quiero detener. Pero esta casa y quien la habita son de usted, y yo tendré una gran satisfaccion en que usted venga á honrarla.

—El honrado seré yo, señora,—dijo Pedro Romero.

Y se fué.

—Este hombre es tonto—dijo la Teresona—que creia que para no aprovecharla á ella era necesario estar

ido.—¿Cómo querrá que se le digan las cosas? ¿en latín ó en castellano?

Y se asomó á la puerta.

En aquel momento Pedro Romero torcia la esquina de la derecha y se perdía en la calle de la Paloma.

La Teresona suspiró y cerró la puerta de mal humor y refunfuñando.

---

## CAPITULO XL.

### De la aventura que le sucedió á la Cari-blanca con la Tirana.

#### I.

Dejemos al señor Pedro Romero, que despues de haber advertido prudentemente á la Teresona, se fué como debia al hospital y habló, por ser quien era, al tio Juan Lopez, á pesar de que estaba incomunicado, y de allí se fué á andar todos los pasos que él creyó oportunos y conducentes en beneficio de Goya, y volvámonos á la calle de Calatrava y á la casa de la Rosarito Fernandez.

#### II.

Ella se habia hecho suyas y habia puesto á su devocion, como sabemos, á las dos doncellas que le habia enviado su enamorado hasta el alma el buen regidor de la villa, alcalde del cuartel de San Francisco, el comendador don Melchor de Azpeitigaña.

La casa estaba sumida en un profundísimo reposo.

En la sala baja la tía Aniquilla ralaba sordamente como una fiera destrozada por otra, y digería (digámoslo así), aturdida, desmadejada, el formidable correctivo que le había aplicado, no así como se quiere, sino por todo lo alto, la Tirana.

Una de las dos dorcellas estaba en la cocina, y la otra en el tocador ataviando á la Tirana, que quería ponerse más hermosa que nunca, ayudando con los adornos sus encantos naturales.

Como que se preparaba á salir para ir de Zeca en Meca á revolver al mundo por medio de sus relaciones, que las tenía muy buenas, en beneficio de Goya.

Parte porque Goya la había flechado, y más aún porque lo había tomado á empeño, se había propuesto hacer milagros.

Se iba á ver lo que ella podía.

Estaba excitada, terrible y con un humor de todos los diablos.

Había que pensar en que donde ella cayese había de producir el mismo efecto que si cayese una tempestad.

### III.

Andaba entretanto el tiempo.

Llegó el medio día.

La Tirana estaba ya ataviada con un lujo inusitado, con un gusto exquisito, con una notable riqueza, con los cabellos rizados, perfumada, resplandeciente, hecha, en fin, un arcángel.

En la puerta la esperaba un gran coche de alquiler, que no lo parecía.

Uno de los pocos coches de lujo que habia en Madrid á disposicion de los forasteros ricos.

## IV.

Pero no pudo llegar al coche.

La Cari-blanca, que estaba esperando en frente, en la puerta de su casa, en cuanto vió á la Tirana partió á la carrera y se puso delante de ella.

—¡Pues sin rumbo que digamos!—dijo mirándola con insolencia.—Espérese un poquito, señora, y éntrese usted conmigo para adentro, donde no nos oigan, que tengo que decirle á usted dos palabritas.

La Tirana miró de alto abajo á la Maruja, y la dijo con desprecio:

—¡Quite usted de delante, mujer! ¿qué tiene usted que decirme á mí, ni qué tengo yo que ver con usted?

—¡Vaya que nos achicamos!—dijo la Cari-blanca,—Como que esto no es ir á cantar la *tirana* á las casas de la gente gorda *por cuanto vos*, para sostener el lujo y la apariencia sin tener sobre qué caerse muerta! ¡Si usted es una medio comedianta, que acabará usted por ser una comedianta del todo, y poner la cara á la vergüenza para ganarse la corteza!

En efecto, á doña Rosario Fernandez la llamaban la Tirana porque cantaba la cancion popular llamada la *Tirana*, de una manera arrebatadora.

La Cari-blanca habia exagerado: la Rosarito cantaba, es cierto, en las casas de sus conocimientos, que eran numerosos, y de esto habia nacido su fama y el nombre de Tirana que se la habia puesto por excelencia.

Pero hasta entonces no habia vivido de su rara facultad para la música.

Bien es verdad que los que dirigian las compañías de los coliseos del Príncipe y de la Cruz y el teatro de la Opera ó de los Caños del Peral, la habian hecho proposiciones para que se contratase como *dama de canto*.

Pero no habia aceptado, ni habia recibido jamás precio alguno por cantar en ninguna parte. La Cariblanca la ofendia expreso: la provocaba.

## V.

La Tirana, que estaba en el peor estado de espíritu posible, oyó sin interrumpirla á la Cariblanca, y cuando ésta se detuvo, no para concluir, sino para tomar resuello, la dijo:

—Vamos, pase usted adelante, señora, que tengo yo todo el gusto del mundo en recibirla á usted en mi casa.

Y se entró para adentro.

La Cariblanca, que ni debia ni temia, la siguió. Cerró la Tirana la puerta de en medio, y estando en el mismo sitio en que poco ántes habia aporreado á la tia Aniquilla, se detuvo y dijo:

—Como usted no tiene que decirme ni yo tengo que escucharla, y es usted una escandalosa, vamos á acabar muy pronto. ¡A ver, Cármen, Catalina!

—¿Y á qué llama usted á nadie, señora?—dijo la Cariblanca armándose:—¿es que le ha dado á usted el pasmo?

—Es que el componerme me ha costado mucho tiempo y no quiero descomponerme,—dijo la Tirana.

## VI.

A esto habian sobrevenido Catalina y Cármen.

—A ver si sabeis darle una vuelta á esa—dijo la Tirana—y firme, que yo salgo á todo.

Las doncellas, que sabian lo que la Tirana podia con su amo, y lo que su amo podia, no vacilaron un momento.

Arremetieron á la Cari-blanca, que acometió á su vez.

Hubo durante algunos segundos una lucha, acompañada de los improprios de más volúmen que jamás han salido de una bonita boca de mujer, un repertorio de palabras imposibles, que la Cari-blanca vomitaba como si hubiera tenido dentro de sí una fuente viva de insolencias; pero en fin, la Cármen, que era robusta, logró trincarla por el moño, la humilló la cabeza, se la metió entre las piernas, la arremangó la basquiña (gracias á que allí no habia más que mujeres) y sujeta ya así la Cari-blanca, como se sujeta á un toro en el torno para embolarle, la Tirana se quitó uno de sus preciosos chapines, y no con la suela, sino con el tacon se dió á azotarla con verdadero furor, con verdadera crueldad. Cada golpe dejaba una señal, de la que saltaba la sangre.

La Cari-blanca chillaba y maldecia, las doncellas se reian, la Tirana apretaba la mano, y decia:

—¡Toma, toma! para que te se baje la sangre que te se ha subido á la cabeza y te acuerdes de mi.

Al fin, dominada, rendida por el castigo, la pobre Maruja exclamó anegada en lágrimas y tan humilde como soberbia habia estado ántes:

—¡No me pegues, por Dios, más, que me estás matando! ¡Perdóname si te he ofendido, y mira que ya no puedo más!

La Tirana la dió una última tanda, más despiadada, más insoportable, y luego, volviendo á ponerse el chapin, dijo á las doncellas:

—Soltadla y que se vaya á la vacada, que lo que es las señales no se la quitarán en todos los dias de su vida.

Las doncellas la soltaron.

La Tirana abrió la puerta, y cuando la Cari-blanca salia desalentada, ciega, como un gato espantado, la dijo:

—Vaya usted con Dios, señora; y si ha quedado usted con ganas, vuelva usted por otra, que se la servirá de amiga.

## VII.

La Tirana entonces, como si nada hubiese sucedido, encargó á las doncellas cuidasen la casa y se fué al carruaje.

Al ir á entrar en él se atravesó una beata.



---

## CAPITULO XLI.

En que se vé hasta qué punto el amor domestica á la fiera.

### I.

—Deja, hija, deja—dijo la beata:—yo voy á acompañarte.

Y con el desenfado mayor del mundo se metió en la calesa.

—¿A dónde va usted, tia bruja?—dijo la Tirana, que estaba de prueba.

—No voy, vengo—dijo la beata—y aunque me trates mal no me he de ir: ni tú has de querer que me vaya en cuanto sepas quien me envía.

### II.

Esta conversacion pasaba la beata ya en el coche y la Tirana con el pie puesto en el estribo, conmovida y airada aún y dispuesta á cualquiera otra cosa enorme.

—Nadie tiene que enviarla á usted á nada—dijo la

Tirana con acento sombrío y con aire de tempestad.

—¡Vaya si tiene!—dijo la beata:—como que quien me envia es un buen mozo.

—Está usted dando lugar á que yo la ahogue—dijo la Tirana.

—¡Vamos, niña, vamos!—dijo la beata;—¡si quien me envia es don Francisco!

—¿Don Francisco de Goya?—dijo demudándose la Rosarito.

—Pues ese—dijo la beata.

### III.

Cambió el tiempo: la tempestad de la cólera se disipó y se condensó la del amor. Se apagó en los ojos de la Tirana el fuego sombrío y amenazador y se dejó ver en ellos una expresion de enamorada ansiedad.

Se metió en el carruaje.

—Mira—dijo la beata—manda que nos lleven á las ventas del Espíritu Santo.

La Tirana dió la órden al cochero.

Se cerró la portezuela y el carruaje se puso en marcha.

—Quiero divertirme—dijo la beata,—y que tambien te diviertas tú: estoy muy cansada, porque he trabajado mucho esta noche: pero eso no le hace: todavía me quedan fuerzas.

### IV.

La Tirana miraba con impaciencia á la beata.

No era mala moza, ni vieja.

Pero tenia el color bilioso del icterismo.

Su barba se prolongaba: aparecia saliente y curva, pero no era fea ni repugnante.

Sobre todo los ojos y la dentadura eran muy hermosos.

—¡Vaya una hembra que estás tú, Tirana!—dijo la beata.

Y se la ardian los ojos.

Examinaba con ellos la garganta y el nacimiento del seno de la Tirana, y de tal manera que ésta se encendió de rubor.

Una nueva cólera germinó en ella.

La beata soltó una carcajada.

—Vamos, no me conoces,—dijo.

La voz de la beata habia cambiado.

La Tirana creyó reconocer la voz de Goya.

Al mismo tiempo vió el alma de Goya en los ojos de la beata.

—¡Dios mio!—exclamó:—¿eres tú?

—¡Yo soy, vida mia!—exclamó Goya, que él era. Y se apoderó de la Tirana.

La estrechó en sus brazos.

—¡Ah! déjame... explícame...—exclamó la Tirana con la voz desfallecida, agonizante de amor:—pero vamos, vamos á donde te quites ese disfraz.

—No, corazon mio, no: este disfraz es mi defensa. Luego, luego; esta noche en tu casa, porque yo voy á vivir contigo.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡qué felicidad!—exclamó la Tirana:—pero ¡cómo es esto!... ¿No te ha sacado el señor Pedro Romero de casa de la Teresona?

—Sí, corazon mio; pero el buen Romero no se va á torear á Andalucía hasta dentro de algunos dias y no podia tenerme oculto. ¿Qué importaba? Me disfracé de

gitano. Pero he hecho otra: he corrido á un alcalde y ha sido necesario cambiar de disfraz. Me fuí casa de Moratin... Moratin tiene un ama de gobierno, una buena señora que viste á lo beata. Le dije lo que me acontecia. Le rogué á aquella señora me diese uno de sus trages, y luego yo me arreglé la cara. Creo que he conseguido mi objeto y que ni el diablo puede conocerme.

—¡Ay y qué hombre eres!—dijo la Tirana.—Vamos, no puede ser: tú puedes con todo. ¡Cuidado que ya es obra volverme loca á mí! ¡y estoy muriéndome por tí, Frasquito mío! ¡Lo que he pasado por tí! ¡Vaya un día! ¡Ya se vé! ¡buena tunda! yo y otras la hemos pagado. ¡Buen par de palizas! Tú tienes la culpa: yo estaba que no me veía y estoy que no me veo. Pero ya es distinto: te tengo y vas á vivir conmigo. Lo que es lo tuyo yo lo arreglaré: ¡y más que fuera! Pero lo que yo no puedo arreglar son mis celos: dime: ¿qué has tenido tú que ver con la Cari-blanca, que ha venido á provocarme, á desafiarme, á darme un escándalo?

—¡Calla! ¡la Cari-blanca!—exclamó Goya:—¡ha reñido contigo por mí!

—¡Vamos! ¡como que me la quiso armar!

—¿Y tú le has dado á ella una zurra?

—Como para ella sola, en las reales posaderas, con el tacon del chapin. No, ya tiene para que no se la olvide, y para que cuando me vea apriete á correr de miedo.

—Y oye tú: ¿á qué otra criatura le has sentado tú la mano por mí?

Goya pensaba en la Miraflores.

—¿A quién? á la bruja de mi criada, á la tia Aniquilla. Como que esa maldita vieja queria entregarte á la justicia, y cuando vió que tú habias volado se-

atrevió á decirme que yo no tenia vergüenza. Vamos, si no ha reventado es porque es de bronce esa vieja y tiene mucho aguante, que yo la dí para que echara el alma por la boca. ¡Buena estaba yo! ¡Se me podia hacer una caricia!.. Pero ¿qué me has dado tú que me muero por tí y no puedo sufrirme?

—Lo que tú me has dado á mí: ¿qué se yo? la verdad es que esto es una fatiga.

—Pero muy rica, Frasquito mio, muy rica: gozar de esta manera es lo que se llama vivir. Ya verás tú, porque yo tengo bastante dinero y muchas alhajas, porque estoy de moda, y muchos tios muy gordos, porque no consiguen nada de mí, que yo no me vendo, me regalan, y aquí y allí, en muchas casas grandes, por oirme cantar la *Tirana*, y volverse locos, me obsequian y me regalan y me tienen sobre las niñas de sus ojos. Las compañías del Príncipe, de la Cruz y de los Caños del Peral me ofrecen el oro y el moro porque yo me ajuste de dama de canto. ¡Ya lo creó! les entraria la plata á rios. Ya ves tú si podemos estar bien, y que te envidie á tí todo el mundo, porque este cuerpecito de gracia que Dios me ha dado, y esta alma, que no sabes tú todavía lo que es, los tengo yo para tí, y no más que para tí. Pero no me des tú celos ni quieras á otra, porque á ella y á ti os despabilo. Tú no sabes quien soy yo. Quiéreme mucho, vuélvete loco por mí, porque si no te mato y me ahorco, y en paz.

—¿Y has querido tú algun hombre?

—Mira, no abuses, Frasquito, y no me ofendas: que las mujeres que son mujeres no han nacido más que para un hombre solo, y estoy yo más limpia que los rayos del sol, y soy más niña que una niña de cuatro años. ¡Válgame Dios, qué mareo, y qué angustia, y

qué glorial... Pero es cosa fuerte que no me conocieras tú á mí, que me conoce todo el mundo.

—¿Qué quieres? Casualidades: yo que voy á todas partes no me he encontrado nunca contigo.

—Pues ya nos hemos encontrado, y tú ó yo.

—Los dos, niña, los dos. Ya verás tú.

## V.

Y así continuaron en amorosa conversacion, amartelados los dos, ébrios de amor y de voluptuosidad el uno por el otro y gozando uno de esos raros momentos supremosen que el sér humano vive una vida que puede realmente llamarse vida.

Una vida de encanto en que parece que se domina á la eternidad.

## VI.

Llegaron á las ventas.

Pidieron una buena comida y se encerraron en un cuarto.



---

## CAPITULO XLII.

**En que se ve un principio de culebra y la manera especial que tenia Goya de tratar á las mujeres.**

### I.

Habia llegado la tarde sin que se oyera el vuelo de un mosquito en las ventas del Espíritu Santo.

El amor estaba entonces en ella, y le acompañaban los genios del silencio.

De improviso, allá como á las tres, sonó ruido de campanillas y la voz de un calesero que hacia parar su popular vehículo á la puerta de las ventas.

De la calesa bajó con algun trabajo una mujer deliciosa.

Nuestros lectores adivinan.

Era la Cari-blanca.

### II.

En otra ocasion hubiese bajado de un salto de la calesa.

Pero estaba descoyuntada, descompuesta.

El impío chapín de la Tirana la había puesto que se la podía comer con cuchara.

Aquello era una lástima.

Estaba pálida y desmadejada.

Esto mismo y el desfallecimiento que en ella se notaban la hacían más hermosa.

Pero no estaba completamente rendida.

Todavía quedaba á la Cari-blanca espíritu, y espíritu bravo.

Se dirigió al ventero.

—A ver si me dá usted en seguida la llave del cuarto que tomé ayer para mí sola, para cuando me saliese del pecho venir aquí—le dijo.

—Pues tome usted, señora,—dijo el ventero—y no se incomode usted, que no hay para qué, que aquí no estamos más que para servirla.

—Oiga usted, cuando venga una señorona preguntando por mí que suba.

—Muy bien, señora: ¿se le lleva á usted ahora algo?

—Si señor: una legion de demonios que se lo lleven á usted.

El ventero calló.

Conoció que la Cari-blanca estaba de prueba.

### III.

Subió con mucho trabajo las escaleras.

A penas si la pobre podía tenerse de pié.

Verdaderamente la Tirana había sido cruel con ella.

Abrió la puerta, entró y cerró.

Luego abrió la ventana y miró á la pared, donde aparecía pintada la cabeza de la duquesa de Alba con patas de araña y alas de murciélago, ó más bien de dragon.

—Bueno, bien—dijo la Cari-blanca con el acento del rencor y de la venganza ansiosa señalando la pintura. —Eso no lo perdona nadie: si yo no puedo con la Tirana, porque la Tirana puede más que yo, esa señora podrá más que ella; y en viendo eso, y en sabiendo que don Francisco de Goya lo ha pintado y que está encortejado con la Tirana, me parece a mí que no para hasta que á él le metan en presidio y á ella en las Arrecogidas.

## IV.

Aún no habia acabado de decir esto la Cari-blanca cuando sonó un gran ruido de colleras que poco despues cesó delante de la puerta.

La Cari-blanca se asomó á la ventana.

A otra ventana inmediata se asomaron otras dos personas.

Era la una la Tirana.

La otra una mujer con tocas de beata.

En una palabra, Goya.

Ni la Tirana ni Goya habian visto á la Cari-blanca, ni la Cari-blanca habia tampoco fijado su atencion en ellos.

Los tres miraban la carroza que se habia detenido delante de la venta.

## V.

De ella salió una dama.

En una palabra, la duquesa.

Antes de entrar miró arriba.

Vió en una ventana á la Cari-blanca, en otra á la Tirana, á quien conocia demasiado, y junto á ella á una beata.

Entonces se vieron todos porque los de las ventanas miraron á donde miraba la duquesa.

Ver á la Tirana, echarse á temblar y meterse adentro fué todo un punto para la Cari-blanca.

En cuanto á la Tirana, se quedó mirando descaradamente á la duquesa.

—¿Qué hacen aquí esas mujeres?—dijo para sí la de Alba.

—¡Pues no tenemos aquí mala familia!—dijo la Tirana á Goya.

La duquesa hizo seña á dos lacayos que tenían traza de pícaros y de duros y dispuestos á todo, y se metió en la venta.

Los lacayos la siguieron de cerca.

## VI.

La duquesa se dirigió al ventero.

—A ver si me llevas al momento—le dijo—á donde me está esperando una mujer.

El ventero saludó profundamente á la duquesa y subió delante de ella.

La duquesa le siguió.

Los lacayos iban inmediatamente detrás de la duquesa.

—Aquí, señora,—dijo el ventero llamando á la puerta.

Esta se abrió.

Apareció la Cari-blanca.

Pero en vez de saludar y de recibir á la duquesa, escapó, ganó las escaleras y la salida de la venta, subió á su calesa, y dijo:

—A escape á mi casa.

La presencia de la Tirana en la venta la habia espantado.

Tal miedo la habia cobrado á causa de la cruel paliza que habia recibido.

## VII.

La duquesa se quedó atónita y se petrificó, permítansenos la frase, cuando vió su retrato en la pared representado de una manera tan humillante, tan monstruosa.

—¿A qué me han traído aquí?—exclamó con acento rugiente.—¿A que vea eso?

## VIII.

Habia recibido aquella misma mañana la carta siguiente:

«Si quiere vucencia ver como la trata don Francisco de Goya, vaya vucencia esta tarde á las tres á las ventas del Espíritu Santo, donde la espera una mujer, que dirá á vucencia muy buenas cosas.»

Se trataba de Goya y la duquesa no podia dejar de acudir.

Pero la Cari-blanca habia visto á la Tirana, se habia escapado y la duquesa no tenia quien la pudiese informar.

Pero ¿para qué más información que aquella horrible caricatura?

El estilo de Goya estaba tan acusado en ella que la duquesa no podía dudar de que él la había pintado.

Y aquí de su furor: la subió un vértigo á la cabeza, se trastornó su razon y empezó á gritar de una manera horrible.

Tales fueron aquellos gritos que acudieron los lacayos.

La Tirana y Goya acudieron tambien.

Sobrevino el ventero.

Subieron los mozos y las mozas.

La duquesa estaba entregada á un acceso de furor.

—¡El miserable, el asesino, el ladron!—gritaba:—¡ah! ¡ah! ¡no he de parar hasta que le ahorquen! ¡Maldito, infame, canalla!

Y miraba con los ojos desencajados, con la boca espumante la caricatura.

Nadie se atrevia á decir una palabra.

Pero la Tirana exclamaba:

—¡Pues ni que la hubiesen arrancado á vucencia las entrañas! ¡Válgame Dios y como lo toma la señora!

—¡Ah! ¡que eres tú, Tirana!—exclamó la duquesa reparando en ella:—pues ya sé, ya sé... la otra va huida temiendo que yo la haga matar de una paliza, y tú te has quedado para ver lo que sucede, con esa bruja. Pues bueno; tú y ella vais á pagar por la otra. ¡A ver! —añadió dirigiéndose á sus criados.—Metedles mano y escarmentadlos.

## IX.

Pero aún no habian tenido tiempo de moverse aque-

llos animales de librea, cuando Goya, con su voz natural, dijo: \*

—El que se atreva ni áun siquiera á hacer mal de ojo á esta señora, muere.

—¡Ah!—exclamó la duquesa reconociéndole.—¡Una infamia más! ¡Matadlo!

Pero Goya se arremangó el hábito, echó al aire un cuchillo de palmo y medio, y cubriendo á la Tirana, repuso:

—¡Que se acerque el que se atreva!

Era tal de concentrada, de terrible, de amenazadora, de letal la voz de Goya que nadie obedeció á la duquesa.

Esta reflexionó.

Vió que se aparejaba un escándalo, del que no podia salir bien librada.

Vió además que los lacayos no se atrevian con Goya.

Sabia tambien quien era Goya y que no habia hombre ni mujer que cuando él decia—allá va—pudiese más que él.

Sobre todo, á pesar de la terrible injuria que Goya la habia inferido, la influencia de Goya se hacia sentir en ella.

Le temia más que á una espada desnuda, y tanto como le temia le queria.

Además de esto, mantenía una fiera rivalidad á causa de él con la de Benavente y con algunas otras de alto vuelo.

No era cosa de llevar la cuestion á un extremo sangriento, á una tal situacion que no tuviese ya remedio.

La duquesa era soberbia é iracunda, vengativa y cruel cuando se la ofendia.

Pero de pecho ancho en que cabia mucho.

Tenia mucho mundo, y todo el que tiene mucho mundo sabe escuchar los consejos de la prudencia.

No por mucho madrugar amanece más temprano.

La duquesa lo sabia esto y se decidió á abandonar el campo.

Se fué seguida de sus lacayos.

Se metió en su carroza y partió.

### X.

—Anda, anda—dijo la Tirana—que ya llevas bastante, y si quieres más vuelve por otra. Pero ahora, caballero, tenemos que ajustar nosotros unas cuentas muy apretadas.

Hay que advertir que el ventero y las mozas y los mozos se habian ido.

Goya se habia echado de nuevo el hábito y habia guardado el cuchillo.

—¡Pues no te han parecido bien apretadas las cuentas que ya hemos ajustado, vida mia!—dijo don Francisco.

—¡Apártate, traidor!—exclamó la Tirana,—que no parece sino que por mis pecados, y habiendo sido yo tan cruel para todo el mundo, y habiéndome guardado tanto, me ha castigado Dios contigo. ¿Por qué has pintado tú eso?—añadió señalando la caricatura:—¿y por que la Cari-blanca ha traído aquí á la duquesa para que lo vea?

—Lo que no ha sido en tu año—dijo Goya—no ha sido en tu daño. Cuando yo pinté eso no te conocia.

—Pero ¿qué tienes tú que ver con la Cari-blanca?—dijo con acento rugiente la Rosarito.

—¡Bah! ¡bah! una mujer como tú no debe pedir cuentas á un hombre como yo, y un hombre como yo no las da nunca, aunque la mujer que se las pida sea como tú.

—Mira lo que tú dices—dijo la Tirana—que á mi no seme hace esclava tan así como quiera; y no me tienes mucho la paciencia que va á arder Madrid.

## XI.

La Tirana estaba magnífica.

La resplandecian los ojos y echaba fuego por ellos.

Amenazaban á Goya de muerte.

Y al mismo tiempo dejaban ver un amor voluntarioso, tenaz, terrible, aunque ofendido.

Parecia en términos de locura.

—Lo que á tí te falta—dijo—es que te siente la mano una mujer para que te achiques, y te se salga del cuerpo la soberbia; que como estás acostumbrado á tratarte con trapos indecentes crees que todo el mundo es igual.

—Me estás gustando—dijo Goya:—con tu cólera estás hermosa como un diablo.

La Tirana, que estaba demasiado templada y ardiendo de celos y de rabia, exclamó:

—Tú eres un libertino y un canalla y te vas á acordar de mí.

Goya tenia un carácter terrible.

No podia sufrir una injuria.

Al oír llamarse canalla por la Tirana, cegó y no vió.

Se le volvió la cabeza y le dió una terrible bofetada.

Era esto además un sistema que solia emplear Goya.

Sabia que á ciertas mujeres habia que zurrarles el bulto para que se las avivase el amor.

## XII.

La Tirana lanzó un grito horrible.

Un grito de asombro, de desesperacion, de terror, de espanto.

No era ella de las mujeres á quienes puede tratarse así.

Goya habia hecho una de las suyas arrastrado por la violencia de su carácter.

La Tirana palideció mortalmente.

Luego se puso encendida, roja.

Se la arrebató la sangre á la cabeza, y cayó bajo un síncope.

—¡Diablo!—dijo Goya:—me parece que me he ido demasiado lejos... pero ¿por qué me ha llamado canalla? Bueno, bien.... pero yo no puedo permanecer aquí... la otra es capaz de todo.

La otra era la duquesa.

Goya se inclinó sobre la Tirana.

La examinó.

—Un desmayo, no más que un desmayo—dijo Goya:—la cólera. Y bien; es necesario que yo me marche. ¡Diablo de aventuras! Ello se la pasará.

Y Goya, que temia se le echasen gentes encima, y en tal número que no pudiese con ellos, se puso en franquía, dejando desmayada á la Tirana.

Esto era cruel. Pero los calaveras del género de Goya no se paran en crueldades.

La mujer es su presa legítima y la tratan como Dios quiere.

Y ellas lo merecen, porque tratan mejor al que las trata peor.

### XIII.

Goya se salió de las ventas sin que nadie se atreviese á decirle una palabra, y se puso en camino hácia Madrid.



---

## CAPITULO XLIII.

De cómo Goya, con gran placer suyo, pasó á poder de la Cari-blanca, ó más bien, la Cari-blanca se puso en poder de Goya.

### I.

Se echó al camino hácia Madrid.

A causa de las escenas que habia tenido con la Rosarito, escenas graves que habian terminado en lo que ya han visto nuestros lectores, su disfraz se habia estropeado en gran manera.

El color con que se habia pintado la cara se habia arrollado á causa del sudor; las partes sobrepuestas, como la barba y las narices, habian padecido desperfectos.

La toca estaba ajada.

Era, en fin, Goya una beata sospechosa.

### II.

Iba muy de prisa y con las faldas del hábito un tanto

levantadas. Le importaba cambiar cuanto antes de disfraz.

Ya cerca de Madrid vió una calesa.

—¡Diablo!—dijo:—¿si irá allí la Cari-blanca?

Goya era incorregible.

La nueva aventura que se le presentaba le hacia olvidarse de su situacion del momento.

La calesa iba muy de prisa.

La Cari-blanca se habia detenido en uno de los ventorrillos situados entre Madrid y las ventas del Espíritu Santo.

Necesitaba tomar un refresco: reponerse.

Allí se estuvo algun tiempo.

Así es que pudo alcanzarla Goya.

### III.

La calesa, como hemos dicho, iba muy de prisa.

Pero Goya dió voces y el calesero se detuvo al momento.

Goya llegó.

—Hija mia—dijo á la Cari-blanca con una perfecta voz de vieja,—¿quieres dejarme subir, que estoy muy rendida?

—¡Calla!—dijo para sí la Cari-blanca—¡esta es la beata que estaba en la ventana con la otra!

Y luego añadió alto:

—¡Vamos, suba usted, madre!

Goya subió.

—Diga usted, madre,—dijo la Cari-blanca, que queria tener tiempo para hablar con la beata—¿á dónde quiere usted que se la lleve?

—A donde tú vayas, hija mia, hermosa, que da contento verte—dijo Goya.

La Cari-blanca, pálida, agitada, estaba que metía miedo de hermosa.

—Pues yo voy á mi casa—dijo la Cari-blanca:—allí puede usted descansar.

—Pues descansaremos todo lo que tú quieras, corazón mio.

—A mi casa á escape,—dijo la Cari-blanca al calesero.

## IV.

Partió la calesa.

—Mire usted, madre,—dijo la Cari-blanca—no sea usted sobona ó la planto á usted en el suelo.

Goya la habia rodeado la cintura.

—Cállate, niña, que soy yo,—dijo Goya hablando con su voz natural.

—¡Ay, Dios mio!—exclamó la Cari-blanca.

Y se puso pálida como una muerta y se echó á temblar.

Goya la estrechó más la cintura.

Por aquella vez no se atrevió á protestar la Cari-blanca.

Pero exclamó:

—Pues entonces no podemos ir á mi casa. ¿Cómo meto yo en mi casa á un hombre disfrazado de mujer?

—¿Y eso qué le hace?—dijo Goya.

—No le quiero yo jugar una mala partida á mi padre, que no lo merece—dijo la Cari-blanca:—pero déjame, hombre, y no me abracés más, que tenemos nos-

otros que ajustar unas cuentas muy largas y muy estrechas: y á más que Cordelito nos mira con el rabo del ojo, y es un tunante y puede caer en la cuenta. Conque á ver si tenemos formalidad, y tiempo tenemos para morirnos y volver á resucitar. Sobre todo, que estoy *enritada* contigo, y sabe Dios cuándo se me pasará la *enritacion*. ¡Vamos, hombre, que la pasan á una uñas cosas por los hombres! ¡y sin comerlo ni beberlo! Que yo ya ves tú lo que tengo contigo. Oye tú, Cordelito, no vamos á mi casa.

—¿Pues á dónde vamos?

—A Maravillas, frente á la iglesia, casa de la Javiera.

—¡Ya! ¡ya!—dijo el calesero.

—La Javiera es muy amiga mia y mujer de mucha confianza, aunque yo no he tenido ninguna con ella: pero yo sé que en ella se puede confiar, que la mujer es más callada que una piedra y más servicial que un perro.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Vaya, por las amigas. Y tiene un abate que la corteja, muy fino y muy petimetre. Ya verás tú que bien estamos: y sobre todo, que allí estarás más seguro que en ninguna parte y con muy buen trato. Y luego ya arreglaremos tu negocio y saldrás con bien, que tengo yo muchos doblones para gastarlos por tí, y al que tiene doblones no le ahorcan. Luego veremos cómo te portas tú conmigo, y si te tengo que querer ó despreciarte. ¡Ay, Dios mio, y qué ánsias! ¡y cómo voy pensando, que no puedo ir sentada! ¡vaya una barbaridad! ¡y pensar yo que ella me ha puesto así! ¡y todo ha sido por tí! Pero si yo no puedo, alguno la cortará la cara! Eso yo te lo aseguro, y que me ha de temer como al diablo.

—Pero ¿qué estás diciendo, niña?

—Cállate, hombre: que yo, en celada porque sabia que andabas con ella y habias pasado la noche en su casa, fui á darle un escándalo, y llamó á dos galafatas que me humillaron, y ella me ha dado una vuelta de azotes que me ha hinchado. ¡Vamos, hombre! ¡Si esto no se puede quedar así! ¡que no! Y oye tú: ¿á qué habias ido con ella á las ventas?

—¡Ah! ¡era ella!

—¡Vaya! ¡y que quieras tú á esa mujer, que parece un hombrazo con faldas!

—A quien yo quiero, alma mia, es á tí, que eres una flor.

—¿Y por qué andas con ella?

—Por la cuenta que me ha tenido: porque me amparase.

—Pues yo te ampararé y te abrigaré mejor: ya lo verás tú.: ¡Mire osté la *méndiga*, que lo que tiene lo gana galloteando, que yo no sé por qué dicen que esa mujer canta bien: porque aulla. En fin, que yo quiero que me quieras á mi, y á mí sola, y que la desprecies á ella y á la Miraflores, que es otra que tal. Y á la vista está que á hermosa y á jóven no sirven ellas ni para descalzarme, y lo que es á posibles las puedo yo enterrar á las dos con onzas de oro: y todo es para tí: mi persona y mi hacienda, y mi alma y mi vida. Pero quiero que te pasees de bracete conmigo delante de ellas y que me defiendas.

—Pues no que no—dijo Goya:—si los rayos del sol te ofenden á tí, al sol me como.

—Pero, hombre, ponte derecho. Mira que el calesero no nos quita ojo.

## V.

A todo esto Cordelito, al morro del jaco, llevaba la calesa que volaba, y con el más alegre ruido de campanillas del mundo.

Goya sentia por la Maruja un entusiasmo formidable.

Es verdad que la chica era hermosa que no habia más que pedir; y como estaba enamorada y emperrada por Goya, el amor, que se la salia á torrentes por los ojos y por todos los poros de su cuerpo, la hacia mucho más hermosa.

## VI.

La calesa se detuvo al fin en la calle de la Palma alta.

La casa á cuya puerta detuvo el calesero su vehiculo estaba construida á la *malicia* y situada frente á la iglesia del convento de carmelitas calzadas de las Maravillas.

Este convento, segun los datos que tenemos á la vista, fué fundado por doña Juana de Barahona, en el año de 1612.

## VII.

La Cari-blanca y Goya descendieron de la calesa.

La Cari-blanca dió algunas monedas á Cordelito y le despidió.

---

Luego llamó á la puerta de la casa, que se abrió en seguida.

Entraron.

La puerta volvió á cerrarse.

.....

---

## CAPITULO LXIV.

**De los apuros en que podia verse un alcalde, aunque fuese tan rigido como don Diego de Navascues y Figueroa.**

### I.

Dos horas despues, como á las cuatro de la tarde, se abrió la puerta de aquella casa y salió un abate, del mejor corte posible.

La Cari-blanca habia salido á despedirle, y le tuvo asido de las manos, y mirándole conmovida y enamorada.

—Pues mira, hijo mio,—le dijo;—vete á lo que tienes que hacer y vuelve: que yo no me puedo mover de aquí, que estoy lastimada que ya, que no puedo estarlo más: pero á gusto, porque ha sido por tí. No sabia yo que tenia cuerpo para tanto: aquí me voy á estar quince dias y tú conmigo, que yo le avisaré á mi padre que me he puesto mala y que no me puedo menear; y como la señora Javiera es una señora de respeto, mi padre no tendrá nada que decir.

## II.

Como ven nuestros lectores, aquel abate era Goya, que se habia disfrazado por tercera vez, y como las anteriores, de una manera admirable.

Aseguró á la Cari-blanca que volveria á la noche, se despidió de ella con toda la ternura de que era capaz, y se fué.

La Cari-blanca no se quitó de la puerta hasta que desapareció.

Luego se metió para adentro suspirando y llorosa.

Tenia motivos bastantes para estar loca de enamorada de Goya.

Verdaderamente Goya era un hombre extraordinario.

Habia hecho en veinticuatro horas una campaña inverosímil.

Habia levantado un aire de los buenos y se regodeaba y se sentia orgulloso de sí mismo.

En su vida habia empleado tan bien veinticuatro horas.

## III.

Pero á pesar de todo le dominaba el amor de la Pepa.

No podia olvidarla.

La sombra sola de su Pepa valia más que aquellas tres hermosas mujeres que durante veinticuatro horas le habian entretenido.

Se habia aumentado su harem con tres odaliscas de primer órden.

Pero le faltaba la sultana.

Se moria por ella.

Conocia con asombro que pensaba en la Pepa de una manera muy diferente de como pensaba en las otras.

Las otras le incitaban, le irritaban y la Pepa la daba paz en el alma.

La sentia en las entrañas con una ternura infinita, que era el amor de los amores.

#### IV.

Un impulso irresistible le llevó á casa del padre de la Pepa.

Su disfraz de abate era tan perfecto como lo habian sido los de beata y de gitano.

Entonces se recibia en todas partes á los abates, no tan por todo lo alto como á los frailes, que eran la gran cosa, la crema de la religion, pero sí de una manera que no dejaba nada que desear.

La moda de los abates nos habia venido de la vecina Francia.

Los abates de España eran una imitacion de los de allá.

Un plagio, por decirlo así.

Un abate era un clérigo que procuraba ser lo menos clérigo posible.

Que hacia, en cuanto le era dable, una vida profana, y aún más que profana.

Las damiselas se morian por ellos.

Tener por cortejo á un abate era estar á la moda.

Pero las manolas, que eran lo neto, se quedaban con lo neto.

Esto es, con los frailes.

Especialmente con los franciscanos.

Esto es, con lo más suculento.

De los abates se burlaban, y aún solían darles bromas pesadas.

Véanse algunos sainetes de aquel tiempo, especialmente de don Ramon de la Cruz, que son el reflejo de las costumbres de nuestros abuelos.

## V.

Así es que no hubo dificultades para recibir á Goya casa de Bayeu.

Y no solamente esto, sino que se le recibió en familia.

Se hubiera tenido por una grosería imperdonable el que todos los individuos de la familia de Bayeu no se hubieran presentado.

Se recibió en el estrado al abate.

Habia pasado ya mucho tiempo desde la hora de la comida.

Habia pasado también la de la siesta.

Era por la tarde.

Se aproximaba la hora en que en toda casa donde se vivía como Dios manda se ofrecía á las visitas chocolate.

Le tomaba además, aunque no hubiese visita, la familia.

Nuestros abuelos se trataban mejor que nosotros: comían cinco ó seis veces al día; ó tal vez se trataban peor, porque obligaban al estómago á una digestión perpétua.

## VI.

Desde el momento en que entró Goya, la Pepa se alteró.

Estaba visto.

Los disfraces no le servían á Goya de nada para la Pepa.

Le sacaba por el olor, ó para decirlo más poéticamente, se lo decía el corazón.

O más bien, que Goya no podía disfrazar sus ojos, ni ocultar la emoción que siempre le producía la Pepa y el deleite y la alegría que su sencilla belleza le causaba.

Se habían *compenetrado*, como se dice ahora, sus almas, y no podían desconocerse.

Bayeu, que no era tonto, ni mucho menos, aunque era, sí, honradote y sencillo, y que estaba *escamado*, notó la alteración de Josefa á la vista del abate, y dijo para sí:

—Vamos, aquí le tenemos otra vez.

Miró á Goya y se sonrió como diciéndole:

—No te vale.

—Vamos—dijo Goya—necesariamente me he disfrazado muy mal.

La mujer de Bayeu, que no había caído en la cuenta, dijo reconociendo á Goya:

—¡Calla! ¡pues si es Frasquito! ¿y á qué viene esto?

—Esto viene á que tu hija y tú os vais á ir.

Obedecieron sin chistar las dos señoras.

¿Ni cómo de otro modo?

La autoridad marital y paternal no admitía réplica en aquellos tiempos.

Por más que muchas mujeres, como ahora, *tuvieran los calzones*, por lo menos se sabían cubrir las apariencias.

Se obedecía ostensiblemente al marido.

Sobre todo, delante de las gentes.

La madre y la hija salieron.

Pero de mala gana.

## VII.

—Tú estás dejado de la mano de Dios, Frasquito—  
dijo Bayeu.

—Ni dejado ni tomado—dijo Goya.—Las cosas son como son, vienen como vienen, y hay que hacernos fuertes.

—¡Siempre descreído!—dijo Bayeu:—tú no comprenderás nunca que la mayor parte de las desdichas que sufre el hombre se las debe á sí mismo, á su olvido de los preceptos divinos, procedentes de la eterna sabiduría; al olvido de las leyes, usos y costumbres establecidos por los hombres para vivir en sociedad dentro de los límites de lo justo y de lo honesto. Tú no conoces más Dios ni más ley que tu voluntad, y allá vas perdido por tus antojos, en no sé cuáles desdichas. En fin, si á pesar de todo te caso con la Pepa, es porque no eres malo en el fondo, y yo creo que ella te convertirá.

—Sobre todo porque cree usted que si la Pepa no se casa conmigo se muere.

—Sea como quiera, yo necesito que te corrijas de todo punto. Yo me intereso por tí como si fueras mi hijo y me espanta verte metido en atolladeros como el de ahora hasta el pescuezo. Y todo por tu libertinaje,

por tu malvada conducta, por tu mal genio, por tu locura. ¡Pues te parece á tí decente estar disfrazado como un malhechor, de miedo de que te prendan!

—¡Válgame Dios, y con qué humor de sermonear se ha levantado usted de dormir la siesta!—dijo Goya con impaciencia.—Lo que importa es que yo me oculte en su casa de usted, hasta que pueda salir de Madrid y andarme por esos mundos mientras se arregla mi negocio.

—Tu negocio está ya arreglado—dijo Bayeu;—pero te va á costar un cuadro.

—Aunque me costase diez.

—Pues bien; es necesario avisar al señor alcalde de casa y corte, del que te escapaste esta mañana.

—¡Ya!—dijo Goya:—ese señor, que por ningún dinero del mundo faltaria á su obligacion, por un cuadro es capaz de todo. Pues me alegro mucho. Sale muy barato.

—Pues es necesario avisarle. Vámonos al estudio, y mientras viene, que vendrá al momento, tu prepararás el cuadro: puedes tener hecho mucho; por ejemplo, el fondo y los mónstruos, porque quiere un ángel de la guarda.

—¿Y dónde está el ángel?—dijo Goya—como quien leyendo en un libro de cocina—«tomarás un pavo,»—pregunta:—¿Y dónde está el pavo?

—El ángel, si le tiene, lo traerá él; y si no lo tiene tú lo inventarás. Conque manos á la obra, Frasquito, que los dias son largos y tienes todavía tres horas largas de buena luz.

### VIII.

Goya, ayudado por Bayeu, puso en el caballete un

gran lienzo, tomó una gran paleta, arrimó al lienzo la escalerilla, y empezó á pintar por lo alto.

Empezó por una ráfaga, digámoslo así, de querubines, que allá en lo alto indicaban el principio de la gloria.

Todo allí era luz y calor.

Los querubines salian rápidamente bajo la brocha de Goya, como si se hubiesen filtrado de su pensamiento, á través de sus vértebras cervicales, de su hombro y de su brazo y hubieran ido á fijarse en el lienzo, naciendo por la punta de la brocha.

Y así todo lo demás

La luz descendía, se derramaba de lo alto. Aquello era un soberano dominio sobre el color.

El ambiente se hacía más denso á medida que descendía.

Por último, la parte inferior del cuadro era sombría terrible, fantástica.

Mónstruos informes indeterminados, se adivinaban, esta es la expresion, en el fondo vago, siniestro, impregnado de una fantasía terrible; y bajo el tanteo de un cuerpo humano, que debia ser un retrato que Goya no podia adivinar, se veia en un bravo escorzo, terrible, maligno, feroz, devorado por la rabia, el arcángel de las tinieblas.

Todo esto fué bosquejado en poco más de una hora.

Ya se sabe lo que eran los bosquejos de don Francisco de Goya.

Que lo digan los cuadros del Dos de Mayo, de los Disciplinazos, de las Majas, y tantos y tantos otros.

Bosquejo completo, que hacía innecesaria y áun perjudicial la conclusion.

Bayeu estaba encantado.

Se lo perdonaba todo á Goya en gracia de su genio maravilloso.

El otro cuadro en que la Pepa representaba al Angel de la guarda estaba al lado.

Representaba el mismo pensamiento, y sin embargo en nada se parecia al que, á falta de la figura principal, acababa de improvisar Goya.

Este, mientras venia el alcalde, al que se habia avisado, se ocupaba en determinar unas partes del cuadro, en indeterminar otras, en hacer más enérgico el efecto, más mórbido y más armónico el conjunto.

Era Dios quien pintaba.

#### IX.

Bayeu habia escrito al alcalde la carta que vamos á copiar:

«Señor don Diego de Navascúes y Figueroa: El cuadro que usía tanto deseaba se está ya pintando, y cuando usía venga le encontrará ya terminado en su parte imaginativa. En cuanto al ángel, se pintará por el modelo que usía traiga. Puede ser esta misma tarde con tal de que haya una hora de luz. Beso á usía las manos.»

Esta carta no tenia ni fecha ni firma.

No las necesitaba.

#### X.

Cuando el alcalde recibió esta carta, acababa de llegar de casa de la duquesa.

Esta le habia escrito tambien una hora antes llamándole.

El alcalde se habia apresurado á acudir al llamamiento.

¡Ahí era nada quien le llamaba!

La primera dama en hermosura, discrecion, talento y aventuras de la córte de las Españas.

La indispensable.

La divina.

La poderosa.

La temible.

## XI.

Don Diego se puso su mejor trage, tomó su mejor caña, su mejor espadín, todo lo que tenia más de lujo, se colocó una gran peluca convenientemente ensebada y empolvada, y metiéndose en su carroza, que la tenia, se fué á casa de la duquesa, todo metido en cavilaciones sobre la causa que impulsaba á la duquesa á llamarle.

El no la conocia sino de vista.

Como todo el mundo estaba, cuanto podia estarlo, enamorado de aquella bella señora.

El alcalde no se atrevia á suponer que por un capricho le llamase.

¿Por qué ni cómo?

Sin embargo....

El *sin embargo* puede referirse á todo.

No se trataba de ningun imposible.

El alcalde era más que medianamente feo y áun viejo.

Sin embargo...

Flotando entre todos los *sin embargos* habidos y por haber, iba el alcalde que se ahogaba, porque las mulas que arrastraban su carroza no volaban.

## XII.

Llegó al fin.

Se anunció.

La duquesa se apresuró á recibirle.

Le llevaron á un gabinete riquísimo, enriquecido por preciosidades, y perfumado.

Reclinada en un ancho canapé, peinada en rizos su cabellera, hermosísima, excitada, estaba aquella hada, que habia enloquecido á tantos y que estaba loca por Goya.

Sin dejar al alcalde que la saludase le dijo en cuanto entró:

—¿Cuánto daría usted, señor alcalde, porque yo le diese un beso?

El alcalde dió un respingo.

Se quedó encogido y no supo qué contestar á la duquesa.

Ni habria podido, aunque se le hubiera ocurrido algo.

Se le habia pegado la lengua al paladar.

Le habia acometido un escalofrio.

## XIII.

La duquesa tenia mucho mundo, muchas picardías, mucha confianza en sí misma.

Es decir, en sus fuerzas.

En su extraordinaria potencia para hacer que siempre que ella queria le temblasen á un hombre las piernas y se le enfriase y se le amargase el estómago, y se le alborotase el corazon, y se le inflamase la sangre, y perdiese la cabeza, y se le alterase todo su individuo moral y fisico.

Sabia de cuanta cantidad de lubricidad disponia para dispararla con los ojos; cuánto poder de atraccion habia en el protuberante, mórbido, túrgido, fresco y bello modelado de sus formas que revelaba completamente bajo la bata ligera de una trasparencia terrible, que más que trage era un pretexto para no aparecer completamente desnuda: sabia el efecto endiablado que producía en su garganta y sobre su seno un collar de rubíes, una cascada de fuego, y qué perfume, qué encanto se exhalaban de sus sedosos cabellos, sujetos por un cendal azul bordado de pequeños diamantes dispuesto á la usanza griega. Manejaba todo este arsenal de miradas, de sonrisas, de gracias, de desnudeces, de contrastes, de resplandores, de fragancia, de lubricidad, de carnalidad, de voracidad voluptuosa, de una manera maestra; era, en fin, siempre que lo queria, para los hombres lo que la serpiente para los pájaros y la araña para las moscas, una atraccion y una absorcion; devoraba su víctima en la medida de su deseo, la aniquilaba y la arrojaba sobre la vía, con el recuerdo de un momento de gloria y el sentimiento de una desesperacion sin consuelo.

¿Quién resistía tantos encantos, tanta juventud, tanta alma, tanta tentacion?

Y todo esto sublimado por la alta alcurnia, por la gran riqueza, y por la viveza, la experiencia y las picardías propias de un entendimiento ejercitado en esta clase de lides.

## XIV.

Así es que el alcalde, á la vista de la duquesa, que estaba indolentemente reclinada en una especie de diván, casi tendida, en una posición provocadora, húmedos los ojos de lubricidad, encendidos por un fuego recóndito, se encogió y se dilató instantáneamente, en un brusco é insoportable sacudimiento, y cuando oyó la pregunta, se fué á donde no podemos decir con toda su alma y todo su corazón, y se quedó mudo y hecho una algarroba.

¿Qué justicia hay posible dada una tal perturbación del sentimiento y del entendimiento?

La duquesa vió que con una sola manifestación de sensualismo, que con una sola palabra incitante, había fundido y evaporado toda la seriedad, toda la rudeza, todo el humor de justicia que residían en el ser del tremendo alcalde de casa y corte don Diego de Navascues y Figueroa.

## XV.

—Puede usted frecuentarme—dijo la duquesa—cuanto quiera, en la inteligencia de que nunca me sentiré satisfecha del trato de un hombre que vale tanto y tanto como usted.

—Señora,—dijo el alcalde haciendo un esfuerzo y procurando elaborar saliva para poder hablar:—yo no sé lo que me sucede; pero yo me siento malo, muy malo.

—De esa enfermedad, señor don Diego,—dijo la du-

quesa,—se desfallece, pero no se muere: antes se vive mucho mejor que con salud. Siéntese usted; tenemos que hablar.

—Perdóneme vucencia, señora,—dijo don Diego,—pero yo me voy. Verdaderamente, verdaderamente necesito irme cuanto antes; yo no sé lo que es esto, pero se me van la vista y el estómago.

—¡Ah! ¡mi vinagrillo, mi vinagrillo!—exclamó la duquesa:—yo tambien me siento á veces acometida por esos vahidos: mi vinagrillo y agua con azahar, y eso pasó.

La duquesa llamó.

Acudió una doncella.

Se dió á oler un pomo al alcalde, luego una bebida, y don Diego se confortó.

Se le fué el vértigo de la cabeza, pero le quedó el vértigo del corazon.

No era entonces verdaderamente un juez, ni siquiera un hombre.

Era una mosca devorada por una araña.

## XVI.

—¡Ay, don Diego!—dijo lánguidamente la duquesa con los ojos adormidos y los lábios húmedos, y lánguida como una rosa que se doblega bajo los ardores del sol.—Yo tengo un vehemente deseo, que usted puede satisfacer.

—¿Y de qué, señora, de qué?—dijo el alcalde, que no comprendió bien.

—Quiero ver ahorcar á un hombre.

—¡Ah! ¡oh!—pues eso es muy fácil, señora—dijo el

alcalde:—precisamente entre las manos tengo ocho ó diez.

—Dicen que ese libertino de Goya ha mal herido á un ministro del Señor.

—Es verdad, señora,—dijo el alcalde:—pero ese ministro del Señor andaba á deshora á picos pardos, y disfrazado.

—No importa, no importa,—dijo la duquesa:—el sacerdocio imprime carácter.

—Indudablemente, señora.

—El que pone sus manos en un sacerdote es sacrilego.

—Indudablemente.

—Por consecuencia debe ser ahorcado.

—Eso no está tan claro, porque si no sabia que se trataba de un sacerdote....

—Debió adivinarlo. Sea como quiera, Goya me ha ofendido ofendiendo á un varon de Dios y yo necesito que se le ahorque. Usted tiene en sus manos el proceso: conque á ahorcarle, don Diego, á ahorcarle cuanto antes sea posible, y de mi cuenta corre el agradecimiento.

## XVII.

El alcalde vió entonces completamente claro. Se rehizo y se puso á punto de decir cuatro claridades de las que él acostumbraba á la duquesa: pero no era esto prudente.

La duquesa tenia bastante fuerza para romper su vara y para romperle á él mismo.

Era hombre de mundo.

Sabia hasta dónde alcanzaba el poder de la duquesa.

Y apreciando su verdadera situación, logró reprimirse.

Comprendió que por todos conceptos le convenia estar bien con la duquesa.

## XV.

Después de meditar un instante, dijo:

—Tan obligado estoy á vuecencia, señora, y de una manera tan particularísima, que no digo yo á Goya, al mismo sol ahorcaría yo, si á mi tribunal viniese, por pagar á vuecencia lo que la debo. Y yo juro á vuecencia que como yo pueda atrapar á ese libertino, le ahorco.

—Pues que vuestros alguaciles olfateen bien, que por ahí anda disfrazado, y préndanlo, y apriétesele la mano y ahórquesele, y cuénte para todo conmigo, que yo tendré un placer en ver en las manos de la justicia á un hombre que me es tan aborrecible.

—Descuide vuecencia, que se la servirá,—dijo el alcalde.

—Así lo espero.

—Ahora ruego á vuecencia me dé su venia para retirarme.

—Sí, retírese usted, y manos á la obra, señor don Diego.

—Beso los pies á vuecencia.

—Más alto, don Diego.

Y la duquesa saltó del diván, se agarró al alcalde y le besó en la boca.

Don Diego estuvo á punto de ser atacado de otro soponcio.

¿Qué importaba?



---

## CAPITULO XLV.

**En que se ve lo bueno que resultaba para Goya el  
alcalde.**

### I.

Aún no se habia calmado la tempestad que la duquesa habia causado en el alma de don Diego, aún continuaba la marejada, cuando don Diego recibió la carta de Bayeu.

Esta carta fué en gran parte causa para que don Diego hiciese por arrojar de sí la satánica influencia de la duquesa.

No habian podido dominarle completamente tanta seduccion, tanta experiencia, tanta práctica, tanta maestría, en una palabra.

Pero la idea de que iba á poseer un Angel de la Guarda pintado por Goya, tal como el que habia visto aquella misma mañana en casa de Bayeu, le decidió.

Le puso completamente de parte de Goya.

Se le decia que si tenia un modelo le llevase, y que

procurase que quedase por lo menos hora y media de buena luz.

El alcalde tenia un modelo al que estimaba muy particularmente.

Una maja, viuda de uno de los alguaciles de su ronda, á quien á causa de su mujer, sobre si fué, sobre si no fué, sobre si la quitaron ó no la quitaron, un mocito crudo dió una puñalada de las que no consienten ni la extrema-uncion.

La viuda lo tomó por todo lo alto y juró que ó habia de poder poco ó habian de ahorcar al que tan sola y tan triste la habia dejado en el mundo.

Y toda cólera y suspiros y desesperacion se fué á buscar á don Diego.

Este hizo la causa propia, y el enviudador pagaba todas sus cuentas en la plaza Mayor cinco meses despues de haber reducido á la viudez y al desamparo á la hermosa y jóven maja, tan jóven que apenas si contaba diez y siete años.

En agradecimiento á esta buena obra, y deseando que por ella mirase y la tuviese hecha una señora, la Curra se metió á ama de llaves de don Diego, y gobernó su casa, y cuanto don Diego tenia que gobernar, de tal manera que el severo alcalde decia que desde que la Curra habia entrado en su casa habia entrado en ella la gloria.

Habian pasado los años.

Con el buen trato la Curra se habia puesto más hermosa y se habia hecho una moza de las de alto ahí, y eche usted y mande usted.

En una palabra, daba el *ópio*, como se dice hoy entre cierta clase de gente.

## II.

De tal manera la Curra se habia apoderado de la economía doméstica de don Diego que á no mediar consideraciones de clase, que el buen señor no podia desconocer, con ella se casa.

Pero esto era una cuestion de forma, porque la Curra se daba en la casa no solamente tufos, sino trato de señora.

Tenia las llaves de todo, hasta de la gabeta de don Diego; administraba la casa, trataba con los arrendadores y tenia al pelo á don Diego, satisfecho, gordo y feliz, y rejuvenecido, y restaurado, y fuera del peligro de pensar en casarse.

Y habia quien decia (pero esto eran murmuraciones) que los viajes que la Curra hacia todos los años á su tierra, que era el Puerto de Santa María, no eran puramente de placer, sino que por necesidad y vergüenza se hacian, y que todos ellos duraban lo menos cinco meses, y que aquellos viajes, ó su causa, se le habian montado en la conciencia (que era muy delicado) á don Diego, y que muy secretamente, y habiendo mediado consultas con dos graves paternidades capuchinos del convento de la Paciencia, que estaba donde ahora está la plazuela de Bilbao, don Diego se habia casado solemnemente con la Curra y habia contraido (por supuesto, tambien en secreto) seis obligaciones, á una por año, ántes de que Curra se hubiese metido con él á ama de llaves; y que esto se habia debido no sólo al buen pensar y obrar de don Diego, sino tambien á la supremacía y á los buenos oficios del padre Gonzalez, que áun antes de haberse casado con

el algnacil, ya difunto, la Curra, era el que la arreglaba el alma y la ponía bien con Dios, y la mantenía en los beneficios de la gloria y en las buenas condiciones de la vida.

¡Para que se quejase la Curra de su suerte estando tan bien cuidada, y tan atendida, y tan sobrada de todo, que si su secreto marido la daba tres, el fraile la daba cuatro!

Así iba creciendo la mujer en gordura y hermosura, y hacienda, que era una bendición de Dios, y podía gastar aquellas gargantillas de siete vueltas, que tan bien parecían en su bonita garganta, y aquellos hermosos cintillos y cintas de sedas y encajes, y ser una reina.

Cegaban por ella el alcalde y el fraile, y había quien murmuraba que había un buen mozo y jóven alférez de guardias valonas, que estaba esperando á que se muriese don Diego, que era ya cargado de años, para cargar con ella, y que entretanto, en vez de montar la guardia en Palacio, la montaba en la casa del alcalde, en la que se entraba á la media noche, cuando todo Madrid era sueño y silencio, por el postigo del huerto; y que el perro no le ladraba, ántes bien, le hacía caricias y le lamía y le meneaba la cola, lo que significaba que en sus visitas nocturnas era recibido con amor hasta por el perro.

### III.

Y todo esto pasaba sin ruidos, sin inconvenientes, sin disgustos: al contrario, muy satisfecho todo el mundo de doña Francisca, y muy satisfecha doña Francisca de todos y de sus glorias, y fresca y refulgente y cada día más hermosa.

Y como era muy buena cristiana, y hermana de muchas cofradías, y muy caritativa, la bendición de Dios y el aprecio de los hombres caían sobre ella á raudales.

Si la duquesa hubiese sabido que el alcalde tenía este preservativo contra sus trapacerías, se hubiese valido de otros medios.

Porque hay que advertir que la Curra era más jóven y más hermosa que la duquesa, y se la derramaba la gracia y se la salían por los ojos dos chorros de gloria, y con aquella boquita purpurina y fresca como una cereza mojada, se derretían vencidos los hombres más fieros, y cuando tocaba daba la puntilla, y cuando hablaba el mareo, y cuando cantaba la locura.

Y luego que á trastiendas y trapacerías no la ganaba nadie.

Como que era gitana venida de Granada y con más alma que la *Intermerata*.

En fin, esta era, si no la diosa, la ninfa que manejaba y se comía por el pie y por la mano y por cuantas partes podía ser comido al ilustrísimo señor don Diego de Navascues y Figueroa, y esta la que quería su señoría ver reproducida por Goya bajo la representación del Ángel de la Guarda.

#### IV.

De modo que don Diego mandó á la Curra que se vistiese como un ángel, porque se iba á retratar, y la mandó en coche delante á casa de Bayeu, y luego se fué él detrás en carroza, que nunca iban juntos á ninguna parte, ni áun á la iglesia, el alcalde y su ama de llaves.

Sólo estaban juntos cuando no podía verlos nadie.

## V.

Llegó la Curra á las cuatro y media en punto á casa de Bayeu con una carta que el alcalde le habia dado, y en cuanto Goya la vió se le alargaron las quijadas, que Goya era incorregible; y lo mismo le sucedió al ama, que en cuanto la gustaba un hombre ya estaba el guiño del ojo izquierdo, lo que queria decir, traducido literalmente: *cuando usted guste, que ya se le recibirá á usted bien.*

Al verse los dos se pusieron en jurisdiccion, y ella se puso á la muerte, quedando todo convenido con dos miradas, un guiño y una sonrisa.

## VI.

Toda esta muda é instantánea inteligencia tuvo lugar sin que se apercibiera de ello Bayeu, que estaba distraido.

Goya puso manos á la obra, y en un dos por tres la *vera estygie* de la Curra apareció en el lienzo sin perder nada de su expresion ni de su gracia.

Cuando el alcalde llegó ya estaba la cabeza concluida y metido en color todo lo demás, de manera que se veia ya el efecto del cuadro.

El alcalde, al contemplar aquella obra maravillosa, se volvió loco.

Extremó sus elogios á Goya, admiró tanto como el cuadro el mérito de su disfraz, y dijo para sí:

—¡Para que prenda yo á un tan grande hombre, aunque se coma crudos cuatro querubines! A bien que yo no puedo ahorcarle si no le prendo, y yo no le prenderé!

## VII.

Goya dijo que estaba cansado, y que para acabar el cuadro fuera la señora por la mañana, que habria mejor luz; y con esto el alcalde despidió á la Curra.

Pero ésta, ántes de irse, arrimándose á Goya como para ver el cuadro, le dijo aprovechando un momento en que se entretenian en conversacion el alcalde y Bayeu:

—Si el señor abate fuera esta noche á la bóveda de San Ginés haríamos juntos los ejercicios.

—¡Pues para que yo no haga esto por mi alma!—dijo Goya;—allá iré.

Despues de esto la Curra lo saludó con mucha gracia y se fué.



---

## CAPITULO XLVI.

**En que se ve que Goya ni se enmendaba ni se arrepentía.**

### I.

Apenas se quedaron solos el alcalde dijo dirigiéndose á Goya:

—Pues, amigo mio, es necesario que vea usted lo que hace porque tiene usted grandes y poderosos enemigos.

Y le refirió lo que le habia sucedido con la duquesa.

Bayeu se alteró.

Goya se alegró.

Le interesaba la duquesa, la queria, tenia orgullo por ello y le gustaba que la duquesa quisiese ahorcarle.

Sabia bien que la cosa no llegaria á tanto; pero no queria verse preso, aunque tenia la seguridad de que la duquesa le sacaria de la prision en sus brazos.

Pero la duquesa le querria más, se volveria más loca

por él, si á pesar de todo su poder él se la escapara, la desesperaba, la ofendia, la injuriaba y hacia lo que queria, sin que ella pudiese hacer otra cosa que enamorarse más y más de un hombre que la venia tan grande.

Goya tenia todos los triunfos en la mano, y la duquesa se habia descubierto, habia mostrado el lado flaco.

Estaba furiosa.

Queria exterminio.

## II.

—Pues señor mio,—dijo el alcalde,—yo, sin faltar á la justicia, puedo amparar á usted, porque bien pensado, en conciencia, y habiendo oido á los dos heridos presos, el Agonizante es un mal hombre, un sacerdote indigno, ó más bien, un hombre indigno del sacerdocio: que por impurezas, por torpezas, por vicios incomprensibles en un hombre de su carácter, se puso en frente del tío Juan Lopez, que es un animal, y que habiendo venido á las manos y sobreviniendo usted, sin irle ni venirle, y solamente porque el Agonizante no rematará á un hombre á quien tenia rendido á sus pies, defendiéndole, malhirió usted al Agonizante. Y en esto cumplió usted con su obligacion: porque si hemos de amar al prógimo como á nosotros mismos, defenderle como á nosotros mismos, debemos, y yo le considero á usted en el caso de legítima defensa, que excluye toda responsabilidad, de modo que en obteniendo yo una prueba, que la obtendré, absolveré á usted libremente de la instancia, en justicia, como

debo y es mi obligacion, á la que nunca he faltado; pero tambien es cierto que en tanto la prueba no se hace, y por lo que pueda resultar del proceso, yo tengo la obligacion de echarle á usted mano y tenerle á usted preso: y como en mi conciencia tengo que usted no ha cometido delito, sino que usted ha cumplido con su obligacion, no quiero prenderle; y si sólo en mi consistiese, yo diria á usted:—Guárdese usted; no ande usted por donde le vean mientras el proceso se instruya, que yo, aunque sepa donde pueda prenderle, no le prenderé; pero no consiste en mí; que esa señora está muy irritada, y sobre usted se va espada en mano, y tiene mucho influjo. Y lo mejor que usted puede hacer es poner tierra de por medio, yo se lo aconsejo, y hacer entretanto, por los medios que usted tenga, que esa señora se desenoje; y todo ello será cosa de un par de meses, que es el tiempo que yo creo necesario para poder, teniendo las pruebas necesarias, sobreseer respecto á usted en el proceso. Y no digo más, que ya he dicho bastante: y mañana volverá esa señora á fin de que se termine el cuadro, y traerá el precio en que usted estime su obra, que yo no he querido de balde, ni que pueda decirse que no por servir á la justicia, sino sólo por interés he procurado favorecer yo á usted.

—Pues diga el señor Bayeu lo que mi cuadro vale—dijo Goya.

—¡Frasquito! ¡qué dices!—exclamó escandalizado Bayeu.

—Yo no hago la injuria al señor alcalde—dijo Goya—de querer que reciba un regalo mio cuando con tanta justicia me trata, y para mi es tan bueno; que esto no fuera digno ni de él ni de mí. Y además que yo no tomo precio alguno, sino que se llevará á la casa

de niños expósitos, por si alguna vez va allí alguno mio.

—Siempre has de ser tu procaz,—dijo Bayeu;—pero, en fin, ya procuraremos sacar algo para alimentar á los inocentes que no tienen padres. Y ya que tan noble se muestra el señor alcalde y tan justiciero, yo tasaré ese cuadro en justicia.

Y luego volviéndose al cuadro añadió:

—Señor alcalde, ahí hay mucho más de lo que puede hacer un hombre, porque ahí hay vida, y la vida sólo puede darla Dios: las obras de Dios son inapreciables: por lo tanto no voy á decir á usted lo que ese cuadro vale, sino lo que estimo que por él debe pagarse, que ha de ser algo más de lo que se pagaría por la pintura más apreciada. Yo creo que mil ducados son lo bastante para que se demuestre la estimacion en que usía tiene ese lienzo.

—Pues sean mil y quinientos—dijo el alcalde, y tanto más cuando por la generosidad de don Francisco de Goya, ese dinero se destina á los pobres huérfanos de la Inclusa. Y yo digo á usted, don Francisco, que si me mandan prenderle, dejo mi vara y no le prendo, y que sea la voluntad de Dios. Pero repito que deje usted á Madrid cuanto antes, porque yo no puedo defenderle de tan grande enemiga como tiene usted en la duquesa.

Y con esto el alcalde se despidió muy complacido y muy afectuoso, y muy contento, y se fué.

### III.

—Ya lo oyes, Frasquito,—dijo Bayeu:—cuanto an-

tes fuera de Madrid, hijo mio: tú no tienes dinero, porque todo lo despilfarras; pero yo te lo daré. Vete: yo te perdono, porque al fin veo claro, aunque se queda para mí tambien lo de que tú estuvieras á las doce de la noche en la calle de Calatrava. Pero al cabo tú te corregirás, yo lo espero, y merecerás que pueda darte á mi hija por mujer.

—Al buey por el asta y al hombre por la palabra: yo me corregiré: yo adoro á la Pepa: yo lo dejaré todo por ella.

—Dios lo haga.

—Pero palabra empeñada, padre.

—Empeñada.

—Cuando mi asunto quede arreglado me caso con ella.

—Convenido.

—Pues entonces me voy: ni usted ni ella me volverán á ver sino cuando hayamos de ir delante del altar.

—Pero, cabeza de chorlito, ¿no has de venir á concluir el cuadro?

—Si el cuadro está concluido: tocarle seria echarlo á perder.

—Tambien es verdad. Pero vendrá esa mujer.

—Que venga: la dice usted lo que yo he dicho, y que diga al alcalde que yo he concluido. Y quede usted con Dios, que ya es cerca del oscurecer y quiero ir á San Ginés á la bóveda á hacer penitencia en los ejercicios para que Dios me ayude.

—Bien pensado, hijo mio, bien pensado; sin el amparo de Dios el hombre no es nada. Anda, hijo, anda, y ponte bien con Dios.

—¡Vaya si me pondré, padre! yo le aseguro á usted que Dios ha de quedar satisfecho.

---

Y Goya salió de prisa.

No quería hacer esperar á la Curra, con la que se había citado, como sabemos, en los ejercicios de San Ginés.

~~~~~

---

## CAPITULO XLVII.

### De cómo trasteó á la Tirana el señor Pedro Romero.

#### I.

Sabemos que el señor Pedro Romero y la Tirana habian quedado citados en la bóveda de San Ginés para que Romero la diese noticias y la devolviese la rica sortija que ella le habia dado para que se entendiese con la Teresona.

Sabemos tambien que el cachetero del señor Pedro Romero habia ido á observar al señor José Delgado.

Que despues habia citado á don Leandro Fernandez de Moratin para que fuese á esperarle en la Fontana de Oro entre cinco y seis de la tarde.

Al señor José Delgado, ó sea Pepe-Hillo, se le habia citado para aquella noche.

El señor Pedro Romero habia advertido á Goya que podia ver aquella tarde al señor Moratin.

Pero esta advertencia habia sido completamente inútil.

Goya habia visto á Moratin cuando habiendo inutilizado, por decirlo así, su disfraz de gitano, habia ido á su casa para disfrazarse de beata.

Le habia hablado y le habia informado de sus asuntos.

Eran grandes amigos.

Moratin quedó en el encargo de interesarse por Goya con Manolo Godoy, que ya privaba que era un contento, y estaba agarrado á unas aldabas tales que lo que él tomaba con empeño, no habia que decir que era difícil, por mucho que lo fuera, sino hacedero hasta más no poder.

## II.

Goya no se habia presentado á Pedro Romero ni con disfraz de beata, ni con su disfraz de abate.

La Tirana tampoco le habia visto con este nuevo disfraz.

Asi es que aunque con ambos se encontró Goya á la puerta de la iglesia de San Ginés, cuando acudió á la cita que habia dado á la Curra en los ejercicios, ninguno de los dos le reconoció.

Pero el señor Pedro Romero extrañó que un abate fuera á la bóveda de San Ginés, porque aquellos eclesiásticos á la moda no eran muy aficionados á disciplinarse.

La Tirana no pensó nada acerca del abate.

Iba hecha un veneno.

En las ventas la habian socorrido y la habian saca-

do del soponcio que la había causado la impía, la injusta y deprimente bofetada de Goya.

Era la primera vez que, no digamos un hombre, nadie la había puesto la mano encima.

Goya tenía el privilegio de poner algo y aún algo en todo el mundo, ya fuesen hombres ó mujeres.

Y cuando él se hacía sentir de alguien, fuese quien fuese, lo hacía de firme.

Dios le había dotado de una energía extraordinaria.

La bofetada había sido buena.

Pero mayor la injuria que por ella había sentido la Tirana.

### III.

Sin embargo, aquella injuria había acrecido en ella el empeño.

O lo que es lo mismo, aunque ella no se lo explicase por el momento, había aumentado incomensurablemente su amor.

Hay naturalezas de tal manera enérgicas que necesitan ser tratadas con una energía terrible.

La Tirana era una de esas extrañas mujeres á quienes era necesario tratar muy duro.

Si Goya la hubiese dejado llamarle canalla, insultarle, sin aplicar inmediatamente el correctivo, la Tirana se habría desencantado y le hubiera mirado con desprecio.

Esto estaba en su carácter.

Ella no lo sabía.

Era la primera vez que se la hacia sentir la prueba.

La prueba respondia.

Se habia accidentado de cólera.

Al volver en sí habia sentido una rabiosa sed de venganza.

Pero al mismo tiempo habia sentido, aunque sin explicárselo por el momento, algo dulcísimo que se agarraba á sus entrañas por Goya.

#### IV.

Cuando, repuesta ya, salió de las ventas y tomó su calesa que la estaba esperando, iba hecha un basilisco.

Toda su vergüenza, todo su despecho, toda su ira se habian agolpado en el lugar donde habia recibido la bofetada.

Es decir, en la megilla izquierda.

El golpe la habia llegado hasta el ojo y sentia en él un dolor fastidioso que la avivaba el sentimiento de la humillacion.

La Tirana no sabia qué hacerse, por dónde tomar ni á dónde ir.

Estaba como un toro al que han puesto banderillas de fuego.

#### V.

—A cualquier parte—dijo al calesero, ó más bien, al mayoral, cuando entró en el coche.

—¿Y dónde es cualquier parte, señora?—contestó el tío Dientes.

—Cualquier parte es cualquier parte—dijo de muy mal talante la Rosarito:—á donde te dé la gana.

—¡Pues á donde quieran las mulas!—dijo el tío Dientes.—¡Arre!

Y las mulas empezaron á marchar al paso, á su gusto, hácia Madrid.

## VI.

A medida que pasaba el tiempo se fué dando cuenta de lo que sentía la Tirana.

Averiguó en primer lugar que tenía unos celos horribles.

Acababa de nacer en su corazón un ódio á muerte hácia la duquesa.

En cuanto á la Cari-blanca, se propuso cogerla otra vez, y no ya azotarla, sino desollarla viva.

Sobrevino la reflexion.

Comprendió que aunque Goya la hubiese dado celos, ella por los celos que había recibido, con no sabemos qué asombro y qué rabia, había dicho á Goya lo que no se dice á ningún hombre blanco sin que suceda algo.

Había sucedido lo que inevitablemente debía suceder.

Aquello no mediando lo cual habría determinado un soberano desprecio de la Tirana por Goya, porque la hubiese parecido un trapo súcio tirado en medio de la calle.

Ella no lo había podido remediar.

Ella irritada había dicho lo que se la había venido á la boca, y Goya había hecho lo que había debido hacer.

Y esto en el momento, sin vacilacion.

La bofetada se habia dado por sí misma y de firme.

No hay nada como reflexionar para cambiar de estado de ánimo.

La Tirana acabó por convencerse á sí misma de que si bien Goya la habia puesto en el resbaladero, ella habia resbalado más de lo justo.

En fin, que todo estaba bien, perfectamente, y que sólo habia motivo para querer más y más á Goya.

Para volverse loca por él.

## VII.

Así son las mujeres del género de la Rosarito Fernandez.

A cortijo hundido, y tieso con duro y duro con tieso.

En una palabra, de buen *trapio*, de cabeza y de *sentio*.

Buenas mozas que no toman una vara sin recargar y dan un revolcon que deja al diestro loco, y que le empeña y le obliga á tomar la revancha, ya sea por lo bueno ó por lo malo, ya por lo dulce ó por lo amargo.

## VIII.

Se habia despertado en Rosarito no sabemos qué cosa que hasta entonces habia dormido en el fondo de su alma, sin que ella de ella se hubiese apercebido.

Empezaba la historia.

Una historia de quince mil y más demonios.

Una historia con la cual hay bastante para hacer un gran libro.

Por ahora nosotros no nos ocuparemos más que de los amoríos de la Tirana con Goya.

Otro día será otra cosa.

La Tirana merece ser tratada aparte.

Un día escribiremos un libro consagrado á la novela de su vida.

## IX.

El día estaba fresco, y el aire húmedo que volaba libremente por el campo, modificó á Rosarito.

La sirvió de atemperante.

Tenia hambre de volver á ver á Goya.

De pedirle perdon.

De declarársele completamente su esclava.

No podia darse un amor más rendido, ni en menos tiempo llegado á un tal delirio.

La Tirana mandó al tío Dientes la llevase á la posada del Cármen.

Necesitaba ver al señor Pedro Romero para que la dijese dónde estaba Goya y la procurase los medios de encontrarle.

Porque era seguro que el señor Pedro Romero sabia dónde y cómo podia encontrarse á Goya.

Pero no encontró al buen torero.

Estaba de levante yendo de acá para allá, en servicio de Goya.

Visitando gentes.

Excitando influencias.

## X.

Principalmente habia logrado verse con Pepe-Hillo.

Se lo habia encontrado bien á tiempo á la puerta de la botillería de la Canosa, de aquella célebre botillería de que nos hablan los viejos madrileños que eran ya mozalvetes cuando terminó el siglo pasado.

Estos viejos son una preciosa gacetilla del antiguo Madrid.

Oyéndolos se pueden escribir cosas muy buenas, muy nuevas de puro viejas y olvidadas, y muy curiosas.

El viejo Madrid necesita un libro escrito á conciencia, ilustrado á conciencia.

Pudiera ser un libro muy notable.

## XI.

Una leve sombra pasó por el entrecejo de Pepe-Hillo al ver á Pedro Romero, ó á don Pedro, como le llamaban ya algunos de sus apologistas.

En cambio, sus enemigos (¿qué hombre célebre no los tiene) hablaban de él pestes; decian que era hipócrita y avaro, sobre presumido y despreciador de todo, y llegaban hasta suponer en él vicios infames.

Censurábanle su trasteo, con la eterna monserga de lo de *capote de campo* y *vaquero* y *bruto*; y á propósito de esto decian que si tenia tal facilidad para matar los toros, no lo debia ni á la inteligencia ni al arte, sino á que era más bruto que ellos y tenia suerte; y que aque

llo no era torear ni Cristo que lo fundó, sino cualquier cosa ruda, buena cuando más para deleitar á los de Ronda, que eran todos unos animales como los Romeiros; y que donde estaba la escuela de Sevilla sublimada por Costillares, que se callase todo el mundo y se echase boca abajo: que no habia comparacion posible sin barbaridad entre Pepe-Hillo y Pedro Romero, y que si se sacaba á cuento que Pedro Romero despachaba casi siempre los toros que cogian á Pepe-Hillo; cabalmente aquí estaba el mérito, porque Pepe-Hillo bregaba con los toros con lealtad y como lo mandaba el arte, y se ceñia, y al cargar la suerte era un dios que no habia más que ver, y él ó el toro: que si habia sido cogido muchas veces, era que toreaba de veras, y donde las dan las toman: pero que habia matado limpiamente cien veces más toros que los que le habian cogido, y que con él se veia y se sabia lo que era un toro y lo que era un torero, y que con Pedro Romero no se veia más que un continuo asesinato, muleta de castigo, dura y sin gracia, y *liar* de repente y allá va eso, y nada, y dejar á todo el mundo á media miel, y robarle al público el dinero con fullerías, por lo cual debian haberle echado á galeras.

Lo mismo que los partidarios de Pepe-Hillo ponian á Pedro Romero que no habia por donde cogerle, los de Pedro Romero ponian á Pepe-Hillo que era una lástima: que si conocia los toros, que si no los conocia; que no se comprendia para qué usaba de la muleta, cuando de tan poco le servia; que era cobarde y lo disimulaba de soberbio, y se iba de miedo al toro imprudentemente y á ciegas; que á todos los toros los trastebaba de la misma manera, como si no hubiera habido más que un toro en todo el mundo; y que si no se *achicaba* con las cogidas, no era que no se achicaba,

sino que miraba más por la vanidad que por la vida, y que como siempre que se arrimaba á los cuernos le daba asco y se le descomponia el estómago y los ojos le hacian relampaguzas, mataba por casualidad, y tenia siempre á la gente en vilo y asustada; que ir á los toros cuando él toreaba no era ir á divertirse, sino á padecer, temiendo á cada momento verle hecho pedazos por la fiera; y en fin, que no valia media oblea partida por la mitad, y que ya verian un dia, el menos pensado, lo que le sucedia á Pepe-Hillo y cómo de una manera estúpida se quedaba en las astas.

## XII.

¿Y cuándo no ha sucedido lo mismo? ¿qué celebridad ha habido que no haya sido envidiada y calumniada y protestada, ni cuándo ha habido una justa medida en los elogios ó en las censuras, ó cuándo (tratándose de los impresionables españoles) no se ha negado todo ó no se ha concedido todo?

Pedro Romero y Pepe-Hillo no eran ni el dios ni el trapo que decian sus encomiadores ó sus detractores.

Es verdad que la ventaja estaba visiblemente de parte de Pedro Romero.

Esto no quiere decir que no fuera un gran torero, y sobre todo un gran corazon Pepe-Hillo.

## XIII.

Los dos diestros se trataban bien, con dignidad y respeto: naturalmente por parte de Pedro Romero, que estimaba grandemente á Pepe-Hillo, y por parte de

éste con la dignidad que debe tener y tiene todo hombre de buena crianza y que vale.

Pero habia en Pepe-Hillo, debajo de la ceniza, rescoldo para Pedro Romero.

No le queria ni se hallaba á gusto cuando estaba á su lado.

Por eso cuando de repente se lo encontró manos á boca en la puerta de la botillería de la Canosa, pasó por su entrecejo una levísima sombra, lo que no le impidió estrechar cordialísimamente la mano á Pedro Romero.

#### XIV.

—Pues allá iba á su posada de usted, compañero—dijo Pepe-Hillo,—porque he sabido que usted me buscaba.

—De veras que sí—dijo Pedro Romero,—porque se trata de una cosa grave en que me puede usted servir y servirse á sí mismo. Y vamos á meternos aquí y nos beberemos una botella de Jerez y nos tragaremos unas rajillas de embuchado, y entretanto hablaremos del asunto.

—Pues vamos adentro, compañero,—dijo Pepe-Hillo,—y ya puede usted estar contando con que se le servirá.

#### XV.

Se alborotaron los mozos de la Canosa al ver juntas aquellas dos eminencias, y hay quien dice que á poco no se pone una lápida en la puerta para que constase que la casa habia tenido el alto honor de recibir y

ver juntos á los ilustres Pepe-Hillo y Pedro Romero.

Se les sirvió con el mismo respeto y la misma satisfacción que si se hubiese tratado de dos reyes, y se les puso la mesa mucho más allá que si hubieran sido hombres vulgares, en lo cual se les distinguía y se les honraba.

## XVI.

—Usted, compañero,—dijo Pedro Romero—se ha escriturado para torear tres corridas en Sevilla.

—Es verdad; tres corridas para el hospital de la Caridad—dijo Pepe-Hillo con satisfacción:—y á buen precio: cuatro mil reales cada una.

—Pues no es mucho, porque al fin la incomodidad... Pero vamos al caso: yo tengo empeño en que se lleve usted en su cuadrilla un nuevo espada que yo conozco, y que no lo hace del todo mal: como que es hombre de muchos alientos, que no conoce el miedo y que se desvive por un cuerno.

—¿Y ha toreado?

—De aficion.

—¿Y qué tal?

—Hombre, no digamos que digamos, pero cumple con su obligacion.

—El caso es, compañero, que ya está echada la cuenta de lo que han de costar las corridas, y para pagarle a ese sujeto será menester que yo lo desembolse de lo mio.

—Ni un maravedí, compañero, que ese sujeto llevará lo muy bastante para mantenerse bien, como corresponde á su clase. Como que ese sujeto es mucha persona.

—¿Y le conozco yo?

—Cuando le digo á usted que va usted á tener un gran gusto en servirle... Como que es uno de los que más admiran á usted. Vamos á ver si usted acierta. En la última becerrada, que usted dirigió en la plaza de la Alameda para darle gusto á la señora duquesa de Osuna, su madrina de usted, él despachó muy bien y con mucha gracia un torete que ya galleaba y se subía á mayores.

—Vamos—dijo Pepe-Hillo, que se avisgó:—¡Frasquito Goya!

Con tal confianza trataba Pepe-Hillo á don Francisco de Goya.

—El mismo—contestó Romero.

—¿Y por qué—añadió—si quiere ser media espada en Sevilla conmigo no me lo ha dicho?

—Hombre, porque no ha podido; porque sin comerlo ni beberlo, á mí me lo han echado rodado, y el hombre anda á salto de mata y disfrazado para que no lo prendan. Necesita salir de Madrid, y como yo no puedo moverme de aquí ni en tres semanas, y urge que don Francisco se ponga cuanto antes *fuera de cacho*, y usted se va mañana, vea usted ahí.

—¿Pues qué se ha comido Frasquito para que lo busquen?

—Pues qué, compañero, ¿usted no ha llegado á saber?...

—Yo no sé nada.

—¿No sabe usted que el tío Juan Lopez, mi picador, por una pendencia con un agonizante está herido y preso en el hospital General?

—Sí que lo sé: por la Miraflores.

—O por el diablo. El tío Juan Lopez es lo más *desprobao* que se puede ser.

—¿Y qué tiene que ver eso, compañero, con Frasquito Goya?

—Que está complicado en una pendencia, yo no sé por qué, que no me he enterado bien, por causa de mujeres, que tambien don Francisco es de los que por ellas no miran donde se meten ni lo que se hacen. En fin, que á él le echan la estocada que tiene al agonizante si se va si se viene, y le buscan para prenderle, y si le prenden no lo pasa bien, que hay un lio de mil diablos.

—Pues nada, nada—dijo Pepe-Hillo,—no hay más que hablar. Conmigo se viene, que yo le amparo; y mire usted, para que por aquí se arregle la cosa mejor, ahora mismo le voy yo á hablar á la duquesa mi madrina.

—No estará de más, compañero, que muchos amenes al cielo llegan; y mucho será que cuatro señoras y cuatro señores que ya están hablados, y otros á quienes se les hablará, no lo saquen en palmas. Pero por lo que pueda suceder, lo mejor es que se quite de en medio.

—Pero es necesario que Frasquito se disfrace de modo que no le conozcan.

—¡Conocerle cuando él se disfraza! ¡Quite usted allá, compañero, que cuando yo le lleve esta noche á su casa de usted, por mucho que usted afile los ojos y el olfato no le va usted á conocer!

## XVII.

Los dos diestros continuaron hablando algun tiempo más para ponerse de acuerdo en los detalles, y se fueron, cuando terminaron, cada uno por su lado, para ir á servir á Goya.

Así es que Rosarito no había encontrado en su posada al señor Pedro Romero, y hubo de volverse disgustada á su casa y esperar á la noche para acudir á la cita que tenía con Pedro Romero en los ejercicios de San Ginés.

## XVIII.

Al fin había llegado la hora y la Rosarito había ido á la bóveda de San Ginés.

Como hemos visto, Goya no había sido reconocido por ella.

Pedro Romero se separó de él encargándole que fuese aquella noche á buscarle para llevarle á la posada de Pepe-Hillo.

Después de esto, Pedro Romero se acercó á la Tirana y se fué con ella de San Ginés.

## XIX.

Era ya de noche.

Andaba poca gente por la calle, porque Madrid no era ni con mucho tan populoso como ahora.

Al oscurecer se cerraban las tiendas, excepto alguna que otra de comestibles, y las gentes se metían en sus casas ó se iban á las tertulias ó á los conventos, donde, como en San Ginés, había ejercicios.

Los faroles del alumbrado público se empezaban á apagar á las ánimas y no quedaba encendido ninguno á las diez.

Era, en fin, completamente otra cosa, no sabemos si mejor ó peor.

## XX.

La Tirana se fué con Pedro Romero por las calles casi lóbregas y casi desiertas.

Le imponía un cierto respeto el torero.

Era Pedro Romero muy grave y no sabía la Tirana cómo decirle que estaba sufriendo porque no veía á Goya y necesitaba verle.

Pedro Romero no le había dicho nada.

Se había reducido completamente, después de un cortés saludo, á devolverle la sortija que le había dado la noche antes para que le sirviese de señal con la Teresona, y en la cual había un diamante que valía muchos doblones.

## XXI.

—De veras—dijo la Rosarito buscando el medio de llegar á su objeto—que yo hubiera querido que conservase usted esta sortija en memoria mía.

—Muchas gracias, señora—dijo Pedro Romero;—pero ¿á qué santo?

—Al santo de que es usted muy buena persona, á la que es necesario estimar—dijo la Tirana;—y no así como quiera, sino de una manera especialísima.

—Muchas gracias, señora: usted es muy bondadosa conmigo.

—Usted merece más de lo que yo puedo darle—dijo la Tirana.

Y se atrevió á añadir:

—No olvidaré nunca el inmenso favor que usted me ha hecho.

—Al contrario, señora,—dijo Pedro Romero;—el fa-

vor le he recibido yo, puesto que usted me ha procurado la satisfaccion de servir de algo á mi amigo don Francisco de Goya.

—¿Y qué ha sido de él?—dijo con la voz trémula de ansiedad la Tirana.

—Pues yo creo que está en buen camino—dijo Pedro Romero—porque se separó de mi diciéndome que iba á salir de Madrid y que si no volvía á verme antes de la noche, seria señal de que habia encontrado medio seguro para marcharse, y que ya me escribiría.

## XXII.

Pedro Romero aprovechaba la ocasion de quitarse de encima aquel compromiso y de librar á Goya de la Tirana.

—¿Que se ha ido!—exclamó ésta con un acento indefinible.

—¿Y qué habia de hacer aquí, cuando la justicia anda tras él que bebe los vientos?—dijo Pedro Romero.

—Pero qué, ¿no le ha dicho á usted á donde se iba?

—El mismo no lo sabia—dijo Romero,—ni yo quiero saberlo, ni se lo he preguntado, porque estos asuntos son muy delicados; en fin, don Francisco tiene muy buenos valedores y no hay que temer por él: su negocio se arreglará, y si no puede arreglarse se marchará de España.

## XXIII.

Al oir esto, la Tirana se habia ido templando, se habia ido conteniendo.

Pero al fin exclamó:

—El es un traidor, que me abandona, y usted le ayuda á que se burle de mí: usted quiere que yo pierda la pista.

—Esas son palabras mayores, señora,—dijo Pedro Romero sin perder su aplomo, y siempre dentro de la más galante cortesanía;—yo no entro ni salgo en este negocio para nada; sólo sé que don Francisco necesitaba escapar de la justicia, y que le he ayudado como he podido; se ha despedido de mi para ponerse en otras manos que puedan valerle más que las mias, y nada me ha dicho ni nada le he preguntado.

—Bueno, bien,—dijo la Tirana despechada, viendo en la firmeza con que hablaba Romero que no podía recabar nada de él: pero yo estoy comprometida, muy comprometida, y yo le juro á usted que esto no se ha de quedar así: dígaselo usted para que lo sepa: que no crea que á mí se me burla así como á una cualquiera: que soy yo mucha persona, mucha... Pero, en fin, lo verá él, y lo verá todo el mundo. ¡Pues vamos! ¡sangre de... Dios me perdone que iba á decir un disparate! ¡A mí con esas! ¡pues saben ustedes quién es doña Rosario Fernandez! ¡en fin, eso ya se verá! ¡Quede usted con Dios, y muchas gracias!

—Yo, señora, no puedo consentir que se vaya usted sola á estas horas, que la noche es muy lóbrega...

—A mi no me hace falta ni usted ni nadie para nada—dijo en el colmo de la irritacion la Rosarito.—¡Quede usted con Dios!

—Pues vaya usted con Dios, señora,—dijo Pedro Romero:—y siento mucho que la haya usted tomado en tal manera conmigo.

La Rosarito no le contestó.

Habia tomado de una manera rápida por la calle de Carretas.

## XXIV.

—Anda con Dios y que la Magdalena te guie,—dijo Pedro Romero;—pero bien mirado don Francisco está dejado de la mano de Dios.

Y torciendo á la izquierda, tomó por la calle del Cármen y se entró en su posada.

\*\*\*\*\*

---

## CAPITULO XLVIII.

En que se vé cómo Goya salió de Madrid.

### I.

Entretanto Goya y la Curra habian salido de la bóveda de San Ginés.

—Venga usted conmigo y á prisita—dijo la Curra, que tenemos mucho que hablar, buen mozo.

—¿Y á dónde vamos, reina mía?—dijo Goya.

—¿Pues y á dónde hemos de ir, rey mio,—sino á mi casa?

—Y dígame usted, cariño—dijo Goya,—¿y si va á buscarle á usted á su casa el alcalde?

—No tiene que buscarme, porque mi casa es la casa del alcalde: como que soy su ama de llaves. Vamos, usted no está en antecedentes.

—Como que no hemos podido hablar todavía, hermosa.

—¿Conque le parezco á usted hermosa, muy hermosa? ¡Válgame Dios! ¡Ojalá fuera verdad, y que le gus-

tara yo á usted que se muriese usted por mi, que allá nos iríamos, compañero.

—Pues hágase usted cuenta, prodigio, que si yo le gusto á usted no puedo yo gustarle lo que usted me gusta á mi; que desde que la ví estoy hecho una lástima y no sé lo que me sucede.

—Cállese usted, hombre, que yo estoy que me busco y no me encuentro. Pero dígame usted: ¿por qué está usted disfrazado? porque usted no es abate, ni por soñacion.

—¡Cosas de la vida, cristianita! le he dado una punzadica á un hombre que está si se va si se viene, y su alcalde de usted, que tiene la causa, me anda buscando el bulto.

—¡Ay qué gracia!—dijo la Curra:— ¡pues me alegro! Descuide usted, que mi amo no le prenderá. ¿Y dónde va usted á estar más seguro que en su casa? Y bien guardado, y con cariño. ¿Y usted quién es?

Goya, que veia que la Curra estaba *chalada* por él, le dijo su nombre.

—¡Calla! ¡usted es ese pintor que tiene tanta fama! Pues ya lo creo; así me ha pintado usted á mí que parezco un ángel.

—Si los ángeles fuesen como usted—dijo Goya—me iba yo al yermo á hacer penitencia para ganar la gloria.

—Pues si yo soy de gloria para usted—dijo la Curra—atráquese usted de gloria, hombre, y venga gloria de ahí, y que se mueran de envidia los ángeles. Digo, me parece á mí que vamos á ser muy buenos compañeros.

—¿Y si me coge su amo de usted y me ahorca?—dijo Goya.

—¡Ahorcar! ¡ahorcaban!—dijo la Curra.—Y mire us-

ted: no diga usted que yo tengo amo, porque yo soy más libre que el viento, y no tengo más amo que el que yo quiero; y me parece que ya me ha salido amo para toda la vida. Pero ande usted de prisa, hombre, que en ninguna parte ha de estar usted tan seguro como en la casa del hombre que debe prenderle. Y que estará usted muy poco tiempo, porque yo me iré con usted, y así tendrá don Diego que buscar á dos.

—Cabalmente yo me voy esta noche de Madrid,—dijo Goya:—á la media noche tengo que estar en la posada de cierta persona que me sacará con seguridad de Madrid.

—¡Pues en gracia de Dios que no se puede andar mucho camino desde aquí á la media noche! Lo que es yo no me separo ya de usted: en recogiendo lo mio, que no es ahí un grano de anís, que en dinero y en alhajas tengo más de tres mil doblones, allá nos vamos. Y no hay más que hablar.

## II.

Como se vé, ella no tenia mucho que perder y á él se le presentaba algo que ganar.

Por lo pronto iba á poseer una buena moza de las de ¡olé! que le podía servir á un tiempo de compañía y de arrimo.

Se habian encontrado, como suele decirse, los guardas con los metedores, y todo iba á las mil maravillas.

## III.

La Curra introdujo por un postigo de la casa de su

amo á su nuevo amor y le llevó á su cuarto, donde se encerró con él.

Entretanto el bueno de don Diego de Navascues y Figueroa, encerrado en su despacho, estudiaba las declaraciones con que empezaba el proceso, y rebuscaba el modo de excluir de él á Goya por un *no ha lugar*, ajustado, si no á justicia, á derecho, lo cual no es siempre una misma cosa, ó cuando menos hacer de modo que Goya saliese bien librado.

El buen alcalde estaba muy lejos de creer que su cara esposa secreta abria en secreto y en su misma casa todo lo que tenia de corazon y de alma á aquel mismo hombre en cuyo favor él retorcia los textos legales y buscaba casuismos y argucias.

#### IV.

Pasó el tiempo.

Llegó la media noche, y todo el mundo en la casa del alcalde dormia, á juzgar por el profundo silencio que reinaba en ella.

Entonces se abrió el postigo del jardin y salieron dos bultos.

Eran Goya y la Curra.

Esta se llevaba su dinero y sus alhajas, todo lo que habia podido arrebatar, que no era ciertamente despreciable.

En su cuarto habia dejado cerrada y con sobre para el alcalde la carta siguiente:

«Mi queridísimo Dieguito:

No te incomodes, hijo mio, porque me voy á dar una vuelta por esos mundos de Dios unos cuantos dias. No

puedo pasar por otro punto. Pero esto no quiere decir nada; yo volveré y seré para tí como siempre. A los que te pregunten por mí diles que mi tía la de Córdoba se ha puesto muy malita y me ha mandado llamar, porque no quiere morirse sin verme. No hay necesidad de que nadie se entere de nuestros negocios.

Tu querida esposa que te estima como tú sabes muy bien.

CURRA.»

V.

No puede decirse que Curra no era harto previsora.

Por lo que pudiera sobrevenir, dejaba cubierta la retirada.

Nuestra pareja se fué en buena y dulce compañía á la posada del Cármen.

Goya llevaba bajo el brazo un envoltorio que le habia dado Curra, y que pesaba mucho, á juzgar por la dificultad con que lo llevaba.

En cuanto llamaron se abrió la puerta de la posada.

Estaban prevenidos por Pedro Romero.

Sin embargo, no dejó de extrañarles el ver llegar á aquellas horas á un abate, con una mujer muy hermosa, y vestida de negro de una manera modesta.

—Dígale usted al señor Pedro Romero,—dijo Goya—que aquí están el abate Pisuerga y su hermana.

—Pues el señor Pedro Romero—dijo el mozo—ha

encargado que en el momento que su merced venga le suban á su cuarto: y mire usted en el patio enganchar un coche que el señor Pedro Romero ha mandado poner. Conque suban ustedes conmigo, que el señor Pedro Romero está esperando.

## VI.

Subieron.

A Pedro Romero se le nubló el semblante cuando vió que Goya iba acompañado de una mujer de las circunstancias de Curra.

—Bueno—dijo para sí;—echemos redondamente fuera este asunto. Y por lo demás, ¿qué me importa á mí?

Y no hizo ni una sola observacion á su amigo Goya.

¿Y para qué?

## VII.

Inmediatamente bajaron al patio y entraron en el coche.

Se metió con ellos Pedro Romero, se abrió de par en par el portalon de la posada, arreó el mayoral y el coche salió.

En los portales de la Plaza Mayor, frente á la calle de Toledo, paró el carruaje.

Salieron, se metieron por la calle de Toledo y fueron á San Isidro.

Una vez allí, se metieron en otro coche que estaba esperando.

Pero entraron solos.

El mayoral no vió al señor Pedro Romero.

Este se habia ido á pié á la Cava Baja á la posada de los Huevos, donde con su cuadrilla se aposentaba Pepe-Hillo.

Cuando el coche llegó á la posada ya estaba Pepe-Hillo esperando en la puerta.

### VIII.

En cuanto Goya salió del coche, Pepe-Hillo lo abrazó.

Eran grandes amigos.

Se estimaban como se estiman siempre los hombres de corazon

—Suba usted, suba usted, señor abate—dijo Pepe-Hillo.—Le estábamos á usted esperando con ansia, pero no creíamos que viniese usted en tan buena compañía.

—¿Qué quiere usted, señor José Delgado?—dijo Goya;—esta no ha querido quedarse.

—Y ha hecho bien,—dijo Pepe-Hillo;—y así deben ser las mujeres que saben querer. Sean ustedes bien venidos; y como no hemos de marchar hasta por la mañana, vengan ustedes al cuarto que yo habia mandado preparar para usted, amigo mio. Ya está todo hablado; no hay nada que decir, sino que ya es tarde para estar de visita.

### IX.

Pepe-Hillo llevó á la pareja á un cuarto que estaba inmediato al suyo.

Se despidió de ellos hasta la mañana y se fué.

Goya y la Curra se encerraron.

Como se vé, Pepe-Hillo no era tan escrupuloso como Pedro Romero.

## X.

El mayoral metió en la posada el coche en que habia conducido á Goya y á la Curra.

Le habia ajustado Pepe-Hillo para hacer aceleradamente el viaje á Sevilla.

Para los muchachos de Pepe-Hillo estaba preparada una gran galera.

## XI.

Se pasaron seis horas en una tranquilidad profunda.

Al fin, á eso de las seis, empezó á ponerse en movimiento la gente.

Pepe-Hillo llamó por sí mismo á la puerta del cuarto de sus amigos.

Estos le hicieron esperar.

Como que estaban en siete sueños cuando los llamó Pepe-Hillo.

Este les dijo que se preparasen, porque dentro de dos horas se pondrian en camino.

En efecto, á las ocho de la mañana, despues de haber almorzado bien, entraron en el coche Curra, Goya, Pepe-Hillo y la mujer de éste.

Los de la cuadrilla se metieron en la galera y se empezó el viaje.

---

## CAPITULO XLIX.

**En que se ve que donde quiera que iba Goya sucedia algo extraordinario.**

### I.

Dejemos en paz, ó más bien, en guerra consigo mismas á las cuatro hembras que Goya habia dejado infernadas en Madrid.

Más tarde las encontraremos.

Prescindamos tambien del viaje, que no duró menos de una semana, y que fué alegre, porque la gente lo era, y además de Curra iban algunas otras mujeres más ó ménos legítimas de los toreros.

Se paraba de noche en las posadas de los pueblos ó en las ventas de los caminos, y como llegaban descansados, porque iban en las galeras tendidos en colchones, y Goya y la Curra, y Pepe-Hillo y María Conde, que era su mujer, en seguida que cenaban y alegres por lo bien que se rociaba la cena, se armaba el tango y el canto y el bailoteo á lo flamenco (no sabemos de dónde diablos ha salido el llamar flamencos á los gita-

nos, aunque se nos figura que debe ser desde la guerra de las Comunidades, lo que era igual que llamar gitanos y ladrones á los flamencos, á quienes se aborrecia) hasta muy tarde, despues de lo cual se acostaban para dormir tres ó cuatro horas y ponerse en camino al amanecer.

Bien es verdad que el que no se despachaba bien de noche, continuaba durmiendo en la galera y se hartaba.

Para darse buena vida un torero.

Es verdad que bien lo han menester para compensarse de la briega y del peligro del redondel y de la fatiga de los viajes.

## II.

Aunque todos conocian á Goya, ninguno le conoció durante el viaje ni en el tiempo que estuvieron en Sevilla, como no fueran la Curra, la María Conde y Pepe Hillo.

Iba disfrazado de francés, y hecho un facha: con un exagerado sombrero de tres candiles, más ancho y más acandilado que los otros dos el de delante; una peluca rubia que parecia de lino; una corbata monstruosa; una casaca cuyos faldones le besaban los talones; unos calzones que le hacian buches; unas medias verdes y unos zapatos con hebillas de acero, altos del empeine y de tacones inmensurables.

Llevaba espada con empuñadura abillantada y llena de dengues, dos relojes esmaltados y guarnecidos de diamantes falsos, con diges y un redingot, para por las noches, que todavía eran frescas.

Su cara aparecia rubicunda, y en medio de ella, campeaban unas narices de pico de loro.

Chapurra de una manera insoportable y era imposible reconocerle.

## III.

Los toreros no podían explicarse para qué objeto iba con ellos aquel *monsiú*, pero se morían de risa cuando Goya tocaba, según ellos, la guitarra en francés, y cantaba de una manera que el diablo que le entendiese, una especie de parodia de la *tirana* y de la *soleá*.

El *monsiú* era la piel del diablo, más alegre que unas sonajas, y todos habían pegado la hebra con él.

En fin, había dado muestras de que no se le podía mojar la oreja, porque el picador Anton Prieto el Perulero, que era un gitano más malo que una epidemia, se quiso quedar con él, sobre si le cantó una copla á su moza, si no se la cantó, y la guiñó ó no la guiñó, y si no se meten todos por medio, acuchilla Goya como un señor al Perulero, y aun le hace albóndigas.

Los pusieron al fin en paz, se acabó aquello, y nadie fué osado ya á tentarle la paciencia á *monsiu*.

## IV.

Pero cuando no les quedó nada que sentir á los muchachos de Pepe-Hillo fué al ver que el cartel que se publicó para la corrida del lunes próximo decía que alternaría con Pepe-Hillo, para estoquear tres toros, el caballero francés *monsiu* Abricort, y que, además, rejonearía los toros á la antigua usanza española.

Esto, que emocionó á los muchachos de Pepe-Hillo y de su cuñado Juan Conde, que debia dar seis corridas enteras en Sevilla, excitó en el público, y singularmente entre los aficionados, un grande y vivísimo interés.

Hay que advertir que el espada Juan Conde estaba tambien en el secreto.

Sabia que *Monsiu* era don Francisco de Goya.

## V.

Tenian los dos diestros una completa confianza en Goya.

Era un grande aficionado.

Casi casi un torero.

Sobre todo, sabian que Goya no tenia miedo á las reses.

Allá se iba él al toro, despues de uno ó dos pases, como si el toro no hubiera podido hacerle el menor daño, y le salia generalmente bien; pero sin cuidarse de si la estocada estaba bien señalada, más ó ménos tendida ó atravesada.

En Goya el arte, ya fuese matando, ya toreando, era el desórden.

Pero siempre en el desórden de Goya, ya pintando, ya estoqueando, ya hablase, ya enamorase, resultaba el arte, y un arte grandioso.

## VI.

Al dia siguiente de la llega la de Pepe-Hillo y de Juan Conde con sus cuadrillas, debia tener lugar, y lo tuvo en efecto, una media corrida de toros por la tarde.

El *Monsiu*, como le llamaba todo el mundo, habia hecho el paseo entre Juan Conde y Pepe-Hillo, á la derecha de éste.

No habia cambiado de trage.

Llevaba su disfraz y aparecia con él lo más raro del mundo.

No habia cosa más divertida que ver cómo flotaban los largos faldones de su casaca, cuando corria el toro, sin que le embarazase el espadin que llevaba ceñido ni se le cayese el enorme sombrero de tres candiles.

Bregaba como podian bregar los más diestros y cualquiera de los más vigorosos y ágiles de los muchachos.

Estos se maravillaban de la buena gracia que para torear tenia *Monsiu*, á quien creian un francés al natural, sin sospechar siquiera por un momento fuese un español disfrazado.

## VII.

El ganado que se corria era del más bravo de las Marismas.

Fieras de un admirable trapío, de muchas libras, de mucho poder, de muchos piés y mucha cabeza y sentido.

Habia que tener mucho cuidado con ellas, porque se iban al bulto y se colaban que era una bendicion de Dios.

El tio Prieto, el tio Cascabullo y el Chavosito Ternillas, picadores los tres y sobresaliente el último, parecia como que se habian propuesto medir con su cuerpo la plaza, porque todo era tumbos y caidas, á pesar

de que eran muy brutos, tenían muchos puños y aguantaban cuanto era posible aguantar.

Pero los toros aguantaban más, metían la cabeza, se pegaban, despanzuraban á los caballos, y allá iban esperpento y picador, y gracias si los quites de los diestros libraban al bruto humano de ser hecho gigote como el bruto cuadrúpedo.

Alternando con los diestros, *Monsiu* se iba á los quites, y lo hacia bien.

Sobre todo, con una gran serenidad y una gran bravura.

Al gallear al primer toro, este le cogió de un hachazo el faldon izquierdo de la casaca, y se lo llevó como si lo hubiesen cortado con unas tijeras.

Se quedó Goya hecho la figura más rara del mundo.

Parecia que andaba torcido.

Recogió el faldon, que era enorme, y con el capote se fué al bicho, le hartó de trapo é intentó el salto al trascuerno.

Pero el bicho era muy vivo y se revolvia con mucha lijereza.

Le dió un testarazo, y gracias á que Goya estaba encunado.

Pero sin embargo fué dando traspiés tres varas más allá.

Se vió con asombro que no cayó.

Gracias á un oportuno y comprometidísimo quite de Pepe-Hillo, no pudo rematar bien el toro y cogerle.

Las palmas, las varas, los bastones, los voces saludaron con un estruendo atronador á Goya, que se con-toneaba con un faldon en su sitio y el otro en la mano, y paseaba lleno de prosopopeya la plaza.

La Curra, que con María Conde estaba sobre el toril, reventaba de orgullo y se moría de amor por Goya.

## VIII.

Tocaron á banderillas, y allá fué el primero el *Monsiu*.

Clavó en el morro del bicho en todo lo alto como un ángel tres pares.

Uno al sesgo, otro al encuentro y otro bravísimamente á topa carnero.

Sonaron los timbales y los clarines.

Pepe-Hillo cogió los avíos, se fué á la presidencia, que estaba servida por el señor Asistente, y con mucho rumbo y gracia se fué al bicho, le dió dos al natural y uno de telon, *lió* y despachó á su enemigo de una manera limpia con una soberbia por todo lo alto recibiendo.

El toro cayó á sus piés, y el circo se hundía á aplausos.

—¡Que se lo den! ¡que se lo den! ¡que se lo den!—gritó la multitud.

Hizo seña de acceder el presidente, el alguacil llevó el recado á Pepe-Hillo, y las mulillas arrastraron el cadáver.

## IX.

Hicieron los instrumentos la seña de la salida del segundo toro, sonó el cerrojo, se abrió el toril y se lanzó en la sangrienta arena *Verdugo*, hermoso animal de seis años, retinto, bragado, con más armas que Espa-

ña, más piés que un corzo y más bravo que un leon.

Se le picó, se le corrió, se le banderilleó, todo muy en órden y como Dios manda, y le estoqueó, como él sabia hacerlo, Juan Conde, con tres al natural, un cambio y una en hueso y otra corta, aunque buena, que remató al avanto.

## X.

Salió el tercero, chorreado, botinero y careto en negro, fino, bien armado, de poca cuna, receloso é indeciso, pero atento y al parecer intencionado.

Salió despacio, es decir, asomó la cabeza, y cuando vió tanta gente, y aquellos armatostes que el uno á cierta distancia del otro estaban á la izquierda del toril, se escamó y quiso volverse al encierro; pero el Zanquilargo habia echado el cerrojo y Mosquito habia metido el capotillo, de manera que se le pudo sacar á los tercios, aunque no con mucha voluntad.

Paróse nuestro hombre, quiero decir nuestro toro, examinó el redondel con una atenciou profunda, remosqueó la cola, rehiló las orejas, escarbó como con indolencia, olió el suelo, dejó oír un conato de mugido en el cual se sentia la cólera, y Juan Conde dijo á Pepe-Hillo:

—Ese animalito nos va á dar que hacer: ya lo habia yo visto en el apartado. Es un tunante. Yo no sé porque se lo habrán echado á don Francisco.

En efecto, *Monsiu* con su medio faldon debia matar á aquel buen mozo.

El tio Manuel Gimenez, que era el primer caballero de los de tanda, se desentableró y se largó bravamente á los tercios para buscar al toro; se metió el capoti-

llo por *Menudencias* y el tío Manuel Gimenez se puso en jurisdicción.

Apenas se armó, cuando el toro, sin preparación alguna, se dejó ir, como quien se deja caer, como disparado, le plantó la puya en los rubios Gimenez, aguantó como él sabía hacerlo, intentó despedirle por afuera pero ya era después: el caballo no pudo resistir, le faltaron los pies, dió una voltereta, cayó de espaldas el tío Manuel Gimenez, se quedó al descubierto cuán largo era y sin sentido, y en el momento supremo, soñemne, de recargar el toro, un trapo le tapó los ojos; le cegó, se lo atrajo, lo llevó por la derecha del toril hacia la puerta de caballos, le empapó y le llevó á los medios.

El que había hecho este quite con una gran rapidez, con un gran efecto, con una grande oportunidad había sido *Monsiu*.

Cuando tuvo al toro en los medios le dió dos *galleos* con mucha gracia.

Luego se fué dejando al bicho al cuidado de los chulillos.

—O don Francisco está loco ó no lo entiende—dijo Juan Conde:—ese toro se cuela.

—No es que no lo entiende—dijo Pepe-Hillo;—sino que es temerario.

—¡Vaya! pues entonces ya tiene usted un número dos, compadre,—dijo Juan Conde.

## XI.

Al tío Manuel Gimenez se lo habían llevado sin sentido á la enfermería.

Migas-Crudas, despedido de la albardilla, había tocado á *Sanctus* con la cabeza en el olivo; el tío Patas-

tuertas asomaba la cabeza medio ahogándose por debajo del caballo, y el Gitano y Uñitas salían muy campantes y muy *si señor* y *aquí estamos nosotros*, para que el público no se impacientase por falta de picadores.

## XII.

Aguantó el toro otros seis puyazos de los de *verdá*, dió otros cuatro tumbos de los de *basta y sobra*, y si no suenan timbales y trompetines á banderillas, no sabemos si hubiera habido picadores bastantes en la gran cofradía del toreo para el bichito.

Cogió Goya un par, y á toro parado las colgó al bicho en los rubios, volviéndole loco.

Se volvió al toro, arrancó, le dió un quiebro Goya, metió al mismo tiempo los brazos y le dejó otro par de pendientes.

Se armó de nuevo y á topa carnero aumentó con otro par el número de banderillas con que adornaba la cerviz al bicho.

—Si eso es torear—decía Juan Conde un tanto envidioso—que lo diga mi abuela.

—Pues si eso no es torear que lo diga Dios—exclamó muy satisfecho Pepe-Hillo.

—Ya lo creo, compadre.—dijo Juan Conde;—para usted no hay cosa más grande que las temeridades. Pero ¿qué hay en lo que está haciendo don Francisco que se parezca á nada?

—Pues ahí está, compadre,—dijo Pepe-Hillo:—para matar toros no hace falta más que tener mucho corazon.

—Sin destarar las cornadas—dijo Juan Conde algo amostazado.

## XIII.

Entretanto la plaza se hundia de alboroto por el entusiasmo que habia causado Goya, y entre los aficionados todo era disputas como la que habian tenido en la plaza los dos diestros, y más ó ménos acaloradas.

El Asistente, que sin duda se habia asustado con los atrevimientos de Goya, hizo la señal para la suerte de matar.

Sonó la señal.

Cogió Goya los avíos, se fué al presidente, brindó, tiró el sombrero, y se fué al toro, que se habia ido á la querencia del chiquero, y estaba entablerado en la disposicion y *positura* más malas y más peligrosas del mundo, receloso, armado, en defensa y más aplomado que la Giralda.

Goya se fué gentilmente á él, le tendió la muleta, y cuando todo el mundo creyó que iba á pasarle, arrancaron al mismo tiempo, como si hubieran tenido la misma intencion, torero y toro.

Hubo un momento de confusion.

Goya estaba embrocado; pero instantáneamente cayó á sus pies el toro.

Goya se quedó de pie agitando la muleta, como si hubiese sido una bandera y dando voces de un modo frenético.

Voces que no se oían, dominadas por el vocerío inmenso de la multitud asombrada.

—El Asistente debia llevarle á la cárcel,—dijo Juan Conde:—eso no es torear ni Cristo que lo fundó: eso es andar á puñetazos con los toros, y vamos á ver quien es más bruto.

—Eso va en genios, compadre,—dijo Pepe-Hillo, que, como pecaba de temerario, le gustaban las temeridades.

## XIV.

Entretanto Goya continuaba paseando alrededor de la plaza y recibiendo una salutacion que podia envanecer á cualquiera.

—¡Que le den el toro! ¡que le den el toro!—gritaban.

Pero el Asistente permanecia indiferente á estas manifestaciones.

Como si hubiera estado sordo.

Pensaba sin duda de la misma manera que Juan Conde.

Al fin se vió que el alguacil llamaba á Goya y que le daba un recado.

Pero en vez de irse Goya hacia el toro para cortarle la oreja, se dirigió á la puerta de Alguaciles.

Al mismo tiempo por la del Arrastradero entraban las mulillas para llevarse al toro.

## XV.

Era evidente que no se habia concedido el toro á Goya.

Que no se accedia á lo que el público habia pedido.

Que se le *dejaba feo*.

Y el público es un rey absoluto.

No sufre que nadie, por grande que sea, le contradiga.

Se armó una de las no vistas ni oidas.

De las que no cabian por la barra de San Lúcar.

Un alboroto en una plaza de toros, singularmente si es la de Sevilla, es una de aquellas cosas imposibles de describir.

Por consecuencia, por no molestar á los lectores, renunciamos á ello.

Era una tempestad con su cohorte de relámpagos y truenos.

Se hundia la plaza.

Caian al redondel sillas, sillones, banquetas, cogines, tablas, sombreros, bastones y otros mil y mil objetos.

Las cuadrillas con sus capitanes, es decir, con sus matadores, se habian visto obligadas á abandonar el circo.

Los muleteros habian escapado con las mulas, sin haber podido llegar al toro.

Sólo habian quedado en el redondel seis individuos que no habian podido moverse.

Esto es, el toro y cinco arañas, vulgo caballos, reventadas.

El estruendo llegaba al cielo.

Nadie cedía.

El Asistente se apoyaba en su autoridad, que creia incontrastable.

El público en su soberanía, que juzgaba omnipotente.

Y si no saltaba la gente al redondel era de miedo á la lluvia maciza que sobre él caía.

## XVI.

El Asistente era el ilustrísimo señor don Francisco de Rojas, no menos tremendo que aquel otro asistente don Francisco de Bruna, á quien por sus terribles llamas el *Señor del gran poder*.

No era él persona á quien se le podia armar un escándalo sin que lo castigase de una manera severa.

Mandó que la compañía de infantería que daba la guardia de la plaza entrase á reprimir el tumulto.

## XVII.

Entretanto, y rodeado de alguaciles, y parodiando el prendimiento de Cristo, Goya fué llevado delante del Asistente.

## XVIII.

—¿Qué manera de torear es la que tienen en Francia?—dijo el asistente.

—*Dans mon pays*—dijo Goya en un francés-español, pronunciando como Dios queria—*on ne permet pas un si barbare amusement public.*

Lo traduciremos:

—En mi país no se permite una diversion pública tan bárbara.

El Asistente no entendió ni una sola palabra.

Para él Goya era tan francés por lo menos como Paris.

## XIX.

Se aturdió un poco.

Pero al fin dijo:

—Yo he olvidado el francés en alguna manera, y no estoy muy al corriente. Hábleme usted en castellano.

—*Je ne peux pas absolument* (yo no puedo absolutamente)—respondió Goya.

—¿Comprende usted el castellano?—preguntó aburrido el señor Rojas.

—*Un petit peu* (un poquito)—dijo Goya.

## XX.

Y por la inclinacion de cabeza que acompañó á estas palabras comprendió el Asistente que Goya entendia el español.

—Pues bien, *monsieur*, yo voy á meter á usted en la cárcel.

—*Et ça pour quoi?*—dijo Goya.

Esto lo comprendió perfectamente el Asistente y contestó:

—Porque usted ha engañado al público; porque usted no es torero.

—*Pardon, monsieur*—dijo Goya—*je suis s'il vous plait ainsi torador que le Cid* (Perdon, señor, yo soy, si usted quiere, tan torero como el Cid.)

—Ni eso es correr toros, ni eso es banderillear toros, ni eso es trastear, ni eso es más que la temeridad de un perdido que se va al bicho de cualquier manera y sin mirar el peligro.

—*Ça est-il bien avoir de cœur* (¡eso es tener corazón!) —dijo ya impacientándose Goya y con aire y acento descomedidos.

—¿Cómo se entiende? ¿insolencias, desacato?—dijo el Asistente comprendiendo que Goya se le atreva. ¡A la cárcel!

## XXI.

Pero el Asistente no habia contado con la huésped.

El alboroto se habia convertido en un verdadero motin.

Los alguaciles habian echado mano á algunos de los que más alborotaban y habian pretendido que el verdugo los azotase cumpliendo las ordenanzas.

Pero ¿quién tal dijo?

Los alguaciles fueron aporreados y los presos puestos en libertad.

La compañía de infantería habia sido acometida en las delanteras, en las gradas, en los andamios y la habian desarmado.

## XXII.

La multitud se lanzó al aposento ó palco del Asistente.

Este tuvo miedo y escapó.

Las consecuencias fueron inmediatas.

Cogieron á Mr Abricort, esto es, á Goya, le sacaron en andas de la plaza y le condujeron en triunfo á Triana.

Hé aquí de qué manera los españoles pudieron llevar en triunfo á un francés.

Afortunadamente Goya era español.

---

## CAPITULO L.

### **De cómo llegó al fin el fin y remate por entonces de las aventuras de Goya.**

#### I.

Se armó un jolgorio por todo lo alto.

Triana recibió á Goya, ni más ni ménos que como recibia Roma á sus Césares triunfantes.

Pero Goya estaba inquieto: no las tenia todas consigo.

Sabia, porque la fama de lo terrible del Asistente de Sevilla don Francisco de Rojas habia trascendido, que no podia quedarse así.

Que el pueblo en la plaza de los toros (ya lo hemos dicho nosotros) es incontrastable.

Pero que fuera de la plaza de toros ya es muy distinto.

Todo el mundo teme comprometerss personalmente.

Y más en aquellos tiempos, que por una resistencia «la autoridad y á poco que mediase algo agravante, se podia ir á la horca.

La autoridad del asistente de Sevilla era formidable.

Representaba las cuatro jurisdicciones administrativa, civil, criminal y militar.

Era un autócrata en toda la extension de la frase, si se nos permite decirlo.

## II.

Pepe-Hillo y Juan Ccnde lo habian comprendido así, y fueron humildemente con sus cuadrillas á rendir acatamiento al Asistente.

Este fué un paso prudente.

El señor Rojas los recibió bramando como una tempestad.

Pero mediaba la gran popularidad de Pepe-Hillo, y el cariño y la admiracion que particularmente sentia por él el señor Rojas, que en Sevilla era su padrino, ó lo que es lo mismo, el esposo de su madrina, porque la señora asistenta de Sevilla era tan madrina del célebre torero en Sevilla como lo era en Madrid la señora duquesa de Osuna.

Pepe Hillo afirmó que él habia tenido la mejor voluntad del mundo al sacar á la plaza á monsieur Abri-cort.

Que él le habia conocido en Madrid, porque el *Monsieur* era muy aficionado.

Que le habia visto hacer maravillas en el matadero con las reses más bravas, y con los toros de más poder en las becerradas de Colmenar Viejo.

Que él no sabia quien era el *Monsieur*, pero se le figuraba que era un viajante de comercio, segun le habia oido decir.

En fin, que lo que habia hecho aquella tarde en la

plaza, aunque no hubiese sido como lo mandaban las reglas del toreo, habia sido admirable.

Que á él le constaba que conocia las reglas y que las practicaba y que podia afirmar que era un buen totero.

Que si aquella tarde se habia tomado licencias habia sido porque habia creido que complaceria al público.

En fin, que el público, como se habia visto, habia dicho *amen*, y que cuando el público dice *amen* hay que decir *amen Jesus*.

Por último, y mezclando sus observaciones con grandes adulaciones al Asistente, aunque Pepe-Hillo era soberbio y poco á propósito para adular á nadie, y mediando la señora asistenta, que era una sanluqueña de las de punta y de cabeza y de sentido, se vino á arreglar el negocio, pero con la condicion de que para evitar nuevos alborotos el *Monsiu* no volviese á torear.

Todos se encontraron contentos y listos y Goya entablado con los gitanos, y particularmente con las gitanas de Triana, y atracándose de buñuelos que no habia más que pedir.

### III.

A los ocho dias desapareció el *Mousiu*, se perdió.

Nadie supo lo que habia sido de él.

Pero lo sabian la Curra, la Maria Conde, Pepe-Hillo y Juan Conde, es decir, sus amigos.

Todo consistia en que Goya habia cambiado otra vez su pellejo, como si dijéramos, su disfraz, y se habia convertido en un inglés rubio, arqueólogo, que

viajaba estudiando antigüedades y había ido á Sevilla atraído por sus monumentos árabes, y sobre todo por las ruinas de Itálica.

La razon de esta nueva trasformacion habia sido que por una gitanilla buñolera, con la cual se habia puesto Goya á aprender á hacer buñuelos, se habia sublevado contra él toda la gitanería del barrio de Triana, y la cosa andaba mal.

Por otra parte, la Curra se habia avisgado y habia que temer un desavío.

#### IV.

Mister Tromlong era todo un mozo.

Chapurraba el español, pero lo hacia con mucha gracia.

Se tragaba un cañaveral y se atracaba de bocas de la Isla como un señor.

Cantaba el *ole* y la *soleá* como un *gachó*, meneaba la navaja á lo guapo, bailaba como una peonza, y cuando le guiñaba el ojo á una morena, la tiraba de espaldas.

La Curra estaba ya que no sabia por dónde sacar el pescuezo de celosa y maltratada y mal llevada, y los dineros se la iban que era un contento, ó más bien, una lástima, porque Goya gastaba y gastaba que era un fuego.

En fin, que estaba ya arrepentida de haber dejado á su Dieguito y á su fraile francisco, y á su alfez de guardias valonas y se iba poniendo que berreaba la mujer y no sabia qué hacerse con aquel maldito de Goya, al que queria más cada dia, y por el cual cada dia se ponía en un aprieto, a cachete limpio y á sopapina con las hembras que la mortificaban.

## V.

En fin, Pepe-Hillo recibió la siguiente carta de Pedro Romero:

«Compañero, despues de saludarle y de desearle una salud tan buena como la mia, á Dios gracias, en compañía de su buena esposa, á la que saludo tambien y deseo muchas felicidades, con toda la familia, he de decirle que ahora mismo vengo de casa de don Leandro (este era Moratin), que me ha dicho que don Manuel (este era Godoy) se ha interesado tanto por nuestro loco (este era Goya), y que las dos duquesas y la condesa y la otra loca (estas eran las de Alba, Osuna y Benavente y la Tirana) han trabajado tanto que puede venir cuando quiera.

El alcalde de la causa ha hecho de modo que ni por incidencia aparece nuestro hombre en el proceso. Por otra parte la comunidad de agonizantes ha trabajado tambien, y nada se dice en el proceso del agonizante, que al fin ha escapado y está convaleciente.

Se ha hecho de modo y manera que el tio Juan Lopez, que ya está bueno, y que á lo que parece se casa con la Miraflores, aparece como herido en una riña en defensa propia y legítima, y se ha sobreseido en la causa y le han puesto en libertad. Ha curado tan bien de la herida que el lunes que viene toreará conmigo, y el domingo siguiente se casará con la Miraflores.

El señor Bayeu estuvo ayer aquí y me dió la carta que va adjunta y cerrada para que se la entregase usted á don Francisco. Que se venga cuanto antes, que está haciendo falta, y nada tiene que temer, y con esto

y con mis afectos á su señora esposa y cuñado y demás amigos, se repite de usted afectísimo amigo y compañero

PEDRO ROMERO.»

P. D. Que se venga usted tambien cuanto antes, que yo no toreo á gusto sino cuando toreo con usted, y me parece que no estando usted hace falta una gran cosa.»

—¡Gracias á Dios!—dijo Pepe-Hillo,—que ya hemos jugado la última corrida y podemos irnos; y yo no sabia ya qué hacerme en Sevilla con ese diablo de Frasquito.

Y buscó á Goya, le dió la carta cerrada que para él le habia enviado Pedro Romero, y le leyó la que él acababa de recibir.

## VI.

La carta era de Bayeu, y decia así:

«Mi querido hijo Frasquito: tu negocio está arreglado de todo punto, pero mi casa está desarreglada y de luto, porque la Josefa está cada dia más triste y más pálida, y su madre y yo nos ahogamos porque tememos que le sobrevenga la tisis. Ven, hijo mio, cuanto antes. Ten lástima de nosotros.»

Esta carta no podia ser más tierna ni más conmovedora.

A Goya se le abrieron las entrañas, y le entró una ánsia tal de ver pronto á su Josefa, que dijo á Pepe-Hillo:

—Compadre, quede usted con Dios, que ahora mismo me voy á correr la posta, y en tres dias me planto en Madrid.

—Hombre, no sea usted súbito—dijo Pepe-Hillo—

que allá vamos todos y de prisa; que el lunes que viene he de torear yo, Dios mediante, en el redondel de Madrid con Pedro Romero.

—Pues nos vamos esta noche.

—Bueno, bien, nos iremos esta noche. Pero ¿y la Curra?

—La Curra está deseando tambien volver á Madrid.

—Entonces todos completos.

## VII.

Aquella misma noche, en dos coches y dos galeras aceleradas, se emprendió el viaje, y el siguiente domingo por la mañana entraba nuestra gente en Madrid por la puerta de Toledo.

---

## CAPITULO LI.

**En que termina nuestro relato sobre Goya.**

### I.

Apenas llegaron á la Cava Baja, á la posada de los Huevos, cuando la Curra dijo á Goya:

—Adios, hijo mio: voy á darle una alegría á mi viejo: eso no quita que nos veamos luego.

—Pues por supuesto, mujer,—dijo Goya:—yo tambien me voy á dar otra alegría.

—¡Sabe Dios cuántas alegrías darás tú, hijito mio!

—¡Pues no que tú!

—Mira, chiquillo, la verdad es que nos hemos divertido y hemos rabiado de lo lindo, y ya es hora de volver á meternos en caja. Pero eso no quita. Yo te quiero y te querré siempre.

—Lo mismo digo.

—Pues en paz y contentos.

Y la Curra se fué á consolar á su viejo, que conoció que la habia sentado muy bien el viaje.

## II.

La verdad era que Curra se habia satisfecho de Goya y la tiraban los otros.

En cuanto á Goya, le estaba devorando la impaciencia.

Tenia verdaderamente hambre, y hambre del corazon por ver á la Josefa.

Se fué desalado á casa de Bayeu.

Y se presentó sin disfraz.

Tal cual él era.

## III.

Se llenó la casa de alegría, y de tal manera que la Josefa se desmayó.

Pero volvió de su desmayo completamente dichosa.

Tenia allí á su Frasquito.

Goya comprendió entonces que la Josefa era su destino.

Le escarabajeaban, no digamos que en el alma, pero sí en los sentidos, no sabemos cuantas mujeres.

Sobre todas estas mujeres de que Goya no podia prescindir, á pesar de su vehemente amor á la Josefa, campeaban la duquesa de marras y la Tirana.

En cuanto á la Miraflores, era distinto.

Ella, que sabia mucho, que comprendia que Goya no se casaria con ella, habia arreglado sus negocios, que á causa de Goya estaban muy comprometidos, casándo-

se con el tío Juan Lopez, que habia visto el cielo abierto.

Esto no quitaba que Goya, el tío Juan Lopez y la Miraflores continuasen siendo los mejores amigos del mundo.

La Cari-blanca, que andaba tambien muy cuidadosa, trataba de casarse con un tratante, ó más bien chalan, porque tanto se buscaba los negocios por los cereales como por las bestias.

Hay que advertir que él era una bestia completa y lo más á propósito para ser manejado por la Cari-blanca.

Ella tampoco prescindia de Goya.

¿Y por qué? Una mujer casada puede tener muy bien conocimientos anteriores á su casamiento.

La Curra no habia tenido que convencer á don Diego.

Este habia creído que su cara costilla habia ido pura y simplemente á mudar de aires por motivos de salud.

En cuanto á la Tirana era otra cosa.

Tomaba el cielo con las manos.

Pero ¿qué hacer?

Se acordaba de que Goya tenia el genio muy pronto y muy duro, y para tratar con él era necesario tener paciencia.

Pero se habia puesto frente á frente de la duquesa de Alba.

Más adelante, ya lo hemos dicho, en otro libro, nos ocuparemos largamente de la Tirana.

Por el momento, para nosotros con el casamiento de Goya ha concluido.

## IV.

Este casamiento se hizo con una verdadera solemnidad.

Goya era célebre y por consecuencia estaba muy bien relacionado.

La Josefa le procuró una envidiable luna de miel. Pero esta luna no fué muy larga.

Empezó á menguar.

Goya volvió á ser lo que necesariamente, dado su carácter, debía ser.

Un hombre inquieto, voluntarioso, incapaz de mantenerse en los límites de la prudencia y lanzado á todo sin temor á nada.

La Josefa fué una mártir.

Pero una mártir enamorada, y con su enamoramiento feliz.

Era, en fin, para Goya el ángel del hogar.

Y dígase lo que se quiera, si á alguna mujer amó Goya en el mundo fué á la Josefa.

Y esto se comprende.

Si la Josefa no hubiese ejercido sobre él, sin quererlo, naturalmente, como por una predestinacion, aun influencia mágica, Goya no se hubiera casado con ella.

## V.

Concluamos respecto á Goya.

Con él hemos ocupado la mayor parte de nuestro libro, que de otra manera se hubiese reducido á mucho menores dimensiones.

---

Tratándose de las glorias del toreo, y habiendo toreado Goya no podíamos menos de ocuparnos de él, y con alguna extension.

Y todavía nos queda mucho que decir de don Francisco de Goya.

Lo diremos en el libro en que nos ocupemos de la Tirana.

Las historias de estas dos celebridades están estrechamente enlazadas.

Ahora vamos á continuar con algunos de los toreros muertos.

Con los que más valieron.

Con los más renombrados.

De aquellos de los cuales no se puede prescindir tratándose de las glorias del toreo.

---

## CAPITULO LII.

**Gerónimo José Cándido.**

### I.

Respecto á este torero, como respecto á los demás de que nos ocuparemos, no tenemos datos bastantes para escribir una narracion tan completa como de los sucesos de Goya en el período tal vez más importante de su vida hemos hecho.

Sin embargo, entre éste y Gerónimo José Cándido hay algo de comun en las desgracias que le lanzaron al redondel.

Algunos amigos nuestros, ya de bastante edad para haber podido conocer en sus últimos tiempos á este matador y tratarle, nos han dicho, nos han asegurado que era gitano.

Si lo fué, sus gitanos padres fueron labradores medianamente hacendados en Chiclana.

En esta villa nació el 16 de abril de 1760 un hijo de estos labradores, que se llamaban José Cándido y Mara Hernandez.

Se puso al recién nacido por nombre Gerónimo José.

Su padre fué también torero, pero no pasó de lidiador muy mediano, aunque dicen que como teórico era un sábio.

Toreando hizo una pequeña fortuna y la aumentó con el trabajo.

Gerónimo José se crió bien, sin que á sus padres les pasase ni áun por las mientes hacerle torero.

Quisieron, por el contrario, darle estudios: pero muy niño aún, cuando sólo contaba ocho años, perdió uno tras otro á sus padres, y quedó á cargo de un tutor codicioso, á quien importaba muy poco el porvenir del huérfano.

Se crió éste á su antojo sin que nadie le fuese á la mano.

Se hizo jóven el niño.

Sus exigencias, sus caprichos, que hasta entonces habian sido satisfechos por su tutor, empezaron á hacerse difíciles, porque la hacienda se habia mermando en gran manera, y se habia llegado ya á los apuros.

Fuese por mala administracion, fuese por los costosos caprichos de Cándido, fuese por la rapacidad del tutor ó por todo esto á la vez, cuando nuestro jóven llegó á sus diez y siete años se encontró sumido en la miseria.

Entonces, más que por afición por recurso, resolvió Cándido hacerse torero.

Apadrinóle un don José de la Tigera, hombre generoso y extraordinariamente aficionado á toros, y como fuese grande amigo del famoso Pedro Romero le colocó á su lado.

Bajo los auspicios de un tal director empezó Cándido la carrera taurómaca.

Desde el momento y sobre el redondel demostró Cándido buenas aptitudes para el toreo.

Era valiente, sereno y aplicado, y aprovechaba las lecciones de su maestro.

Este pudo elevarle al fin de simple banderillero á medio espada.

Acrescia el jóven en conocimientos, en aplomo y en práctica.

Se le aplaudia.

Crescia su reputacion.

Satisfaciase Pedro Romero con estos adelantos; aumentaba, al par que el cariño, el interés que sentia por Cándido, y llegó al fin á tal punto su afecto, que le dió por mujer á su hermana.

Esta union fué rota á poco tiempo por la muerte de ella, pero no alteró la fraternidad que existia entre Romero y Cándido.

Espada ya, y escriturado para la plaza de Madrid, y obtenido en ella un grande exito, se relacionó y obtuvo grandes favores, no sólo de muchos personajes, sino aún del mismo rey.

Consistia esto en gran parte en que Cándido estaba bien relacionado y era muy simpático.

Así pasó el primer tercio de la vida de Gerónimo José Cándido.

Ya extraordinariamente acreditado como torero, volvió á Andalucía, y allí volvió á contraer matrimonio.

Por espacio de algunos años continuó trabajando en las plazas de Andalucía, y siempre de una manera satisfactoria.

Pero al fin le sobrevino un calambre en la pierna de-

recha que le impidió continuar trabajando con tanta frecuencia como antes.

Agravóse su dolencia hasta tal punto que otro matador menos práctico que él, menos consumado en el conocimiento del trasteo en que especialmente era muy fuerte, no hubiera podido continuar matando.

Creyó conveniente Cándido volver al redondel de Madrid, y allí se le vió con dolor esforzándose en matar á fuerza de arte y de su gran conocimiento de los toros.

En Andalucía habia pasado de todo punto.

El público le habia abandonado; su egoismo no le permitia perdonar á los que se estropeaban trabajando para divertirle.

Habia sufrido un revolcon y dos cogidas con dos cornadas que le habian imposibilitado de trabajar durante mucho tiempo.

Habia vuelto á Madrid en muy malas condiciones, y el público de Madrid fué para él lo mismo que el de Sevilla.

Se le respetó, se le consideró, pero sus grandes amigos de otro tiempo le aconsejaron que se retirase á descansar.

De buena gana, sin que nadie se lo hubiera aconsejado, y en interés propio, se hubiera retirado Cándido.

Pero era el caso que necesitaba trabajar para poder vivir.

Tenia una numerosa familia y no habia podido ahorrar, ni eran aquellos tiempos en que fácilmente se hacia toreando fortuna.

Retirarse era no ganar; no ganar perecer la familia.

No se retiró: le retiraron, y negándose á escritu-

rarle le salvaron sin duda alguna de morir en las astas.

Recurrió á la influencia de sus amigos: estos fueron consecuentes con él y le sirvieron.

Corría entonces el año de 1824.

Tenia, pues, Cándido cincuenta y cuatro: si no podía torear, podía ser cabo principal ó visitador del resguardó de Sanlúcar de Barrameda, y este fué el destino que se le confirió el dia 10 de Junio de dicho año.

Pero no servía absolutamente para aquel cargo; se le toleró, sin embargo, y se le mantuvo en él hasta que se encontró ocasión de emplearle con más aprovechamiento y en perfecta armonía con la profesion de toda su vida.

Por aquel tiempo, y para que la juventud no incurriese en la *funesta mania de pensar*, se habian cerrado las universidades: pero en cambio, y para hacer marchar el reino del señor rey de España por sus verdaderos instintos, se habia creado en Sevilla una universidad extraña: una escuela de tauromaquia, de la cual se habia hecho rector, dígase director, á Pedro Romero ya muy viejo, pero completamente en aptitud de instruir á la juventud en la única ciencia que no inspiraba recelos al gobierno.

Aprovechóse la ocasion y se nombró vice-rector, por decirlo así, de aquella universidad á Gerónimo José Cándido.

Con tal énfasis y tal satisfaccion de sí mismo tomó su cátedra Cándido que cuando se encontraba en la calle á don Alberto Lista, que habia sido profesor de Humanidades, ó de retórica y poética (no estamos seguros) le decia con toda la seriedad que le caracterizaba:

—Vaya usted con Dios, compañero.

A lo que don Alberto Lista respondia con no menos solemnidad y aún quitándose el sombrero con toda la gravedad posible:

—¡Compañero! ¡beso á usted la mano!

Y se cruzaban tan campantes,

Y en efecto, ¿qué más daba enseñar á conocer los trapos ó á trastear?

Todo era ciencia.

Cuando el buen sentido, que al fin se hizo oír de los realistas del rey absoluto, suprimió la escuela de tauromaquia, Cándido volvió al empleo de visitador del resguardo de Sanlúcar de Barrameda, hasta que habiendo cambiado la situación política de la nación por la muerte de Fernando VII, se lo quitaron.

Se sabe lo que le quedó de cesantía por el siguiente trozo de su calificación hecha por el director general de rentas:

«Que de los documentos presentados por don Gerónimo José Cándido, para la clasificación del sueldo que le corresponde por los años de servicio, aparece de abono diez años, ocho meses y ocho días; por lo que le pertenecen dos mil quinientos treinta y tres reales once maravedises anuales.»

Pero este recurso fué ilusorio, porque posteriormente se dispuso que no tenían opción á cesantía los que no hubiesen desempeñado su destino más de doce años.

Se fué á Madrid y recurrió á sus amigos, pero en vano.

En fin, algunos años despues, en 1.º de abril de 1839, murió de vejez y en la miseria.

Fué Cándido, como persona particular, un hombre de bien.

Estaba muy bien educado y era en su trato muy modoso.

Como padre de familia, fué un ejemplo digno de ser imitado.

Como torero no tuvo ni las facultades ni la inteligencia, ni la brillantez de Costillares, Romero ni Pepe-Hille.

Pero en cambio fué un profundo conocedor del arte del toreo.

Así es que se distinguía por el acierto con que trasteaba á las reses y dirigía la plaza, dándole á cada toro lo que era suyo, y sacando de él el mejor partido posible.

En esto no cedía á nadie la primacía.

Era más hombre de trapo que de espada, es decir, más torero que matador; ó lo que es lo mismo, con más inteligencia que facultades; era, en fin, un dignísimo discípulo de Pedro Romero.

Cándido murió en Madrid en la calle de Santa Brigida en una casa modesta, marcada con el número 35 de gobierno.

Pero al fin murió en su casa y asistido y rodeado de su familia

Del mal el menos.

Camoens, el gran poeta lusitano, murió en el hospital; el Tasso amparado en un convento de frailes, y el que escribe este libro no sabe á donde irá á exhalar su último suspiro.

## CAPITULO LIII.

### Guillen fué torero.

En 1788 (no sabemos el mes ni el dia) nació en Utrera Francisco Guillen, de María del Patrocinio Rodriguez, mujer de Francisco Guillen.

Ser torero le venia al recién nacido por juro de heredad y por ambos costados, porque su padre fué matador de toros y su madre era hija de Juan Miguel Rodriguez, también matador de toros, primo del famoso Joaquin Rodriguez (Costillares) y hermano de José María Cosme Rodriguez, célebre banderillero y en muchas ocasiones suplente de espada.

Llevaron, niño aún, de cinco años, á Sevilla sus padres á Curro, y ya en tan corta edad empezó á revelarse en él la influencia de su sangre.

El chiquito habia visto torear mucho, habia absorbido por temperamento el toreo, de tal modo que hacia de las sillas de su casa toros, y las trasteaba con tanta gracia, imitando con tal perfeccion lo que veia hacer en el redondel á los diestros, que era la admiracion y el encanto de todos, y prometia ser un torero incomensurable.

Hacia, en fin, valiéndose de cuatro sillas, para que representasen todo el personal de una corrida, un si-

mulacro de la fiesta, y se le veia imitar todo cuanto es posible ejecutar en una funcion de toros.

El matadero y su padre y sus parientes y su asistencia á las corridas formaron al jóven para la profesion que debia abrazar.

Apenas cumplidos los quince años, empezó en la plaza de Llerena por todo lo alto; es decir, no como un chulillo incipiente, sino como matador de toros.

La audacia y la estimacion de sí mismo eran las cualidades que más sobresalian en el adolescente torero.

No se presentó tímidamente como un novato á pedir se le franquease el redondel, sino como un torero consumado á quien su crédito permitia imponer condiciones.

No hay como ser audaz: la audacia hizo gracia y se le concedió lo que pedia.

Mató sus dos toros, con arte, con aplomo, como un matador consumado.

Aquello era un prodigio.

Despues, bajo la proteccion de algunos influyentes aficionados, y singularmente de don Joaquin Clarabon, coronel del regimiento infantería de Barbastro, que le regaló un magnífico estoque y un capote de seda, toreó una corrida en Sevilla.

Hizo furor.

El niño asombraba y causaba celos y envidia á los toreros viejos,

Ayudaban á Curro unas grandes facultades, una musculatura de leon, un valor á toda prueba, un grande instinto y un atrevimiento que, como veremos, acabó por serle fatal.

Se entretuvo acreciendo siempre en reputacion, en

plazas de provincia durante algunos años; y cumplidos los veinte y tres fué á Lisboa; donde con un éxito completo toteó en seis corridas.

Hay que tener en cuenta que no sólo era Curro matador, sino que banderilleaba á maravilla, picaba poderosamente y en las suertes de capa era extremado.

Volvióse Curro de Lisboa á Sevilla, pero se encontró con que se habían prohibido las corridas durante su ausencia de España.

Volvióse, pues, á Lisboa, donde no se había cometido la barbaridad de suprimir los toros, y allí continuó toreando, hasta que volvieron á permitirse las corridas de toros en 1814.

Continuó toreando aún, y causando la admiracion de todos en Cádiz, en Sevilla, en Madrid, gozando de la amistad de la gente aficionada, y el amor de las mujeres, que le admiraban por valiente y le amaban por buen mozo.

Su popularidad había llegado á su apogeo.

Se jactaba de no huir jamás del toro, y no le huía, y de matar de una sola estocada y lo mataba de una estocada.

Se refiere de él una anécdota que vamos á consignar aquí.

Hay cerca de Sevilla un pueblo que se llama Ajeza, y en él un sitio que se llama el *Tablar*.

Un toro picado, de diez años, se había escapado del cerrado, se había ido al Tablar, se había aquerenciado en el agua, pasaba la noche en ella, y por la mañana salía y difundía el terror en todos los campos inmediatos.

Oyólo contar Curro, que con otros toreros estaba en la puerta de la Carne, y todos los que con Curro es-

taban anunciaron que ellos irian á dar fin del toro.

Sólo Curro no dijo ni una sola palabra acerca de esto.

Pero una noche salió á caballo de Sevilla, se fué á donde el toro estaba, metió el caballo en el agua, incitó al toro, y como este no dejase su querencia, se salió á la orilla y se echó á dormir tranquilamente esperando el dia.

Curro, sin embargo, dormia con un ojo abierto.

Estaba alerta.

Al amanecer dejó el toro el agua.

Salió á la orilla.

Vió á Guillen, que ya le estaba esperando, y á él se fué.

Curro le sorteó con su manta durante media hora, que tardó en rendirle.

Fatigado al fin el toro, menos fuerte que Curro, se echó.

Curro se fué para él, le mancernó, y como por la gran fatiga tuviese el toro la lengua de fuera, se la cortó.

En seguida montó á caballo y se volvió á la capital.

No dijo una palabra á nadie de lo que acababa de hacer.

Otro de los diestros que habia anunciado que iria á castigar al toro, llegó, poco despues, y encontró al animal echado y casi exánime por la pérdida de la sangre

Se acercó al bicho, le cortó la cola, montó á caballo, se volvió á Sevilla, y buscó á sus compañeros, entre ellos el Curro.

Les mostró lleno de orgullosa satisfaccion la cola,

les manifestó todo cuanto habia hecho por rendir al toro y cortársela; y como algun incrédulo dijese que aquella cola no traia certificacion y que podia ser muy bien de alguna de las reses bravas del matadero, el de la cola dijo:

—El que no lo crea que vaya á buscar al toro, allí se ha quedado, y él se lo dirá.

—¿Y con qué lengua, compañero?—dijo Curro sacando de un bolsillo de su chaqueta la lengua del toro.

Quedóse confuso el otro.

Confesó que habia encontrado al toro echado cuando le cortó la cola.

Fueron allá todos y encontraron al toro muerto por la pérdida de la sangre.

Curro Guillen fué un torero del género de Pedro Romero.

Alto, robusto, fuerte, ágil y entendido como él y como él valiente, dominaba á las reses.

Las trasteaba de mano maestra y las mataba generalmente de una estocada.

Si hubiera tenido el aplomo y la prudencia de Romero, no diremos que le hubiera eclipsado, pero sí que le hubiera igualado.

Nunca habia huido de las reses y nunca habia sido cogido.

Tenia todas las cualidades favorables de Pedro Romero.

Pero era como Pepe-Hillo, temerario y descuidado, defectos capitales que al fin le fueron funestos, puesto que le mató un descuido.

Era la tarde del 20 de Mayo de 1820 y trabajaba en Ronda.

Se corria un toro de la ganadería de Cabrera, casta

muy brava y muy dura. Estaba Curro descuidado oyendo lo que le decían desde un tendido, cuando oyó la voz de Juan Leon, que era entonces banderillero suyo, que le gritaba:

—¡Fuera, señor Curro, fuera!

Curro no sabía huir.

A más de esto le hubiera sido imposible, porque el toro le había cortado el terreno.

Le tenía enecunado.

Curro, que era consumado en las suertes, se defendió algún tiempo, pero al ir á salir el toro le ganó y *tomándole en la cabeza*, le dió una terrible cornada, de que murió instantáneamente.

Así acabó, por un lamentable descuido, una de las glorias más legítimas del toreo.







Juan Gimenez (el Morenillo)

---

## CAPITULO LIV.

### Juan Gimenez (el Morenillo)

Vamos á ocuparnos de un torero muy apreciable, aunque no pueda considerársele como una gloria del toreo, no puede prescindirse de él cuando de toros se trata.

Nos referimos á Juan Gimenez, álias el Morenillo.

Nació en Sevilla por los años de 1794.

Esto y que á los seis años se quedó huérfano, son las únicas noticias biográficas que hemos podido adquirir de él.

Se encargó de él una tia, y gracias si tuvo una tia que le recogiese.

Pero la tia era pobre, y el sobrino se le hacia gravoso.

Para ahorrar gastos, le quitó de la escuela, y para tener algun respiro, ó á lo menos por que el muchacho en tan temprana edad se ganase la vida cuanto antes le fuese posible, le puso de aprendiz con un zapatero.

Pero el muchacho no habia nacido para agujerear y coser pieles de reses muertas y ya adobadas en cordoban ó suela, sino para agujerear reses vivas y bravas.

El muchacho hacia birra al banquillo del zapatero y se iba á la puerta de la Carne, á donde concurrían otros muchachos del barrio de San Bernardo, barrio toreador por excelencia, y de allí al matadero al olor de las reses bravias.

Conste, pues, que el Morenillo tuvo, como tantos otros famosos diestros, por escuela de tauromaquia el matadero.

El chiquillo, que era muy tierno aún, se contentaba con ver desde lejos cómo otros mayorcillos toreadaban con otros ya de más edad, que empezaban á familiarizarse con las reses.

Castigado por la tia, huido de la escuela, viviendo en el matadero, de constitución débil y enfermiza, pero dotado de una ardiente afición, aquel niño, que braveaba las reses más peligrosas, acabó por fijar la atención de los toreros que concurrían al matadero.

Curro Guillen se aficionó á él, y apenas habia cumplido los doce años cuando se lo llevó consigo sin ajuste alguno para las corridas que dió en Portugal.

Con Curro Guillen, y viviendo ya del toreo y haciéndose un buen banderillero, fué pasando de la protección de Guillen á la de otros y viniendo al fin á la cuadrilla de Juan Nuñez (Sentimientos) fué á Madrid por el Carnaval de 1815, cuando ya contaba 21 años y era un torero de todo punto formado.

En el «Diario de Madrid» correspondiente al 7 de febrero de aquel año, apareció el anuncio siguiente:

«Por indisposición que padece Juan Nuñez (Sentimientos) no puede matar los dos toros de la fiesta de hoy, y lo verificará en su lugar Juan Gimenez, natural de Sevilla, nuevo en esta plaza. Lo que se noticia al público para su inteligencia.»

[Este anuncio prueba que el hombre habia trabajado

ya como espada, aunque esto hubiese sido en las plazas de segundo orden.

Los dos toros con que habia de estrenarse en la de Madrid eran el uno de la ganadería de Calleja de Fuente Sauco, y el otro de la de Peña de Madrid.

Mató en regla el jóven torero los dos bichos, se acreditó y fué contratado para el año siguiente en la plaza de Madrid, como banderillero y media espada del matador Sentimientos, siendo primer espada Curro Guillen.

El Morenillo cumplió con su deber que era mucho toreando en competencia dos espadas del mérito de Curro Guillen y Sentimientos.

En la segunda temporada de este mismo año fué el Morenillo con Curro Guillen á Valladolid como segundo y para matar los toros que Guillen le señalase, puesto que Guillen necesitaba de quien le ayudase, porque estaba herido en un brazo, de una cogida que sufrió en Salamanca.

El Morenillo cumplió perfectamente.

En 1816 fué el Morenillo con Curro Guillen á las plazas de Valencia y de Zaragoza, siempre con el carácter de banderillero y de media espada.

Con el mismo carácter iba con ellos el despues renombrado Juan Leon, á quien Curro Guillen favorecia especialísimamente.

El Morenillo fué perfectamente recibido por el público de aquellas dos plazas.

Continuó toreando y acreciendo su reputacion, y en 1818 fué contratado en union con el matador Francisco Hernandez (*El Bolero*) para la plaza de Pamplona con la obligacion de matar un toro por la mañana y dos por la tarde.

Fué como siempre un buen lidiador y un buen espada.

Continuó el Morenillo toreando en plazas de segundo órden, y alguna vez en la de Madrid en corridas extraordinarias.

En estas corridas el Morenillo aumentó su crédito, y se adquirió entre los aficionados un partido numeroso, en contraposición de otros que se inclinaban á otros toreros.

En 1820 figura ya el Morenillo como primer espada; es decir, á la edad de 26 años.

Era rival de Gerónimo José Cándido.

Por este tiempo estaba contratado para la plaza de Zaragoza el célebre Curro Guillen, pero á causa de su muerte, acaecida en la plaza de Ronda, fué llamado el Morenillo, y se llevó consigo á Cándido, con el cual tenía vínculos de agradecimiento.

En Zaragoza tuvo una cogida, pero se restableció en breve y trabajó en esta misma ciudad en tres corridas más con aplauso de todo el mundo.

Continuó toreando con un gran crédito durante muchos años, siendo buscado con afán y escriturado en todas las plazas de España.

Faltan datos precisos, y no sabemos la época en que se retiró.

Su historia taurómaca, á causa de haber empezado en edad temprana, es una de las más largas que se conocen, pues se puede asegurar que el Morenillo toreó constantemente, y siempre con el favor del público, de cuarenta á cuarenta y cinco años.

Veamos ahora por qué gustaba de tal manera el Morenillo.

Era en primer lugar extraordinariamente ágil, lo

que era para él una garantía contra las cogidas de los toros.

Habia tenido buenos modelos, y no prescindia de las reglas del toreo.

Su muleta era, más que de castigo, de una defensa extraordinaria.

En lo que principalmente consistia el favor de que gozaba con el público era por ser ambidestro, y con tal perfeccion que lo mismo toreaba ó heria con una mano que con la otra.

No hay que buscar en otra cosa su mérito.

Sin esta cualidad el Morenillo hubiera pasado como un excelente banderillero y como un buen matador, y nada más.

Cansado al fin y viejo, pero sin retirarse, murió en 1855 en Madrid, despues de una corrida en beneficio de las víctimas de la libertad en Galicia.

---

## CAPITULO LV.

### Juan Leon.

Le toca el turno á Juan Leon, uno de los pocos toreros que no tienen apodo.

Nació en Sevilla por los años de 1792 á 93.

No tenemos datos acerca de la familia ni de los primeros años de su vida.

Empezó el toreo bajo los auspicios del célebre Curro Guillen.

Figuró con él hasta que murió en 1820 desgraciadamente en la plaza de Madrid.

Se acusaba á Juan Leon de ser traicionero con los toros

No era verdad, porque en buenos principios de lidia no se puede acusar á un torero de que se aproveche de una ocasion para despachar al bicho.

Juan Leon era un torero hábil, experimentado y valiente

Se tapaba bien, confiaba en su muleta y despachaba pronto y siempre bien, porque era hombre de muy buenas estocadas.

Los aficionados no querían un torero tan ejecutivo,

que les divertía poco, que no bregaba para poner las reses á la muerte, que las engañaba engañando al par á los aficionados; y por esto, que constituye su mayor orgullo, que demuestra su inteligencia, le llamaban torero de sorpresa.

¿Por qué matar tan de prisa sin dar lugar á los relances de la lidia?

Esto no se podía tolerar.

Los aficionados están metidos en la rutina, y todo lo que se sale de la rutina es para ellos un gravísimo defecto.

Y este defecto no pueden perdonarlo los aficionados intransigentes.

Cuando el toro no caía de la primera estocada, Juan Leon le daba rápidamente otra ú otras más, y generalmente á volapié, que usaba con una frecuencia que se censuraba.

Pero Leon no podía matar de otra manera, porque no tenía facultades para dominar al toro, porque era pequeño.

¿Qué había de hacer?

Paro esto es precisamente la injusticia: acusar á un hombre de que no hace aquello que no le es posible hacer.

Pues qué, ¿se mata fácilmente á volapié, como creen muchos?

¿No es una suerte tan comprometida como la de recibir?

A la cabeza del toro todo es peligro, sea cualquiera el modo en que se hace.

Vencer el peligro como lo vencía Juan Leon es ser torero.

Juan Leon ha dejado en los anales del toreo un nombre muy respetado.

El de un consumado torero y el de un buen matador.

Empezó su carrera con Curro Guillen y la acabó con Curro Arjona Guillen (Cúchares), sobrino del primero.

---

## CAPITULO LV.

### Roque Miranda (Rigores).

Este antiguo matador ha dejado tambien un nombre muy estimado, y debemos ocuparnos de él, por más que no fuese una gran notabilidad.

Nació Roque Miranda en Madrid á fines del siglo pasado.

Fueron sus padres Antonio Miranda é Isabel Conde.

Vivian con comodidad; no pensaron en la educacion de su hijo, y éste, á los diez y seis años, no se habia dedicado á nada, como no fuese á ir con frecuencia al matadero.

De aquí nació su aficion al toreo.

Su primer maestro fué Gerónimo José Cándido, y de la enseñanza de éste pasó á la de Curro Guillen.

En 1814, y muy jóven aún, perteneció Roque como banderillero á la cuadrilla de Cándido.

Roque era aplicado y celoso, tenia buen maestro y buenos ejemplos, y se instruia sólidamente en el toro.

Ya fuese por sus buenas cualidades, ya por las relaciones que tenía en la corte, por ser madrileño, es lo cierto que desde muy pronto en la plaza de Madrid se le distinguió y se le mimó de una manera muy singular.

Tenia mucho partido.

Los padres de Miranda pertenecían á la baja servidumbre del rey don Carlos IV.

Cuando sobrevino la invasión francesa que dió lugar á nuestra guerra de independencia, tan funesta al grande hombre del siglo, y arrebatada la familia real á Francia, vino José I (Pepe Botellas) á ocupar el trono que creyó ya suyo Napoleón: el rey intruso respetó toda la servidumbre de la familia real, y el que no se quedó fué porque no quiso.

Los padres de Roque fueron débiles y permanecieron.

Pero Roque, que á pesar de su juventud era un ardiente patriota, juró que no pondría el pié en palacio, mientras no estuvieran en él sus legítimos dueños.

Ser entonces patriota era ser realista.

Cada tiempo tiene su manera de ser.

Juan Miranda, hermano mayor de Roque, más patriota que éste, se fué con el rey destronado, en su servidumbre, á Francia, y cuando volvió Fernando VII, hecha ya la paz general, acabada la guerra de la Independencia, Juan, que era conocido como aficionado, toreó en algunas corridas que tuvieron lugar en diferentes plazas, en celebridad de la restauración en el trono del rey proscrito.

Entonces acabó de decidirse Roque Miranda por el toreo.

Hubo entre los hermanos una diferencia.

Que Juan no pasó ni pretendió pasar de banderillero, y Roque aspiró desde el primer momento á matador.

Cándido lo habia comprendido esto y se propuso hacerle, cuando le fuese posible, media espada.

Entretanto Roque tomaba algunas corridas de las que se hacian en los pueblos y figuraba en ellas como matador, lo que empezó á darle algun crédito.

Ya en 1822 se vió á Roque alternando en la plaza de Madrid con los toreros de más nota.

Lo que le faltaba de inteligencia le sobraba de instinto.

Aunque toreaba y estoqueaba desde 1824, no le habia sido posible llegar á los conocimientos y á la práctica que son tan necesarios, porque los sucesos políticos distraian la atencion del público, y porque Roque, como miliciano de caballería de Madrid, habia ido á Cádiz escoltando al rey.

En este tiempo sólo toreó á petición del público en la plaza de Sevilla y banderilleó y mató un toro con el uniforme de miliciano.

Acabados aquellos sucesos, restablecido el gobierno absoluto, Roque se vió envuelto en las persecuciones que sufrieron los liberales, y tanto más los que tuvieron al rey preso en Cádiz.

Sirviéronle sus valedores, y al fin, libre del temor de ser perseguido, volvió Roque al toreo, pero se entretuvo por las plazas de segundo órden.

Su anhelo era trabajar en Madrid, donde se le estimaba mucho.

Pero los compromisos contraidos por los empresarios con otros espadas impidieron que él fuese escriturado.

Al fin sus amigos hicieron que fuese contratado para la plaza de Madrid.

Pero como subalterno.

Por algo se habia de empezar.

Roque acreció en crédito, y acabada aquella temporada, fué escriturado para la plaza de Lisboa, una de las principales de España.

Por fin en 1834, Roque fué escriturado ya de primer espada llevando de segundo al despues célebre Francisco Montes.

Roque Miranda valia más de lo que era necesario para ser grandemente estimado como torero: conocia el arte y conocia las reses; trasteaba y estoqueaba bien, pero tenia un defecto grave.

No era tan valiente, tan sereno como hubiera sido necesario.

Esto hacia que dejase mucho que desear aun en las suertes que le eran más usuales y que hacia mejor.

Aparte de este defecto de valor, que le perjudicaba porque no le permitia ejecutar todo lo que sabia, puesto que Miranda era un buen torero, tenia Miranda cualidades muy apreciabiles.

En primer lugar, el conocimiento de sí mismo, lo que es muy raro, porque todos los hombres se estiman por lo general en más de lo que valen.

Roque sabia á donde llegaba, á dónde no alcanzaba, y á dónde sobraba.

Era ademas desinteresado.

El, que nunca habia prescindido de las prerrogativas de la antigüedad, que tanto respetan los toreros, en una ocasion, por desinterés y porque viniese á trabajar en la plaza de Madrid otro torero muy apreciable que imponia ciertas condiciones, Juan Yust, le cedió, sin

esfuerzo y gustosísimo, el lugar preferente á que tenía derecho.

Dicen que si Juan Yust (y esto lo decimos de paso) no hubiese muerto prematuramente, era un tal torero que hubiera excedido y eclipsado á todos los toreros habidos y por haber.

Estas son las únicas noticias que tenemos de Juan Yust.

En la media corrida de la tarde del lunes del 13 de octubre de 1828 debian estoquear, segun lo cantaban los carteles, los diestros Antonio Ruiz y Manuel Parra, para los cuales habia cierto fanatismo en el corregidor, que era, ya lo hemos dicho, la autoridad que presidia estos espectáculos.

En cambio, aquel funcionario tenia una aversion decidida y notoria á todo el mundo contra Roque Miranda, que por esta razon no trabajaba y estaba puesto á otros más modernos.

El público, que lo sabia, y que estimaba á Roque Miranda, con su autoridad absoluta é inapelable tomó cartas en el asunto.

Censuró agriamente la exclusion que en el cartel se hacia de Roque Miranda.

Se animó éste y envió á su mujer á que se *echase á los piés* (así se decia entonces) de S. M. el rey don Fernando VII y le suplicase protegiese á su marido de la enemiga de que el corregidor le hacia víctima.

El resultado fué de todo punto satisfactorio para Miranda.

El rey ó estaba de buen humor ó conocia la injusticia y produjo una real orden, en cuya virtud apareció el anuncio siguiente:

«Aviso al público.—Habiendo mandado S. M., en su real orden de 7 del corriente, que se permita trabajar

en la plaza de toros de esta córte al espada Roque Miranda, lo verificará éste en la corrida de la tarde del 13. del corriente, en cumplimiento de dicha soberana resolución, y matará los toros que le cedan sus compañeros.

Madrid 11 de octubre de 1828.»

Este anuncio demostraba por sí solo la violencia, perfectamente española, con que se obedecía, porque no habia otro remedio, la órden augusta del rey absoluta, señor de vidas y haciendas.

Pero se metian los dientes.

Se protestaba.

El corregidor se trasparentaba.

Esto indudablemente era un triunfo para Roque Miranda.

Habia podido más que el corregidor,

Le humillaba aquello de que matase los toros *que le cediesen sus compañeros.*

En cambio, y es muy grato decirlo, sus compañeros se pusieron noblemente sobre la situacion.

Antonio Ruiz (*el Sombrero*) le cedió el primer toro con toda su voluntad.

Juan Ruiz y Manuel Parra hicieron tambien lo mismo.

Para corresponder á esta deferencia y al favor del público; que le aplaudia, Roque Miranda despachó muy bien los bichos, y dió muestras públicas de su profundo agradecimiento y de su amistad á sus compañeros.

Aquello se habia tomado con todo empeño por parte del público, que se habia procurado versos impresos en honor de Roque Miranda, que se arrojaron al rondel.

Entre ellos conocemos los siguientes, hijos legítimos:

de la musa taurina, pero que debemos copiar, porque hacen fé:

A ROQUE MIRANDA (*Rigores*).

He visto con gran placer  
que ya te busca la suerte,  
pues que para dar la muerte,  
la Real orden te dió el ser.  
No dejes de conocer  
que el público te ha obsequiado;  
sirvele bien, mas cuidado  
que al momento de lidiar  
en lugar de ir á matar  
no te veamos matado.

—

Es suerte que hayas triunfado  
de quien *tan mal te ha querido*  
y tanto te *ha perseguido*  
hasta *haberte perdonado*.  
Si quieres seguir amado  
de todo Madrid entero  
acuérdate de un Romero,  
del muy diestro Costillares,  
y si á aquellos imitares  
serás siempre un buen torero.

En estos versos hay una alusion directa al rey, que habia perseguido por sus ideas políticas á Roque y que sólo le habia perdonado cuando el público habia tomado parte en el negocio.

Desde este dia siguió toreando Roque Miranda en la plaza de Madrid y en otras de segundo orden dos años.

En el cartel de la corrida de novillos del 21 de diciembre de 1830 en Madrid se leía lo que á continuación copiamos:

«Agradecido el espada Roque Miranda á los favores que le dispensa este público, se ha propuesto picar en esta funcion los dos toros que su hermano Juan ha de matar por primera vez en esta plaza.»

Y más adelante:

«Seguirán dos toros de muerte de la acreditada ganadería de don Mariano García, que anteriormente pertenecian á don Ramon Zapata, vecino de Colmenar, con divisa azul turquí, los que picará Roque Miranda y estoqueará Juan Miranda, acompañado de su correspondiente cuadrilla de banderilleros,» etc.

El público no tuvo que disimular nada á Roque Miranda.

Picó como hubiera picado el mismísimo Sevilla, el rey de los picadores.

Roque Miranda era un excelente, un magnífico torero, pero como matador dejaba mucho que desear.

Si nos hemos ocupado de él no ha sido porque en él hayamos reconocido una gloria del toreo, sino por la celebridad que adquirió, por lo simpático que se hizo, por lo que se repite su nombre siempre que se habla de los buenos toreros.

El ganó bastantemente esta celebridad toreando en Bilbao, en Brihuega, en Haro, en Madrid, en Murcia, en Pamplona, en Sevilla, en Valencia y en otras plazas del reino.

En 1816, cuando Roque Miranda gozaba de la protección de Gerónimo José Candido, procurando éste que se luciese su discípulo, preparó una funcion de toros en que debia lidiarse uno que llamaban el toro

«Enano,» que debía banderillar, picar y matar Roque Miranda.

Lo hizo en efecto á las mil maravillas: se mostró admirable banderillero, un picador de gran brazo y grande inteligencia y un buen matador.

Pero todo tiene fin en este mundo.

Roque Miranda toreó con gran aceptación del público hasta 1824, y en esta última época se puede decir estuvo más feliz que nunca.

Sus ideas políticas le perjudicaron extraordinariamente y le hicieron alejarse del redondel en los mejores tiempos de su agilidad y de su fuerza.

Hubo en fin de retirarse, y en 1841 fué empleado por el ayuntamiento como administrador del matadero.

Pero no quería esto Roque Miranda, y en la temporada de 1842, alegando compromisos, se escrituró en la plaza de Madrid.

El ayuntamiento le pidió explicaciones y al fin le permitió que trabajase en cuatro corridas.

Pero como Roque torease en muchas más, le quitaron el empleo.

El día 6 de Junio de esta misma temporada tuvo una cogida en que sufrió tres cornadas, todas graves, de un toro de Veragua.

La curación fué larga y no quedó bien.

Pero Miranda, sin atender á esto, se escrituró para la plaza de Bilbao.

Pero Montes, que estaba allí, fundándose en que todavía no estaban bien cicatrizadas las heridas, no le permitió que trabajase.

Regresó á Madrid, y ya más curado trabajó en sus últimas funciones.

Viejo ya y achacoso, murió en 1843 en 14 de febrero. á consecuencia de una fístula.

Este fué Roque Miranda, que á más de su valía como torero, fué, como hombre particular, de todo punto recomendable.



---

## CAPITULO LVI.

### Antonio Ruiz (el Sombrerero)

Se nos habia trasconejado este diestro, se habia escabullido, como si no hubiese querido que nos ocupásemos de él.

En efecto es anterior á Juan Gimenez, á Juan Leon y á Roque Miranda.

Pero nunca es tarde si la dicha es buena.

Acerca de este diestro no sabemos dónde se le dió la alternativa, ni cuándo trabajó de media espada, de espada entera, ni en qué plazas toreó.

Tenemos que contentarnos con saber que durante diez años anduvo de acá para allá ganando plata y crédito de buen matador.

En los principios tuvo el Sombrerero un gran defecto.

Este defecto consistia en la falta de aplomo é ignorancia ó descuido en cuanto al uso de los recursos que las reglas del toreo enseñan y que deben usarse segun las condiciones de las reses.

Además de esto no llegaba al gran lucimiento en las uertes.

Mataba y sorteaba como un torero vulgar á quien no puede decirsele que lo hace mal, pero tampoco que lo hace bien.

Pero cuando llegó verdaderamente á matador, á espada, á cabeza de cuadrilla, en fin, fuese que tuviese más estímulo, ó una esfera más extensa en que desenvolverse, se mejoró notablemente; adquirió aplomo, trasteó á las reses como convenia, y se dió á conocer, en fin, como un verdadero torero.

Considerado Antonio Ruiz en cada una de las situaciones en que se encontró en su ejercicio, y con el testimonio de las relaciones incompletas que respecto á él hemos oido, resultó que como banderillero fué de tal excelencia que no parecia sino que se le citaba como un modelo.

Era gallardo y ágil y de una práctica tal en el uso del capote, que no habia quien en ello le aventajase ni aún le igualase.

Era además muy celoso, y no corria los bichos por correrlos, sino por ponerlos en la situacion más conveniente.

No podia darse nada más airoso, ni más seguro que su manera de capear, y particularmente en los galleos no se le podia pedir más.

Tenia muchos piés, era presto para los recortes, empapaba al toro en su trapo y se lo llevaba á donde queria.

Siempre al estribo izquierdo de los de á caballo en las suertes de vara, daba ocasion á que los picadores se luciesen por la confianza que tenian en sus quites, y sobre todo en su interés y su formalidad.

Banderilleaba de una manera sobresaliente, metia los brazos en regla, y las colgaba que no parecia sino que ellas mismas iban aponerse en su sitio, ya

fuese al cuarteo, al sesgo, ó topa carnero ó al relance.

Como matador no podia elogiársele tanto; su muleta era de poder y de defensa, y estoqueaba con seguridad y profundamente: pero en esta suerte le cogia un poco la *gindama*, se alteraba su serenidad, se deslucia, y como por el *asco* que le daba esta suerte, se embriaguaba demasiado, para salvar el pitonazo, y sufrir unicamente un testarazo, perjudicaba la libertad necesaria en la brega y era con frecuencia arrollado.

El *Sombrerero* se hacia estimar y respetar como matador, pero no entusiasmaba: no tenia tampoco ni uno sólo de esos amigos, de esos apasionados que forman, por decirlo así, el partido del un diestro, que le sostienen con sus aplausos, que toman en defensa, y son, lo que podia decirse tratándose de un actor, sus alabarderos.

El *Sombrerero* era adusto y metido en si mismo y se aislaba: no buscaba á nadie, no se procuraba los buenos oficios de nadie, y no tenia quien le elogiase más que los buenos aficionados que reconocian desinteresadamente y por amor al tereo, sus buenas cualidades.

Esto dió ocasion, juntamente con lo enérgico de su carácter, á que se le tuviese por pretencioso, lo cual no era exacto, pero que le perjudicó en gran manera.

Toreó mucho tiempo, y naturalmente en su último período sus facultades estaban ya muy amenguadas.

Habia recibido además una herida grave y trascendental.

Desarmado por un toro, la espada fué á dar en una parte importantísima de su cuerpo, afecta á los movimientos.

Curó, pero quedó lastimado é imposibilitado de desplegar su antigua agilidad.

Siguió toreando, pero ya de una manera deslucida.

Temió, en fin, le sobreviniese la muerte á causa del violento ejercicio del toreo y se retiró en 1834, dedicándose, para hacer producir al dinero que con tanto trabajo habia ganado, á tratante de aceite: así vivió diez y seis años de una manera independiente y cómoda, y á la edad de setenta y ocho años murió, dejando un buen recuerdo de sí.

\*\*\*\*\*





Francisco Montes.

---

## CAPITULO LVII.

### Francisco Montes (Paquiro).

Hemos llegado á una de las más altas celebridades, á una de las glorias más legítimas del toreo: al émulo de Pedro Romero y de Costillares, y no decimos de Pepe-Hillo, porque no perteneció al género de este.

Curro Montes nació en 1805, en Chiclana.

No sabemos quiénes fueron sus padres; pero esto importa poco, porque no tenemos que ocuparnos de ellos, ni cuál su posición social.

Paquiro fué estudiante de la universidad que en Sevilla tuvo el toreo, y de la que, como ya se ha dicho, fué rector Pedro Romero, y vice-rector Gerónimo José Candido, el que llamaba compañero á D. Alberto Lista, y con sobrada razón, puesto que ambos instruían á la juventud.

Paquiro era un buen mozo, valiente y extraordinariamente forzado y ágil.

Estas cualidades le hacían perfectamente apto para el toreo.

Tenia, además, (esto no es necesario decirlo) una vocación decidida.

Dios le llamaba por el camino del redondel. Se puso en marcha y llegó. Pero ¡cómo llegó! Pocos toreros han estado tan dentro del pandero boca arriba, del cual es el público las sonajas.

Parece que Paquiro no terminó su carrera escolástica, no, porque se cerró la universidad sin producir los grandes frutos que de ella se esperaban.

Paquiro fué casi su única cosecha, pero fué buena.

Se retiró nuestro mozo desalentado á Chiclana, su patria, y allí esperó ocasion de dedicarse al ejercicio á que no habia renunciado ni podia renunciar.

Se nos ha dicho que ya era conocido y que se le buscaba para que redujera á su deber á los toros huidos de la dehesa, y que él con su manta, y de una manera admirable, los conducia á su domicilio.

A esto se atribuye el gran dominio que tenia sobre el capeo Paquiro.

Adquirió equitacion con estos servicios, y logró se le contratase para algunas corridas.

Empezó como era natural por banderillear, y llamó extraordinaria y justamente la atencion.

Alentado por los aplausos, se fué á Madrid.

Toreó en Aranjuez y obtuvo un nuevo y mayor éxito.

Regresó á Madrid, le protegió Roque, fué escriturapo para aquellatemporada y salió al redondel el 7 de Mayo de 1832, siendo primer espada el Sombrerero.

Montes pasó rápidamente de banderillero á matador.

Se sobrepuso al Sombrerero, y al siguiente año fué escriturado con Roque Miranda, á quien tambien se dejó muy pronto atrás.

Muy pronto llegó á ser el ídolo de los aficionados al toreo á la moda.

Era una eminencia con la cual no se podía comparar á ninguno de los que entonces pisaban el circo.

El capote era su medio. Asombraba, enloquecía, causaba explosiones de entusiasmo; hacia de los toros lo que quería; parecía su capa una hechicería.

Esto, el capote, era la primera cualidad de Paquiro, á las que se unían de una manera inapreciable su figura, su agilidad, su fuerza, su valor sereno y su conocimiento sobre las reses.

En las suertes de capa, lo repetimos, nadie había hecho lo que él ni ha habido después quien le iguale: en los quites á los picadores era admirable; en cuanto á la dirección de la plaza, un sábio.

Considerado como matador, ya varía mucho la cuestión.

Su muleta no dejaba nada que desear, pero en cuanto á estoqueador ha habido muchos, infinitos que han valido más que él.

Pero todos sus defectos lo suplían la brillantez de su capote.

Sin embargo, *aliquando*, es decir, alguna vez Paquiro se crecía como matador y recibía de tal manera que no había más que darle palmas y subirle á los cuernos de la luna.

Esto era cuando cogía y engañaba á un toro á propósito, noble, inocente, bravo, y encariñado, que se ponía como le mandaba que se pusiese y remataba la suerte en daño suyo y á gusto de Paquiro.

Pero cuando daba con uno rebelde, de esos que se aploman y se defienden, y cuando se *lia* se cuellan, daba la estocada corta, incierta y atravesada, que resultaba en mengua de un tan gran tercerero.

¿Y en qué consistía esto?

En que Paquiro no era más que capote: todo lo que

pertenecía á un peon de á pie, á un banderillero lo hacia de un modo inimitable.

Nosotros hemos consultado todo lo que se ha escrito acerca de este célebre torero, y hemos visto que todos los inteligentes han tenido que hacer objeciones respecto á él como matador.

Vamos á resumir copiando algunas apreciaciones acerca de Montes, de los «Anales del toreo,» de don José Velazquez y Sanchez:

«..... Francisco Montes era un torero de escuela especial, porque su cuarteo, su quiebro, su galleo, sus quites, sus cambios y sus recortes se fundian en una fuerza hercúlea de piernas, y en una gran ligereza muscular de cintura... Sus saltos de garrocha y al trascuerno, su capeo particular y sus rasgos de serenidad y audacia tenian por explicacion aquellas dotes superlativas...

Pero al perfilarse con el testuz y herir en los rubios, *Paquiro cuarteaba, se escupia de la res y las estocadas resultaban por lo comun atravesadas en el lado contrario ó cortas.»*

«Nadie como él, dice más adelante el mismo autor, *para rodear de ostentacion y de aparato aquellas lucidas snertes en que su ligereza y seguridad no encontraban competidor posible en el ejercicio. Ninguno quebró jamás á los toros boyantes tan á tiempo en menos espacio ni tan reciamente, quedándose así encunado, vuelto de espaldas, sobre la posibilidad de una nueva acometida de la fiera.»*

Resulta de aquí comprobada por un autor que está reconocido por muy inteligente en tauromaquia, que Francisco Montes, por su inteligencia de las reses, por su fuerza, por su agilidad, por su especial capote, su forma primorosa y hasta bonita y sorprendente, era un





Francisco Sevilla.

gran lidiador, un gran toreo, una especialidad en todo lo que se referia á la lidia, al juego, al sorteo, al capeo de los toros, pero que era inferior como matador á otros diestros menos renombrados.

Sea como quiera, Francisco Montes es una de las mayores glorias del toreo, y así debemos consignarlo.

Desde 1832 á 1846 se encierra la época de los grandes triunfos de Montes. Sus facultades se habian amenguado.

Toreó por última vez en Madrid en la corrida del 21 de Julio de 1850.

El tercer toro, avanto y descompuesto, que no habia tomado varas y que habia sufrido banderillas de fuego, despues de un pase al natural, otro cambiado y otro intentado, se le coló, le hirió en la pierna izquierda, le volteó dos veces y le pisoteó la cabeza y el pecho.

Joselito Redondo, el Chiclanero, acabó con la fiera de una magnífica arrancando.

A consecuencia de esta cogida Montes se retiró, y algunos meses despues sucumbió á unas tercianas que acabaron en calenturas perniciosas el 4 de abril de 1851, en Chiclana, á donde se habia retirado.

Ha quedado de él un tratado de Tauromaquia, sobre poco más ó menos de la misma importancia que el que se atribuye á Pepe-Hillo, pero ni este ni Montes fueron verdaderos autores de estos tratados.

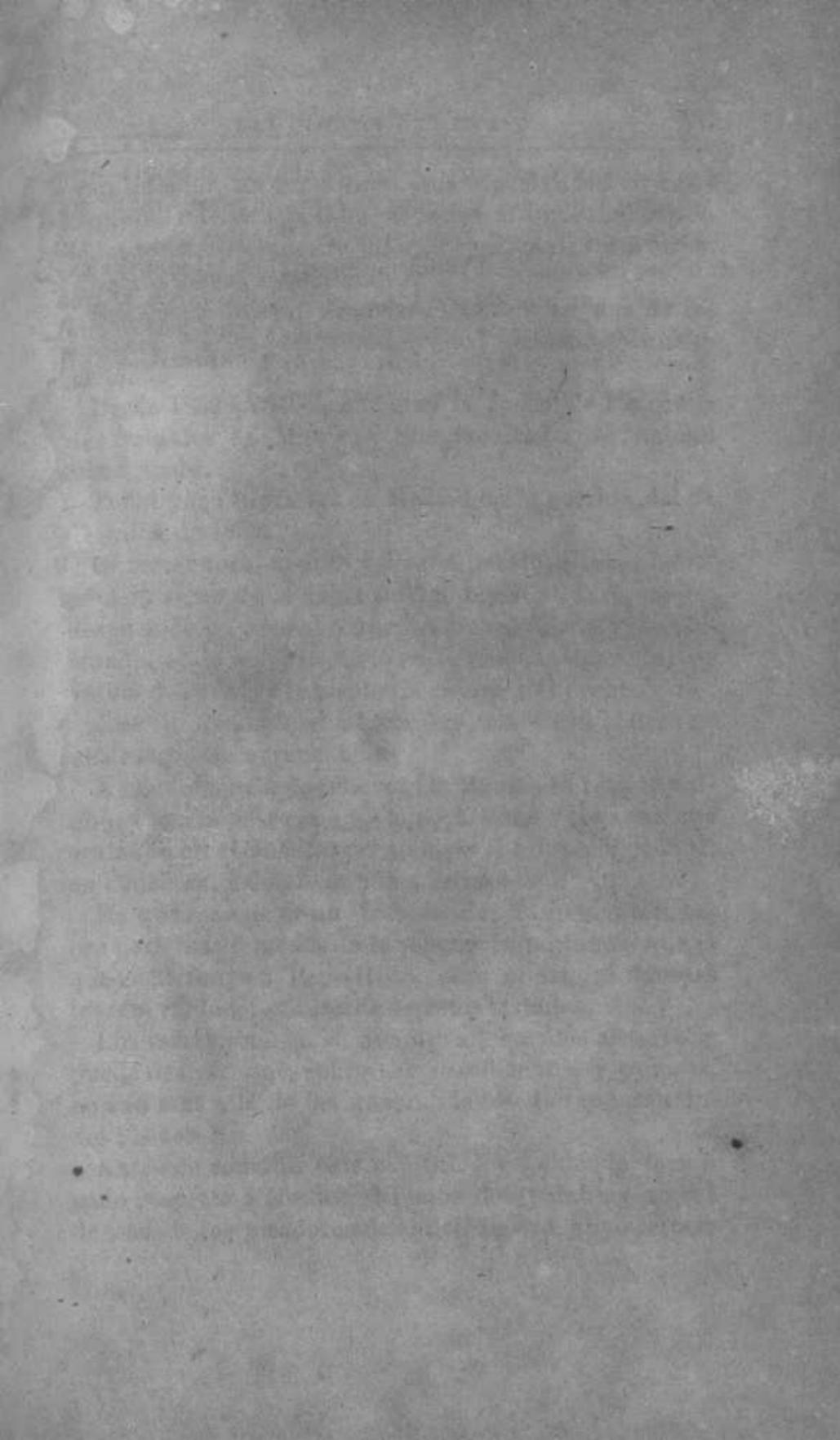
Los escribieron en su nombre aficionados al toreo, y puede decirse que, sobre ser insuficientes y oscuros, no van más allá de las generalidades que conocen todos los toreros.

Antes de concluir este capítulo, y habiendo terminado respecto á Montes, diremos dos palabras acerca de uno de los picadores de aquel diestro, cuyo retrato

hemos podido adquirir, pero del cual no sabemos otra cosa sino que era un gran torero, un gran brazo, un gran corazon y un gran ginete.

Nos referimos á Francisco Sevilla, de tal manera excelente, que uno de los historiadores del toreo afirma que llegó á adquirir una *reputacion europea*, por lo cual nosotros hemos creído justo citar su nombre é incluir su retrato entre las glorias del toreo.

\*\*\*\*\*





Francisco Arjona Guillen. (Cúchares)

---

## CAPITULO LVIII.

### Francisco Arjona Guillen (Cúchares)

Hemos llegado á un torero excepcional, á un torero que no se parece á ningun otro más que en las generalidades de la lidia, á un torero muy discutido, pero sin razon.

Curro Cúchares era (permítasenos la frase) el genio del toreo, si se comprende por toreo el arte de lidiar las reses bravas, el conocimiento de ellas y los medios de engañarlas.

Casi casi nos pasaríamos sin decir quienes fueron sus padres, porque á nosotros nos parece que á Curro Cúchares le parió una vaca, y que de aquí provenia su maravillosa inteligencia respecto á los toros.

Pero si no le parió una vaca, venia por los cuatro costados de una familia de toreros.

Fué su padre un buen banderillero, sevillano, de apellido Arjona, de apodo *Costura*, que nunca pasó de media espada.

Este honrado sujeto estaba casado con la no menos honrada Maria de la Salud Herrera Guillen, hermana del célebre Guillen, del que ya nos hemos ocupado.

De este matrimonio, en que los dos cónyuges venian

de toreros, provino Francisco Arjona Guillen, que más tarde se llamó «Cúchares,» que nació en Madrid en 1815 y fué bautizado en la parroquia de San Sebastian.

Lleváronse sus padres al muchacho á Sevilla, y allí le criaron.

Creció, se hizo mozuero, vivo, gracioso, simpático, pero de poca estatura, lo cual era una contra, y no pequeña, para la profesion á que le llamaba su sangre.

Era muy jóven, viuda se habia quedado su madre y sumida poco menos que en la miseria, cuando incitado por su inclinacion y por la necesidad de una profesion con que ganarse la vida y atender á su pobre madre, entró en la escuela de tauromaquia, donde llegó á ser muy pronto, por su disposicion natural para el toreo, uno de los discípulos más queridos de Pedro Romero y Gerónimo José Cándido.

Cerrada la escuela de Tauromaquia, el señor Juan Leon, que habia sido discípulo y protegido de Curro Guillen, tio del muchacho, se lo llevó como banderillero en su cuadrilla, pagándosele desde el momento como á los otros banderilleros.

Una vez en el redondel Curro, y bajo la entendida direccion de Juan Leon, adelantó tan rápidamente, de tal manera se hizo notable que no tardó en trabajar como segundo espada con su maestro.

Esto, que era un buen hombre y queria favorecerle, procuró á Curro corridas á que fuera solo como matador, y así empezó á trabajar por su cuenta y á adquirir la maravillosa reputacion que todos conocen.

A los veinte ó veintidos años Curro, alternaba con los más reputados maestros, y era, así puede decirse, el torero á la moda, el favorito del público por donde quiera que iba.

Era una cosa nueva: una escuela que no se parecía á ninguna escuela, ó mejor dicho, que no era escuela.

Curro, aparte de las generalidades, era un lidiador de todo punto original.

Se veía que, sin equivocarse nunca, daba á cada toro lo que era suyo.

En las suertes de capa, en el banderilleo, en los quites era consumado, sin rival; no había situación apurada, para la cual no improvisara un recurso con asombro de los aficionados.

Su muleta era perfecta, admiraba, de una precisión y de una potencia extraordinarias; y no sólo de defensa, sino de castigo, de quebrantamiento de los toros, y de tal manera que llegó á decirse que mataba con ella á los toros antes de estoquearlos.

Nadie cómo él ha tenido tal riqueza y tal variedad y tal novedad de recursos para poner los bichos á la muerte.

El trasteo de Cúchares era un arte consumado, así como su juego de capotillo, y tenía la belleza que siempre acompaña al arte.

Delante de los bichos se lo encontraba hecho todo, y cuando alguna vez tiraba los trastos y salía de piés, en ello mismo demostraba su profundo conocimiento, ó más bien, su grande sentido, ó más aún, su genio indisputable respecto al conocimiento de las cualidades de los toros y de los fenómenos de que tan frecuentes ejemplos se ven en estos animales.

Nosotros le hemos oído decir con toda su alma, que para herirle un toro tenía que tirarle un piton, cuya exageración era necesario admitirla y disculparla.

A pesar de su dicho fué cogido más de una vez; que no hay torero que se escape, pero casi siempre sin graves consecuencias, pues que se ceñía, estaba siempre

en su verdadero terreno, y tenia la gran serenidad que le daba la confianza en sus recursos.

Era maravilloso ver á un hombre tan pequeño jugar en la plaza con los toros, hacer de ellos lo que queria: los engañaba, los consentia y les hacia descubrir el lugar de la muerte.

El sabia lo que cada toro tomaba ó dejaba de tomar, lo que podia hacerse y lo que no podia hacerse.

Cuando rara vez un toro se le hacia incomprendible, con su instinto maravilloso inventaba un recurso, y en los momentos supremos en que se sentia dominado por la fiera, escapaba como podia y en el mismo punto en que debia escapar.

En estas situaciones comprometidas le importaba muy poco que le tocasen el cencerro, porque decia:— «Peor seria que me tocaran la campana de la parroquia»— En cuanto á recibir, decia que lo que se debia recibir era el dinero; y tratándose de él, tenia razon, porque á causa de lo escaso de su talla la suerte de recibir era imposible para Curro; pero le plantaba un volapié al toro do San Lúcas que lo dejaba seco.

Cuando daba con una res de cuidado, aplomada, picardeada, en defensa, casi siempre encontraba un recurso para descabellarla, y en esta suerte no habia nadie ni áun siquiera comparable con él; su seguridad y su fuerza eran admirables.

El toro caia á sus pies como herido por un rayo, y siempre descabellaba al aire, con un gran dominio sobre esta muchas veces arriesgadísima suerte.

Era un torero de todo punto original, y esto disgustaba en extremo á los aficionados, que estaban metidos hasta los corvejones en la rutina y no sabian salir de ella.

El no tenia para nada en cuenta las reglas; hacia lo

que mejor se le ocurría, y siempre se le ocurría algo bueno.

Era con mucha frecuencia el torero de lo imprevisto, y los que le censuraban decían que era un matador de sorpresa, cuando no era otra cosa que un torero consumado que aprovechaba con una rapidez pasmosa el momento de la estocada.

Le acusaban de que descuartizaba á los toros con la muleta, que los quebrantaba, y que cuando *liaba* hería ya poco menos que á un difunto: áun decían que se valía de picardías y de artimañas de mala ley, que los cogía á traición, en una palabra, que los asesinaba, y él decía á esto:

—¿Qué hay que hacer con esos *cachos de...* engañarlos: y *aluego que too* es toro, y si *eyos*, los que dicen que yo hago eso, supieran hacerlo, lo harían: y que de *peto á peto* nadie mata á un toro; que no, que eso es mentira.

Y seguía haciendo de las suyas, á pesar de todo el mundo, incluso el célebre Chironi, y haciéndose aplaudir ruidosamente del público, á pesar de todos los rigoristas del toreo.

En los *cambios en la cabeza* era prodigioso: para él no había entableramiento; para él no había picador en riesgo: sus quites eran seguros, y con mucha frecuencia bellísimos.

Le hemos visto en una ocasión, puesto entre el caballo caído, con el picador cogido, entre este lamentable grupo y el toro, erguido, altivo, estatuario, con el capotillo casi ceñido al cuerpo, y el toro parado, inmóvil, y mirándole como asombrado de tanta audacia.

Curro estaba entonces admirable, inspirado, dominador, seguro de sí mismo, imponiéndose á la fiera,

admirándola, como magnetizándola; y habia algo de esto en Curro: algo maravilloso que no podia explicarse

Nadie ha dirigido mejor la plaza, ni en nadie han tenido una mayor confianza los de á caballo; de modo que hacian infinitamente más que lo que hubieran hecho con otro matador.

¿Qué les importaba salirse á los tercios si estaba allí el *señó Curro*?

Lo mismo podia decirse de los otros espadas.

El los educaba, los aconsejaba, los dirigia, y esto sin que nadie se ofendiera.

Su presencia en la plaza era una garantía, puesto que estando él allí no sucedia ningua desgracia.

Cuando murió el pobre Pepete, todo el mundo dijo:—Si Cúchares hubiera estado en la plaza no hubiera sucedido esa desgracia. Y esto era inexacto, porque aquella desgracia fué de todo punto imprevista: tal vez no hubiera sucedido si Curro hubiera estado al quite. Curro le dijo al autor de este libro:—Aquello, don Manuel, se hizo solo: Pepete era muy distraido; lo siento mucho, pero me alegro de no haber estado, porque yo no lo hubiera podido evitar, y algun amigo me hubiera roido los huesos.

Pero la desgracia de Pepete produjo un resultado: la empresa, que no habia escriturado á Cúchares aquel año, que se habia desentendido de él, se vió obligada á buscarle, porque la opinion pública llamaba á Curro al redondel. ¿Qué más prueba podia pedirse de que todo el mundo creía que estando Curro en el redondel, era casi imposible una desgracia? ¿Y qué mayor honra para un diestro?

El que esto escribe se acuerda con tristeza de Curro Cúchares: él demostró que el toreo podia ser llevado

hasta el alto rango de arte y que podia aplicarse á él el genio. Curro era completamente un artista y tenia la manera de los artistas.

Su toreo éra completamente original: no se parecia á nada: era el toreo Cúchares: no encontramos otra frase: era hasta gracioso, porque en Curro para con las reses habia un tunante que se perdía de vista.

Sabemos demasiado cuanto se ha discutido á Curro: cuanto se ha dicho en su pro y en su contra; pero aceptándole tal cual era, resulta un *jembro* de gran trapío, un hombre de genio, de un genio inmenso, dedicado al toreo.

Se decia tambien de él que no sabia expresarse cuando hablaba (esto en verdad no tiene nada que ver con el toreo, pero se nos ocurre hablar de ello), y esto es un error: la cuestion era que habia necesidad de traducirle, y el que sabia traducirle, se encontraba con algo tan original como su toreo, con una gramática parada suya propia en que campeaban la oportunidad, la gracia y una especie de talento no despreciable.

Toda comparacion entre Curro Cúchares y otros toberos seria ociosa, más aún, imposible.

Se escrituró para la Habana, y allí le mató el vómito negro el dia 4 de diciembre de 1868, á los 54 años de edad.

La isla de Cuba nos debe muchas cosas, entre ellas Curro Cúchares.

Curro fué un hombre de bien. Hizo todo el que pudo á su maestro el tio Juan Leon y á mucha gente. Hizo su fortuna con su trabajo; educó bien á sus hijos: tenia el sentimiento de sí mismo, ya lo hemos dicho, de una manera natural é instintiva, como artista, como un poeta, como un grande actor, como un gran maestro. El no pretendia representar una aristocracia, pero la

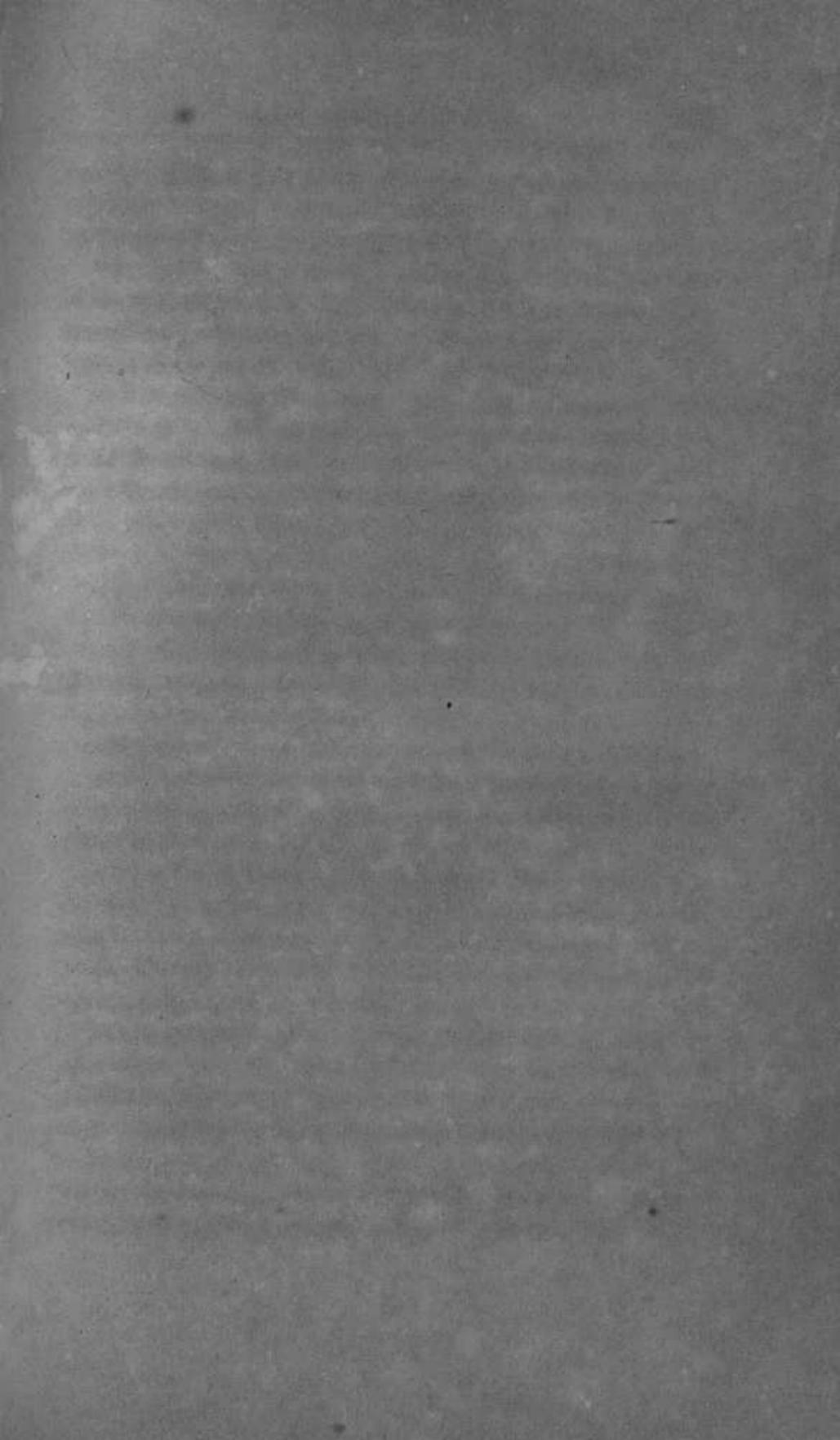
representaba sin conocerlo y sin pensarlo. Yo le estimé mucho en vida y continué estimando su memoria.

El parecía estimarme también; aunque yo nunca puse á prueba su estimación.

Conservo un retrato suyo, que estimo en mucho, con una dedicatoria escrita, no por él, que no sabia, sino por su excelente banderillero Juan el Cajista, que era su secretario.

Me acuerdo también de su picador Manolo el Coriano, que sabia su obligación. También ha muerto. Que el matador y él descansen en paz; y si Juan lee este libro, un estrechón de manos y un buen recuerdo.



**José Redondo. (El Chiclanero)**

---

## CAPITULO LIX.

### José Redondo (el Chiclanero).

Tenemos entre las manos, ó más bien bajo la pluma, un torero clásico.

Tambien le conocimos.

Pero basta. Estamos concluyendo *Las glorias del toreo* y no hacen falta en ellas una parte de nuestras memorias.

Consagramos un buen recuerdo á Joselito y continuamos.

Nació, como lo dice su apodo, en Chiclana, y en el año de 1819.

Sus padres eran muy pobres y se llamaban José Redondo y Dolores Dominguez.

Salió Joselito con una decidida aficion al toreo; pero no pudo dedicarse á él hasta 1836, que tuvo la desgracia de perder á su padre.

Se encontró Redondo con sus hermanos menores, y con su madre viuda, y sin oficio ni beneficio, porque su aficion al toreo le habia distraido por completo de toda otra ocupacion.

¿Qué había que hacer? No había más remedio que lanzarse al redondel.

El había aprendido ya mucho en el matadero: había contraído la costumbre; no le daban bascas las reses; por el contrario, le atraían.

Se corrian toros en Chiclana en 1838.

Era matador Montes.

Salió como aficionado Redondo y tal vió en el muchacho que le echó mano y se lo llevó de banderillero.

Joselito, que así en su juventud le llamaba el buen Paquiro, y con Joselito el Chiclanero se quedó, hizo rápidamente progresos durante cuatro años hasta que en 1842 Montes le declaró matador.

Joselito había nacido para ser un excelente torero, un torero consumado.

Tenia un instinto segurísimo y le favorecía en extremo su elegancia nativa.

Empezó por media espada, pero pronto demostró que era él más que espada y media, y Montes, que había visto con asombro las facultades del jóven, no le disputó su lugar y le dió la alternativa en la segunda temporada del mismo año de 1842.

La primera plaza en que Joselito toreó como espada fué en la de Bilbao.

Pero siempre con desgracia: como segundo de Montes atrapó una cornada tal que á poco no acaba en los principios su carrera.

Pero curó en breve, y pudo torear aquel mismo año en las plazas de Vitoria y de Tudela, como segundo de Paquiro.

Salió á seguida al anhelado redondel de Madrid y obtuvo un éxito completo.

Tenia diez y nueve años; era bien parecido, alto, es-

belto. Llegó al fin Joselito al tan anhelado redondel de la córte, donde desde la primera corrida alcanzó un éxito extraordinario.

Ya no iba á la zaga de Montes; ya se le habia sobrepuesto, segun decian sus amigos, que se hizo muchos y muy pronto.

Y tenian razon en cuanto matador: en cuanto á torero completo: Joselito recibia siempre que el toro era de *recibo*, y no usaba del volapié y del descabello sino cuando no se podia hacer otra cosa.

Se le veia siempre correcto, siempre en las buenas reglas, siempre fácil, como si el toreo hubiese estado en su naturaleza.

Hacia todos los primores del sorteo, y los hacia con mucha gracia.

Banderilleaba como un ángel, y en *bonituras* y trabajo de adorno, por decirlo asi, competia con Cúchares.

Tres años seguidos toreó en Madrid y otros dos años en las plazas de Andalucía, donde se hizo un finmense partido.

En 1850 volvió á Madrid con su maestro Francisco Montes.

Retirado éste aquel mismo año, y poco despues de haberse retirado, muerto, ya no tuvo Joselito otro competidor que Curro Cúchares.

Volvió á las plazas de Andalucía en 1852 y firmó su escritura para la de Madrid en 1853.

Pero estaba de Dios que Joselito no pudiese cumplir su compromiso.

Habia enfermado en el ejercicio: habia contraído la tisis.

En fin, sucumbió á aquella terrible dolencia el dia

29 de Mayo de 1853, minutos antes de las cinco de la tarde.

Su entierro tuvo todos los caracteres de un duelo público.

Trascribimos, para que se juzgue de ello, la reseña que hizo *La Correspondencia de España* de los funerales de Joselito:

«Anteayer y ayer hasta las cuatro de la tarde estuvo expuesto en una capilla de la parroquia de San Sebastian el cadáver del célebre espada José Redondo (el Chiclanero).

Ayer á las cuatro de la tarde fué conducido con gran pompa al cementerio de San Gixés y San Luis, donde yace sepultado.

La caja iba colocada en un magnífico carro mortuario tirado por seis caballos, llevando las cintas del ataúd los diestros Julian Casas, Cayetano Sanz, Manuel Diaz (Labi) y Manuel Gimenez (ol Cano). El cortejo salió de la referida parroquia, dirigiendose por las calles de Atocha, Carretas, Montera, Fuencarral, á salir por la puerta de Bilbao, en cuyas afueras está situado el cementerio.

Seguian al carro fúnebre ciento cuatro coches, entre los cuales iban el del señor gobernador civil de la provincia y los de muchos grandes de España y de particulares.

Un gentío inmenso obstruia las calles, y los balcones de la carrera que recorrió el fúnebre cortejo estaban completamente llenos.

La muerte de José Redondo es una pérdida irreparable para la tauromaquia.»

Hasta aquí el periódico noticiero.

Nosotros por nuestra parte, y para concluir, diremos que se podria escribir un libro muy curioso con

---

las aventuras de Joselito, pero no son del dominio público.

Esta vida de azares y de agitacion contribuyó mucho á su muerte.

Murió prematuramente, como que apenas contaba treinta y seis años.



---

## CAPITULO LX.

**José Rodríguez (Pepete).**

Nos ocupamos de este diestro, no porque haya sido una gloria del toreo, sino porque siendo un torero muy recomendable murió desastradamente en la plaza de Madrid, causando su muerte una profundísima impresión, y tal que faltó poco para que se prohibiesen las corridas de toros.

Pepete era muy buen sujeto, y por lo mismo muy estimado.

Ya que vamos á hablar de su muerte, hablemos de su nacimiento.

Fué este en Córdoba en 11 de Diciembre de 1824.

Su padre tenia su mismo nombre y su mismo apodo y era marchante de carne: su madre se llamaba María Rosario.

Viejo ya su padre, encargó á su hijo de la marchantería de ganado, especialmente del vacuno.

En esta profesion Pepete se familiarizó con las reses, y se encontró con que tenia vocacion de torero.

Al fin fué á donde le llamaba su vocacion.





Cajida de Pepete.

REVUE

Los diestros el *Panchou*, *Meloja* y *Poleo*, que le tuvieron consigo, le enseñaron lo que sabían que no pasaba de las generalidades de la lidia.

En fin, Antonio Luque (*el Camará*), que era un torero de más talla, se lo llevó en su cuadrilla como banderillero.

Le dió la alternativa de espada en 1847 el mismo Luque.

Siguió toreando con éste y con Julian Casas los años 47 y 48, y al fin, en el de 50, se separó de Luque contratándose ya por su cuenta y como cabeza de cuadrilla.

La alternativa de la plaza de Madrid se la dió el 4 de Julio del 52 Cúchares.

A pesar de esto, Pepete no fué escriturado para la plaza de Madrid hasta 1862 para torear con Cayetano Sanz y Pablo Herranz, de sobresaliente.

Pero más le hubiera valido que no le hubiesen contratado.

En la primera corrida, que fué el 29 de abril, se corrieron toros de Miura, de Sevilla, y de Salido, de Ciudad-Real.

El segundo toro, que debía matar Pepete, era de Miura, berrendo en negro, ensabanado y botinero, y se llamaba *Jocinero*.

Este bichito desde el momento se presentó muy tarde, sin atender á los capotillos ni entrar á las varas; pero al fin se creció, se hizo receloso y de mucha cabeza y codicia.

En la tercer vara le dió una formidable caída al picador Calderon, que quedó al descubierto: pero por fortuna suya el toro hizo por el caballo y se ensañó en él. Pepete, que estaba distraído respondiendo á unas preguntas que le hacían desde el tendido número 13,

acudió al quite, pero por la salida del toro, y se encontró con él sin poder hacer uso del capote. El toro le cogió, le dió un pitonazo en el muslo izquierdo, arrojándole, y luego le recogió dándole una terrible cornada en el pecho suspendiéndole y campaneándole.

Pepete, á pesar de esto y del golpe que sufrió al despedirle el toro, se levantó, pero cayó inmediatamente, siendo conducido á la enfermería, donde murió algunos minutos despues.

Gran parte del público abandonó horrorizado la plaza.

Pero la funcion se acabó.

Pepete fué más bravo que inteligente, y sólo se le puede contar entre los toreros de tercer orden.

Su muerte fué muy sentida, porque su valor le hacia simpático.

Su entierro fué suntuoso.

---

## CONCLUSION.

---

Hemos terminado nuestro libro.

Durante su publicacion por cuadernos nos hemos sentido halagados por el lisonjero éxito que ha obtenido del público, á quien nunca podremos agradecer bastante el favor que nos dispensa.

Hemos escrito este librito con cariño y hemos procurado darle toda la variedad posible. Creíamos que necesitaríamos más espacio, y nos encontramos con que á los diez y ocho cuadernos, segun nuestro plan, se nos acababa el asunto.

Porque nosotros, queridos lectores, no nos habíamos propuesto enseñaros á torear, ó por lo menos daros un luminoso tratado de tauromaquia.

Nada menos que eso; ni somos tan entendidos en esta ciencia que podamos enseñarla, ni creemos tampoco que habiais de suponer que escribíamos con la intencion de echaros al toreo, instruidos por nosotros.

Nuestro objeto no ha sido otro que daros á conocer los ilustres varones que sacrificaron su actividad, su inteligencia y su vida al sublime arte de lidiar toros: deciros quiénes fueron los que más se distinguieron en él y conservar su memoria ante la posteridad, si es que nuestra obrilla no se pierde antes de que nosotros muramos, y por acaso algun ejemplar de ella llega á tiempos remotos, que no lo creemos.

Metidos en la tarca, nos encontramos con que, á pesar de haber consagrado una leyenda á Pepe-Hillo y una novela á Goya, la biografía de los toreros ilustres, de los que verdaderamente pueden llamarse (de los ya muertos se entiende) glorias del toreo, apenas llenaban algunas páginas, porque ya se habrá visto: todo es una misma cosa: la monotonía se hace insoportable: las generalidades en todos, sin más diferencia que en algunas cualidades; que este sobresalía en el toreo y aquel en las estocadas; que fulano era para recibir, y Zutano se veía reducido á valerse del volapié; que este era más sereno é inteligente que aquel, y siempre la misma cosa.

Os hemos presentado con toda la fidelidad posibles bravos campeones del redondel ya difuntos, que fueron objeto del entusiasmo de sus contemporáneos y lo serán de la admiración de la posteridad; y nos hemos detenido ante los toreros vivos por muchas razones: la primera, porque la gloria no se adquiere sino después de muertos, y después porque no queremos quejas, ni disgustos.

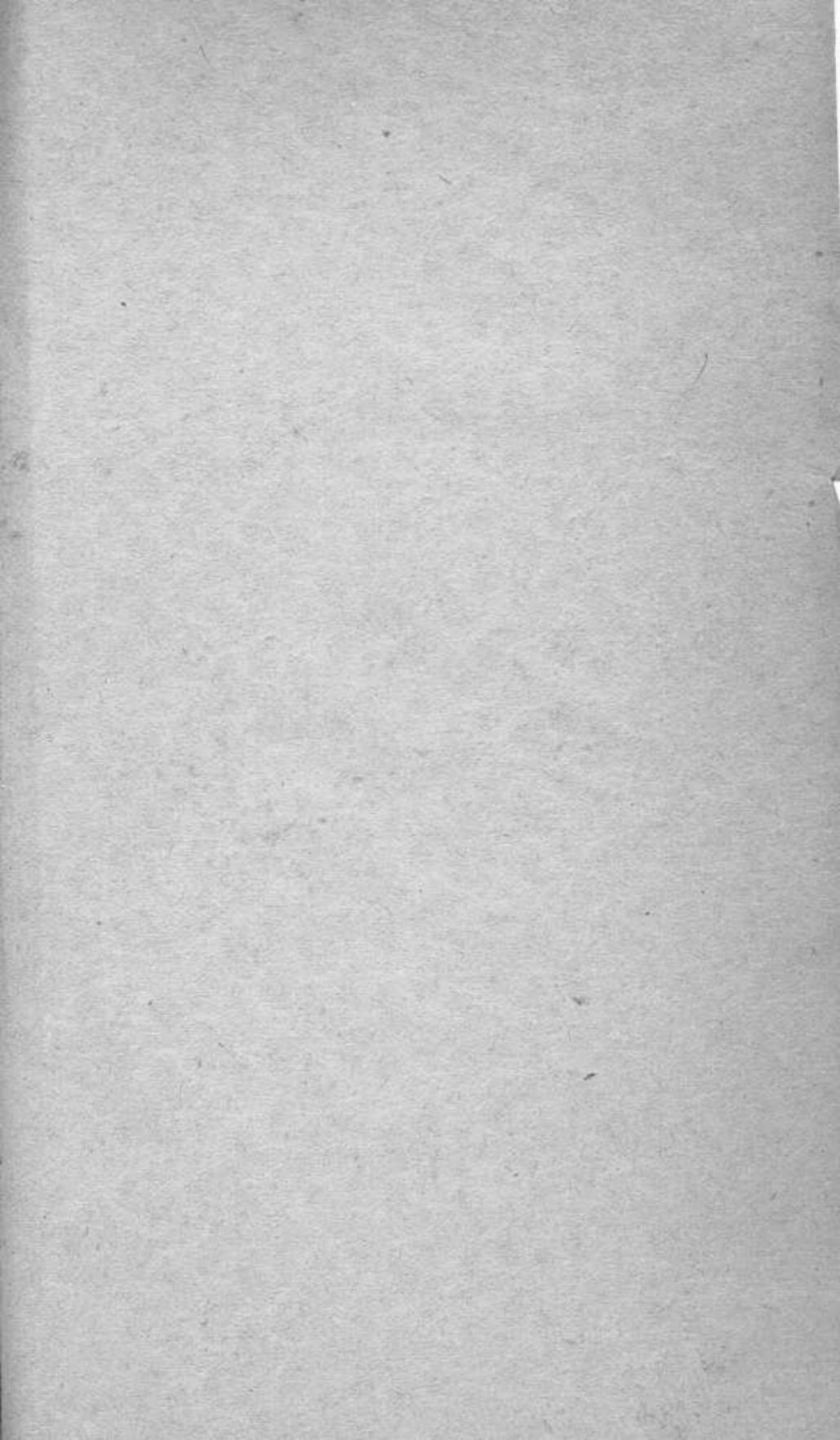
Además de esto, una cosa es hacer historia por medio de datos, y otra juzgar directamente y por criterio propio acerca de cómo se practica por los toreros que viven un arte tan peligroso, cómo se lucha con toros, animales, ó más bien bestias bravas, si las hay, y respecto de las cuales sentimos (y se nos puede creer) un profundísimo respeto que, extendiéndolo á los toreros, nos hace considerarlos casi como semi-dioses.

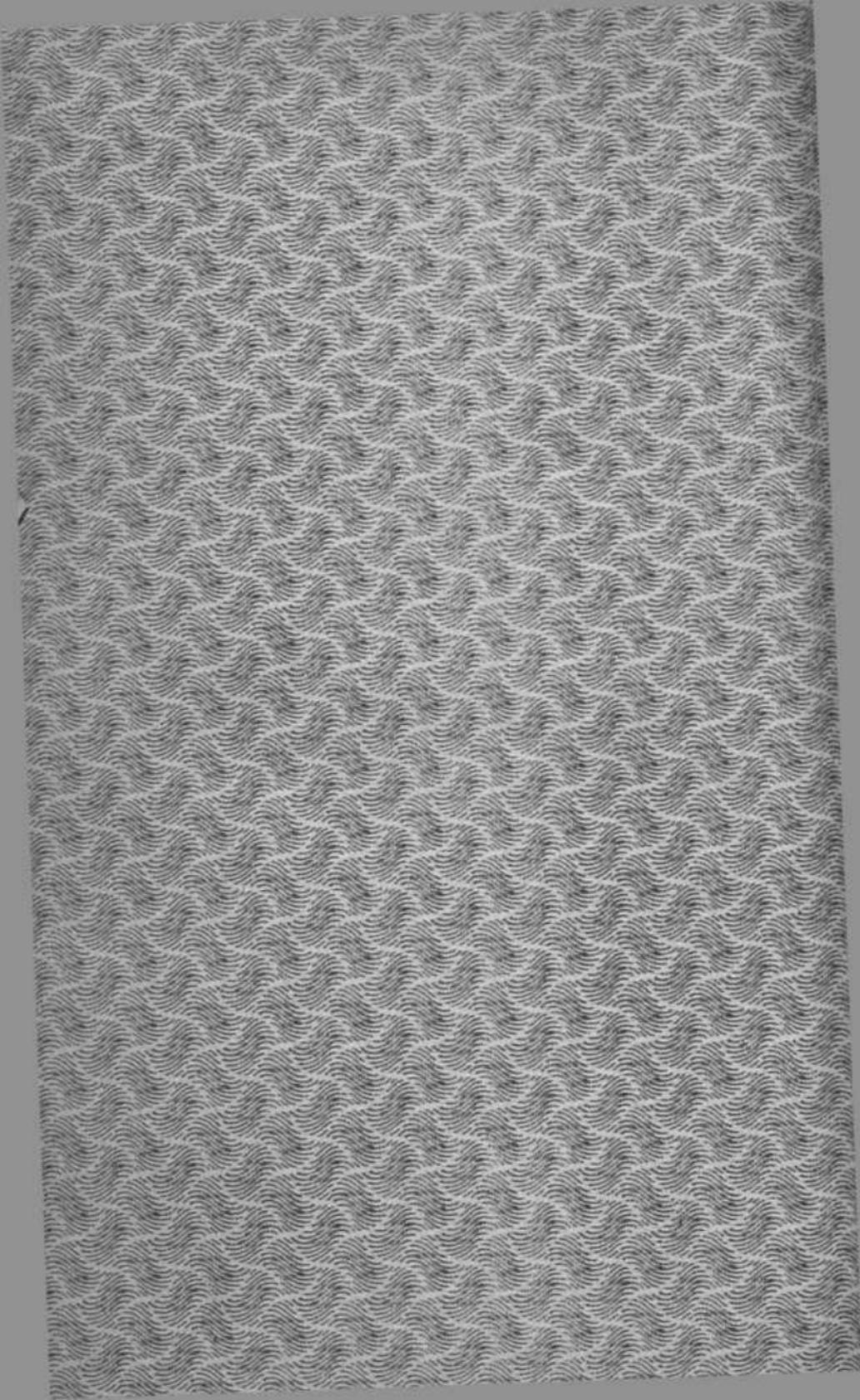
Nosotros sentimos un grande afecto, porque son muy bravos muchachos; pero francamente no queremos con ellos cuestiones, y por eso nos hemos limitado á los muertos, que no pueden hacernos otro daño que tirarnos por la noche de los pies si les sacan fuera del lecho.

Y no es porque no tengamos hoy toreros de gran valía: nada de eso: los hay que pueden muy bien comparárseles con Pepe-Hillo: y no decimos más; y con estos verdaderos aficionados nos entienden. Así, pues, con repetir á nuestros lectores que nos ocuparemos en la primera ocasion de Goya y de la Tirana, en un libro aparte, nos despedimos de ellos, y volvemos á darles las gracias por lo bien que han acogido LAS GLORIAS DEL TOREO.

FIN.







**MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS**

**BIBLIOTECA**

Pesetas

|                       |                         |       |
|-----------------------|-------------------------|-------|
| Número. ....          | Precio de la obra.....  | ..... |
| Estante . ....        | Precio de adquisición.. | ..... |
| Tabla... ..           | Valoración actual.....  | ..... |
| Número de tomos. .... |                         |       |

